

REVISTA CHILENA

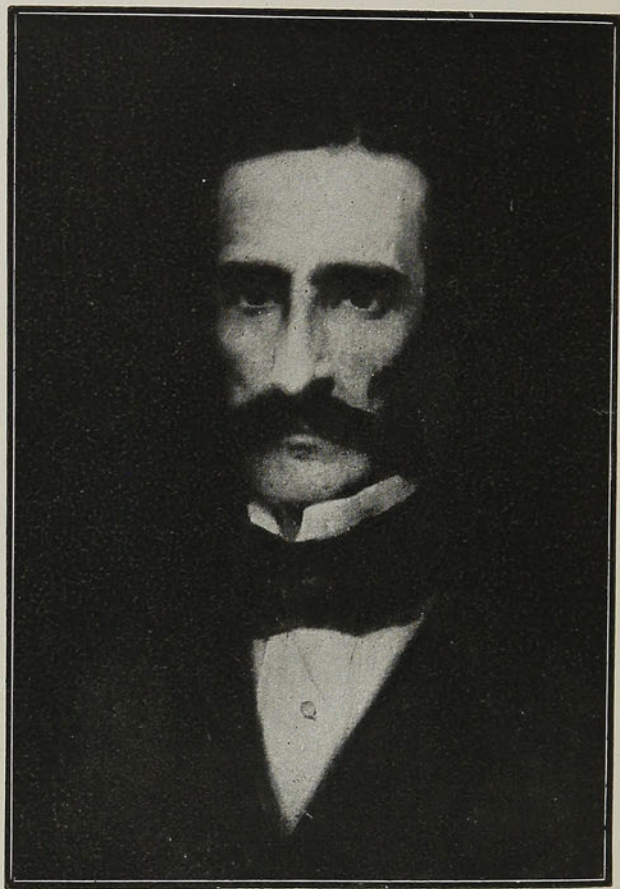
DIRECTOR

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO I

SANTIAGO DE CHILE

1917



Don Manuel Antonio Tocornal



DON MANUEL ANTONIO TOCORNAL

Discurso leído con ocasión del centenario de su nacimiento, en el
Salón Central de la Universidad, el 12 de Junio de 1917 (1)

Exmo. señor, señor ministro, señor rector, señores:

Al cumplirse el centenario del nacimiento de don Manuel Antonio Tocornal y Grez, la Universidad de Chile, de que fué el segundo, dignísimo, rector, ha creído justo y conveniente rendir especial homenaje a su memoria.

I

Era el señor Tocornal un hombre de elevada estatura, pero que, por lo muy delgado, parecía altísimo.

Los grandes ojos, oscuros, hundidos en las órbitas, bajo un ceño de ordinario grave, a veces, casi adusto, eran de la más inteligente y bondadosa animación.

La nieve de los años empezaba apenas a encanecerle; y no

(1) Me han servido para este trabajo el ensayo biográfico de don Manuel Antonio Tocornal, por don Miguel Luis Amunátegui, las apuntaciones, aún inéditas, que para su biografía dió el señor Tocornal el 17 de Enero de 1865 a don Benjamín Vicuña Mackenna, y que se conservan entre los papeles de éste en la Biblioteca Nacional, y no pocas informaciones privadas y fidedignas, que especialmente agradezco.

impedía que la intensa negrura del cabello formara singular contraste con la palidez, un poco amarillenta, del alargado y anguloso rostro.

Eran sus modales llenos de dignidad, y sin perjuicio de la llaneza, algo solemnes.

Empleaba la mayor atención, la más culta elegancia en las exterioridades: veíase en él al hombre de gusto, de raza y de fortuna.

Fué su modo el de un caballero a las derechas, de manifestaciones que encantaban por lo espontáneas y simpáticas: supo ser cordial, sin dejar de ser gran señor, con todos.

Por muchos años, y hasta su muerte, habitó su señorial residencia en la calle de la Bandera entre Moneda y Agustinas, consagrando el departamento de la izquierda a su bufete de abogado y a su tertulia política, y el de la derecha, a sus grandes salones de recibo social, suntuosamente alhajados, y con cuadros y estatuas de mérito.

Dábanse cita en su tertulia, de siete a nueve de la noche, los hombres más notables de todos los partidos, desde los ultraconservadores, hasta los propios radicales: Allí Covarrubias, los Amunáteguis, Lastarria, Matta, y tantos otros, constituían, a las veces en medio de las vehementes agitaciones de la calle pública, un hogar común, cívico siempre, bajo la luminosa inspiración, y la respetable égida del dueño de casa.

Poseía, además, el ilustre orador y político otra gran mansión, cerca de San Bernardo, en el fundo llamado «El Mariscal», por haber sido en otro tiempo del ex-presidente, don Joaquín Prieto, y en la que, durante el período de vacaciones, o en días especiales, solía recibir a sus amigos y a lo mejor de los extranjeros que nos visitaban.

II

Era su inteligencia impresionable como una placa fotográfica, y su memoria tan fiel que solía repetir trozos de sus discursos a la letra, cuando alguien se lo pedía, en la tertulia de su casa.

Para despachar la correspondencia, empleaba a menudo tres amanuenses a un tiempo, que lo eran de ordinario sus hijos don Ismael y don Carlos, y don Abelardo Núñez, cada uno de los cuales iba dándole la última palabra que le había dictado.

Dilucidaba con lujo de informaciones, vigor de razonamiento, y la más rara facilidad, variadísimos temas. Llegó a perder en sus últimos años el hábito de la redacción escrita: érale la pluma un instrumento dilatorio.

Fué tan precoz su discreción que, desde adolescente, consultábale su padre, don Joaquín, a la sazón ministro de Estado, sobre graves cuestiones de política interna o externa.

Hubo siempre entre ambos, no obstante la confianza y el cariño, como un protocolo severo, excluyente de toda familiaridad.

Desde que tuvo el hijo casa propia, íbase siempre después de la cotidiana tarea, a ver al padre, y cuando, por algún acaso, dejaba de hacerlo, decía llevar una espina en el corazón.

Muerto don Joaquín, complacíase a menudo don Manuel Antonio en recordar los dichos, anécdotas y consejos paternales.

Una ley de clemencia reposaba en sus labios. Disminuía hasta donde era posible la censura. Su aspiración era vencer sin herir, derramando, por decirlo así, su espíritu sobre aquéllos que no pensaban como él. ¡Cuántas veces detúvose la ola de su elocuencia, y acabó en piedad lo que había empezado en indignación!

Eran contra su naturaleza las luchas estériles: creía en la triunfante y consoladora fecundidad del amor en todas las líneas.

Supo dar, con la templanza, simpatía a la justicia, y eficacia a la acción.

No se vengó jamás.

No permitió se alterase su serenidad en la vida social ni en la pública, si bien en la doméstica, solía tener uno que otro arranque, fuego de paja, nó sin motivo, muy explicable por la finura de su organización y su intercadente salud, del cual pronto se recobraba, para hacérselo perdonar con gentiles atenciones.

Pero, de ordinario era más bien excesiva su propensión a tolerar; simpático desequilibrio que no vino, por cierto de flaqueza, sino de exceso de bondad.

Nunca las inconsecuencias y los abandonos, que no le escasearon, pudieron quebrantarle.

Era capaz de las más alentadas resoluciones. Cuando ocurridos, por ejemplo, Loncomilla y los pactos de Purapel, regresaba a caballo a Santiago, llena el alma de tristeza por los horrores del campo de batalla, y de tierno orgullo por traer la paz en el bolsillo de su gabán, como el romano entre los pliegues de su toga, arrojóse con tal temeridad a las crecidas ondas del Lircay, que a punto estuvieron de ahogarse jinete y cabalgadura, y trabajo costó salvarlos al rústico que le acompañaba.

Para Tocornal y don Antonio García Reyes, su íntimo amigo, que negociaron la paz, pedía el lírico y hermoso don Carlos Bello, coronas de oro y de laurel.

III

Lo que después del hombre bueno, descollaba en Tocornal, era el orador.

Hacíase notar en él la facultad espontánea de producirse en formas oratorias, no sólo en la tribuna popular, parlamentaria o forense, sino en los salones, en la calle, en el hogar, en todas partes, mas era un orador lleno de pensamiento, y con las formas de la más noble sencillez.

Aventajaban su presencia oratoria la alta estatura, la gravedad del rostro, el aristocrático porte.

Era como una música su voz, y tan potente, que en la Cámara parecía inverosímil que de aquel cuerpo flaco, de aquel hombre débil, saliera semejante voz.

Advertíase en la lentitud de sus ademanes cierta énfasis contenida por la seriedad; y sólo cuando iba a producirse el movimiento oratorio, daba amplitud y desenvoltura a su gran gesto de orador elocuente.

Fortalecieronle la conciencia y el prestigio de su probidad. No es fácil que alguna vez se haya cumplido más literalmente

la definición de Quintiliano: «Orador es el hombre de bien perito en el decir».

El estreno de don Manuel Antonio fué un hecho memorable: don Miguel Luis Amunátegui, que asistía por primera vez a las tribunas, lo recordaba con emoción.

Recién electo diputado Tocornal, en 1846, sin cumplir aún los treinta años, y ocupando uno de los bancos independientes de la Cámara, llamó a cuentas a los ministros, por haber mantenido un batallón de ejército, a su juicio, contra el artículo 161 de la Constitución.

Empezaba don Manuel Antonio midiendo sus fuerzas con las de aquellos adustos atletas de nuestra política, que se llamaron don Manuel Montt y don Antonio Varas.

Esa interpelación produjo sorpresa, no sólo por las excepcionales condiciones del joven orador, sino por los principios que sostuvo Tocornal, en orden al alcance que debía darse a las disposiciones constitucionales relativas al estado de sitio y a las facultades extraordinarias. Parece que, hasta esa fecha, nadie había *interpelado* a los ministros.

Poco después, reconocióse ese derecho en el reglamento de la Cámara, a indicación de García Reyes.

Fué, desde entonces, la carrera de orador para don Manuel Antonio, una verdadera marcha triunfal.

Es particularmente memorable el discurso que pronunció al inaugurarse la estatua de San Martín.

Vióse allí al libertador superando la divina fortificación de los Andes, pidiendo sólo en Chile, como premio de sus servicios, un ejército para completar su obra en el Perú, venciéndose allí a sí mismo, ante Bolívar, con mayores dificultad y gloria que aquellas con las cuales había vencido a los montes, expatriándose, no sin dejar el corazón en América, compartiendo, por fin, su cerebro, en los amargos días del ostracismo, entre los recuerdos de la epopeya y las esperanzas del grandioso porvenir.

En la tumba de Bello, procuró hablar; mas parece que sólo alcanzó a decir, embargado por la emoción: «La palabra se me apaga en los labios al pronunciar el nombre de mi Maestro

y amigo...». *El Ferrocarril* del siguiente día pone algunas palabras mas en su boca (acaso las que pensaba pronunciar) y las concluye con la fórmula latina: *Tanto nomini nullum par elogium* (Tantas palabras, no sirven para el elogio). Y no habló nadie más.

IV

La magnanimidad del estadista púsose a prueba repetidas veces.

Bajo el gobierno de Bulnes, hizo elevada oposición al ministerio de don Manuel Camilo Vial, sin embargo de figurar en él don Salvador Sanfuentes, amigo de su alma.

Derribado el siguiente ministerio, que encabezó don José Joaquín Pérez, y de que Tocornal formó parte como ministro de Justicia, no por eso negó su concurso al gabinete ulterior.

Triunfante don Manuel Montt, cuya candidatura no propició, y encendida la revolución en el Sur, lejos de aceptar las prestigiosas insinuaciones del general Cruz, caudillo revolucionario, alistóse como auditor de guerra, en las filas del orden.

Después de la guerra civil de 1851, solicitaba como diputado la amnistía, «aunque sólo hubiera de enjugar una lágrima», y no lisonjeó a un poder que era antitético de su temperamento y aspiraciones, aunque varias veces intentó ganárselo el presidente.

Y, en fin, después de derribarle del gobierno la oposición, por el miraje de la guerra con España en 1864, apoyó al gabinete Covarrubias que, sin razón habíale derribado, pero que era el genuino representante de la opinión pública.

Sin embargo, la cualidad moral que más se hacía notar en él, porque debió exigirle los mayores sacrificios de vencimiento propio, fué acaso la moderación.

«La Cámara sabe, dijo en cierta oportunidad, refiriéndose al último Congreso elegido bajo la administración Montt y a su propio desempeño del ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores bajo la administración siguiente, «la Cámara sabe cuán severas cuentas pedía la legislatura pasada a los ministros del despacho, por el hecho más insignificante. Días hubo en

que se me interpeló hasta cuatro veces en esta Cámara. Pues bien, yó, que deseaba fundar en mi país el gobierno de la libre discusión; yó, que quería inmolarme, sacrificarme de esa manera, a trueque de asegurar a mi patria en el porvenir una época próspera, contestaba a todos y a cada uno de los puntos sobre que recaían las interpelaciones, sin que nunca se escapara de mis labios una palabra que pudiera traducirse en un desdén, no diré en ofensas, aunque hartas y bien amargas se me prodigaron».

Tenía el derecho de decirlo con la frente alta: era verdad, y nó jactancia. Por eso la Cámara entera aplaudió, incluso los bancos de los diputados.

A tales esfuerzos se sometía en esa época el ilustre orador, por mantener su dignidad, y en cuanto le era posible, la de la Cámara, que con frecuencia enfermaba, sufría verdaderos ataques al hígado, después de las sesiones.

Que exageraba Tocornal el espíritu de conciliación, llevándolo, a las veces, más lejos de lo que las circunstancias, y especialmente, el medio y el tiempo, lo habrían permitido, y que por ello no pudo ser el hombre de ciertas situaciones definidas o apasionadas, es casi seguro: nada, a lo menos, parece más natural y conforme con el carácter del personaje y la índole de su obra.

Bajo aquel su propio ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores, acostumbraba ir antes de la Cámara y después de ella, a ver a don Manuel Bulnes, ex-presidente de la República, que lo había hecho por primera vez ministro, y que vivía en el elegante y severo edificio de piedra que ocupa hoy su hijo el ilustre historiador don Gonzalo Bulnes, para pedirle consejo antes de la sesión, para darle cuenta, después de ella. Solazábase sobremanera el ex-presidente con la amena charla y el comercio moral de semejante varón; si bien solía, a las veces, con dulzura, reprocharle lo que llamaba la excesiva suavidad de sus procedimientos en el Congreso; lo que venía a acentuar el contraste entre la naturaleza del sensato guerrero y estadista con la del diestro jurisconsulto y atildado parlamentario.

V

Fué su padre, como dije, don Joaquín Tocornal, y su madre, doña Micaela Grez.

Empezó don Joaquín su carrera como empleado de Hacienda, siguióla como ministro de ese ramo, y muerto Portales, juntó a dicho ministerio los del Interior y Relaciones Exteriores. Sus eminentes servicios y su gran situación en el partido de gobierno, señaláronle como el sucesor, al parecer inevitable, del general Prieto en la presidencia de la República. No se contaba con la aureola que haría surgir sobre la frente de Bulnes el triunfo de Yungay.

Fué doña Micaela virtuosísima señora, cuya complexión influyó más que la de su esposo, en la de su ilustre hijo.

Los hermanos varones de don Manuel Antonio, frutos del primer matrimonio de su padre, fueron: don Joaquín, el primogénito, que se dedicó a la minería; don Javier, a quien, arrojando las preocupaciones del tiempo, dedicó su padre a la medicina, y que, por el aspecto, asemejábase considerablemente a nuestro protagonista; y por fin, don Tomás, que se consagró a la milicia.

Recibieron todos desde la cuna la educación religiosa que correspondía a las creencias y sentimientos de sus padres.

«Principió (don Manuel Antonio) sus estudios de Humanidades a la edad de siete u ocho años, cursando el latín en una clase privada, y los continuó como alumno interno del Instituto Nacional.

«En Enero de 1829, entró al Liceo regentado por don José Joaquín de Mora, y permaneció en ese establecimiento hasta que fué disuelto. José Victorino Lastarria y Manuel Antonio Tocornal eran los alumnos más jóvenes de la clase de filosofía dirigida por monsieur Portès, quien fué el primero que enseñó en Chile esta ciencia, según los sistemas modernos, por el texto de Laromiguière, que era el adoptado en aquel entonces en los colegios de París. Lastarria y Tocornal merecieron muchas distinciones de Mora quien, hasta en sus últimos años, los lla-

maba sus alumnos queridos. Estando Tocornal en el Ministerio del Interior, publicó Mora un artículo en un periódico de Madrid, que fué reproducido en *El Independiente* (diario de Santiago), y recordaba en él que Tocornal había sido su discípulo.

«Disuelto el Liceo, continuó Tocornal estudiando humanidades con monsieur Portès en una clase particular.

«Hizo sus estudios de derecho como alumno externo del Instituto Nacional, donde cursó los ramos de derecho natural, derecho de gentes y economía política. El primero de estos ramos le fué enseñado por don Manuel Montt, que era entonces ministro del Instituto.

«Al mismo tiempo estudió con don Andrés Bello Derecho Romano y Español, y Literatura.» (1).

Concentrábanse sobre su juvenil cabeza, heredera de las tradiciones conservadoras, además de la atención y esperanzas de su padre y de las de Montt y Bello, las de don Mariano de Egaña y don Diego Portales, que tanto contribuyeron a la primera organización de la República.

«Este joven, dijo el ilustre García del Río, será una gloria para su patria.»

Escribiéndole su padre, a mediados de Mayo de 1840, recomendábase sostener lo bueno y justo, y reprobar lo malo e injusto, cualesquiera que fuesen sus autores, así como usar un lenguaje moderado y persuasivo; consejos que, según lo ya expuesto, encarnaron profundamente en el ánimo del joven.

No era posible por aquellos tiempos, recibir en Chile mejor educación; ni lo ha sido nunca recibirla de más autorizados labios que los de Bello y Mora, en sus respectivas asignaturas.

Fué en el Instituto donde empezó la no interrumpida amistad de Tocornal con García Reyes, hermanos por el cerebro, el corazón, y una profunda, recíproca simpatía, verdaderos Orestes y Pilades de la política chilena, y que, como es natural, influyéronse poderosamente entre sí, hasta la muerte del segun-

(1) Todo lo que va entre comillas es tomado literalmente de las apuntes de don Manuel Antonio de que antes hablé.

do, ocurrida en Lima, en 1857. Creyó siempre don Manuel Antonio que era el de su amigo un entendimiento singular.

Y fué en los cursos literario y jurídico, respectivamente, que hacía en su casa don Andrés Bello, donde se conocieron, estimaron y amaron Tocornal y don Salvador Sanfuentes, los discípulos predilectos de don Andrés. «Hubo una pausa en sus relaciones políticas, pero nunca llegó a interrumpirse su amistad, que fué muy estrecha en un principio, y que, si algo se entibió por la política, volvió a ser muy cordial en los últimos días de Sanfuentes» (1).

Fallecido don Salvador en 1861, dominó don Manuel Antonio, sin contrapeso, en el corazón del ilustre sabio. Durante los últimos años de Bello, visitábase Tocornal todos los domingos, de doce a cuatro, y gozábase muchísimo el primero en la conversación y compañía del segundo.

Enfermo Bello de su última enfermedad, iba a verle diariamente su antiguo discípulo, y cuando se administraron al moribundo los sacramentos, arrodillóse don Manuel Antonio a los pies del lecho.

En 1837, terminó Tocornal sus estudios legales, y se incorporó a la Academia de Práctica Forense, y en 1839, se recibió de abogado después de practicar con don Manuel Montt, su antiguo profesor, quien le dió para ello un expresivo certificado.

Contribuyó don Manuel Antonio a la reforma y consolidación de la Academia de Práctica, en la cual, decía, deben formarse los amparadores de los derechos individuales y los defensores de las leyes. Patrocinó se extendiera la instrucción del abogado y condenó el alargamiento indebido de los juicios, y el empleo de términos injuriosos ante los tribunales, constituyéndose desde entonces en el paladín de la moderación forense, como había de serlo después, de la moderación parlamentaria.

Desde el momento en que se recibió de abogado, se consagró al ejercicio de su profesión.

Hallándose el doctor don José Antonio Rodríguez Aldea, que era en aquella época la más notable figura de nuestro foro, con

(1) Apuntaciones citadas.

su salud algo quebrantada, asoció a su estudio a don Manuel Antonio, para encargarle especialmente los alegatos verbales.

Tenía entonces a su cargo el doctor Rodríguez numerosísimos asuntos, y a pesar de su reconocida laboriosidad, no alcanzaba a desempeñarlos todos.

Pocos meses después de hallarse Tocornal en el estudio de Rodríguez Aldea, enfermó éste gravemente, y falleció a principios de Junio de 1841. Continuó entonces don Manuel Antonio con la defensa de las causas más importantes del fallecido.

En los primeros años del ejercicio de su profesión, elaboró Tocornal algunos informes en derecho, siendo de notar que tuvo como adversario en varias causas célebres a su discípulo y amigo, el muy distinguido joven don Francisco Bello, arrancado, harto prematuramente, al corazón de su insigne padre y a las esperanzas de la patria.

Entre las causas que defendió don Manuel Antonio en la primera época de su ejercicio profesional, figura un ruidoso pleito minero en Copiapó, que ganó con costas, y por cuya defensa obtuvo cuatro barras y media de la mina «Dolores», cuyos trabajos, confiados a la inteligencia y celo de su hermano don Joaquín, tuvieron grande éxito y fueron la base de cuantioso patrimonio.

Su edad, posición y costumbres, y los principios de su fortuna, señalábanle a la vida del hogar; y decidióse efectivamente su corazón por su prima hermana, la señorita Mercedes Ignacia Tocornal y Velasco, hija del finado regente de la Corte de Apelaciones de Santiago, don Gabriel José Tocornal, aristocrática hermosura, gala de los salones, que cuando Bulnes volvía del Perú, sorprendió con su canto al vencedor.

Concertado, empero, el matrimonio, creyó Tocornal que las circunstancias, y especialmente, la necesidad de ampliar sus conocimientos, le aconsejaban emprender un viaje a Europa, que duraría dos años; y efectivamente, el 6 de Febrero de 1844 dióse a la vela en Valparaíso para El Havre, travesía que duraba entonces alrededor de seis meses, y era fecunda en incomodidades y molestias; dejando el poder necesario para celebrar el matrimonio, a su padre, don Joaquín. Calcúlase iría el

viajero por el Estrecho de Magallanes, cuando, en la casa paterna, que aun posee uno de los miembros de la familia, en Delicias esquina de San Isidro, celebróse el matrimonio.

Como lo había previsto él mismo, tuvo en él el viaje a Europa influencia trascendental, en términos de que no habría sido seguramente su actuación la que fué, si no lo hubiese realizado.

Su objeto genérico era conocer aquel gran mundo, y su objeto específico, estudiar el derecho, las instituciones políticas y las prácticas parlamentarias, para poner después sus conocimientos al servicio del país.

Visitó Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, España, Italia, Turquía y Grecia, visitando los monumentos, bibliotecas, academias, universidades, museos, etc.

Fué íntimo amigo en Madrid de don Angel Saavedra y Fajardo, duque de Rivas, celebrado autor de *El Moro Expósito*, quien lo acompañó a Italia, y a uno de cuyos hijos hospedó después en Santiago, con su habitual magnífica hospitalidad.

Asistió en Londres con particular interés a las sesiones del Parlamento.

Pero, el centro de sus operaciones fué París, en donde bajo la dirección y patrocinio de don Francisco Javier Rosales, por tantos años distinguidísimo representante de Chile en Francia, y auxiliado por sus valiosas recomendaciones, pudo tratar a algunos de los personajes más eminentes del mundo jurídico, político o literario, escuchar sus lecciones y aprovechar sus enseñanzas.

Tuvo en dicha capital la honra, para él enternecedora, de conocer de cerca al general San Martín, ya más que sexagenario.

Los debates forenses, sobre todo en las causas criminales, hicieronle conocer de un modo práctico lo que sólo conocía por los libros, esto es, que la profesión de abogado, lejos de ser árida y descarnada, presenta vasto campo a la elocuencia.

Interesáronle sobremanera los debates parlamentarios. Allí vió también prácticamente que la misión de las asambleas legislativas no es sólo dictar leyes que tengan origen en su seno, sino también realizar la alta vigilancia sobre todos los poderes

del Estado, ejerciendo así esa autoridad moral que tiene tanta influencia sobre el destino de las naciones.

Figuraban entonces en la Cámara de Diputados y en la de los Pares los hombres más distinguidos de Francia.

En la primera, el acerado, correctísimo Guizot, presidente en aquella época del Consejo de Ministros, más liberal acaso de palabras que de obras; el pequeño Thiers, de aguda voz, llamado a tan altos destinos, que se hacía escuchar por su preclaro ingenio; Villemain, el crítico famoso; el inspirado, aristocrático Lamartine, que, cual ninguno, atraía la atención de las mujeres; el filosófico y elocuente Odilon Barrot, el primer generalizador de la Cámara; Berryer, el abogado y político, de dilatadas y áureas armonías; Billault, más tarde ministro sin cartera de Napoleón III, a la sazón muy joven, pero ya admirable de razonadora facundia; el viejo Dupin, sagaz y exquisito; y el financista Duchâtel, rápido y diestro en la táctica parlamentaria.

Y en la Cámara de los Pares, principalmente, el animoso, irónico Montalambert, contrario al régimen de la revolución de Julio; el hábil duque de Broglie, después jefe de Gabinete bajo la tercera República, y el académico Molé, que simbolizó políticas de resistencia contra la corriente liberal del siglo (1).

En aquella edad de oro del parlamentarismo francés, seguía el joven, lleno de la más interesada atención, desde su asiento en las tribunas, el desarrollo de los debates que, prolongándose e intensificándose, habían de conducir a la revolución de 1848; y reparaba no sólo en el juego de las instituciones y en el fondo de las doctrinas y sistemas, sino en las figuras, voces, actitudes, gestos y modales de los oradores.

Sonó, al fin, la hora del regreso. Por un raro capricho de la suerte, a la vista ya de Valparaíso, en donde le aguardaba su esposa, el celoso viento plegó las alas, y no le permitió desembarcar sino al décimo día.

(1) Son todos éstos los oradores que, según el mismo Tocornal, llamáronle principalmente la atención.

VI

El viaje a Europa y las tendencias seculares no debilitaron su fe religiosa: era y continuó siendo cristiano, y católico sin respetos humanos, hasta la muerte.

Como Dupanloup y Lacordaire, no aceptaba, sin embargo, la teocracia, o sea el gobierno en que el ejercicio del poder está sometido al sacerdocio; y aspiraba ardientemente a la armonía de la Iglesia con la civilización. Leyó con delicia el ingeniosísimo folleto en que Dupanloup pretendió explicar el *Syllabus* en sentido liberal; pero, católico hasta lo íntimo, doblaba la cabeza y renunciaba a su juicio cuando la autoridad eclesiástica definía un punto de doctrina.

No es inverosímil que, por evitar conflictos, y recoger los frutos de la libertad, dentro de la mutua independencia de los poderes espiritual y temporal, hubiera optado, con el tiempo y el progreso de las ideas, por la benéfica secularización de las instituciones.

Era para él inviolable la creencia ajena, que, como ha observado ultimamente un ilustre estadista francés, no es materia de «tolerancia», palabra que a este propósito, debiera suprimirse del léxico, sino de obligatorio respeto; a lo que agrega que «así como la mentalidad que no respeta la fe no es mentalidad libre, la religión que ataca a la libertad amenaza la propia fuente de su poder».

Subsistió también don Manuel Antonio conservador en política, que, ya se sabe, éralo genuinamente por sus orígenes y educación.

Creía, ante todo, en la conveniencia de mantener el hecho consumado, la institución existente, la casa construída, y con ellos, el respeto a la autoridad y al orden (más que nunca necesarios en los principios institucionales de los pueblos) mientras no hubiese con qué reemplazarlos; pero no era retrógrado, por una parte, y era generoso, por otra, en la calificación de la necesidad o manifiesta utilidad de las reformas o medidas liberales.

Demuestran en él esta progresiva tendencia, nueva entonces en el partido conservador, numerosos hechos.

Reconocía defectos en la Constitución de 1833, y la conveniencia de modificarla, a pesar de que su padre había figurado entre los constituyentes.

Inclinóse siempre a interpretar y aplicar los severos principios fundamentales, de una manera amplia, respetuosa del presente, previsor de porvenir.

Vimos ya su liberalidad en materia de interpelaciones, facultades extraordinarias y estados de sitio.

Cuando se trató de la reforma del artículo 5.º de la Constitución, opuso su arrolladora elocuencia al pensamiento de derribar las capillas disidentes, e indujo a sus correligionarios a aceptar, muchos de ellos mal de su grado, la tranquilizadora ley interpretativa, según la cual no se reputaría «público», ni podría, en consecuencia, prohibirse, el culto que se ejerciera dentro de los indicados templos.

Esforzóse por dar legalmente la mayor publicidad a los privilegios exclusivos.

Impugnó con García Reyes la aprobación de la restrictiva ley de imprenta de 1846, que nació desacreditada, y fué después necesario derogar.

Conforme a las saludables inspiraciones de los padres de la patria, favoreció cuanto pudo la instrucción pública y la inmigración.

Tuvo, en cierta oportunidad que defender por la prensa, y lo hizo elocuentemente, a don Andrés Bello, del peregrino cargo de no haber nacido en Chile.

Influyó en otra, siendo ministro, para que se diera un puesto en la administración, y se repatriara, a don Francisco Bilbao.

Creía, en general, como lo manifestó en su discurso universitario de 1847, que «el sistema que tiende a centralizar en el gobierno las fuerzas y recursos de la sociedad, es incompatible con la forma e instituciones democráticas».

Se ve, pues, que don Manuel Antonio Tocornal no era sólo un hombre de conservación y de orden, sino también, un eleva-

vadísimo espíritu, abierto dentro de la prudencia, a las soluciones de la libertad.

VII

Fué elegido diputado, por la primera vez, a su vuelta de Europa, en 1846, por el departamento de Rancagua.

Su conducta ejemplar en aquella legislatura, y especialmente su campaña en favor de la libertad de la prensa, hiciéronle candidato de oposición por Valparaíso en 1849; y su éxito allí constituye uno de los triunfos electorales más espléndidos que se recuerdan en Chile. Dando cuenta de la elección al ministro, el propio general y almirante don Manuel Blanco Encalada, intendente de la provincia, que, a pesar de los tiempos, supo guardar en ella la más estricta prescindencia, decíale haber tenido la honra de perder las elecciones, y que don Manuel Antonio Tocornal había sido elegido diputado.

Consagrábase principalmente por aquellos tiempos don Manuel Antonio al ejercicio de su profesión, y publicó algunos informes jurídicos en causas célebres, sobre todo en los pleitos de minas que patrocinaba ante la Corte de Apelaciones de La Serena.

Respecto a su discurso universitario sobre la organización de la primera junta de gobierno, dijo don Andrés Bello que a una paciencia laboriosa, juntaba Tocornal la aptitud de coordinar los materiales, y de exponerlos de una manera discreta, imparcial y noblemente sencilla.

De nuevo en la Cámara, atacó, en compañía de García Reyes y otros, al gabinete presidido por don Manuel Camilo Vial, de que formaba parte don Salvador Sanfuentes, y a poco derribáronle.

Los favorables auspicios con que se inició el gobierno de Bulnes no parecían justificarse a su expiración: densas nubes asomaban por todas las partes del horizonte, y enardecíanse sobremanera los ánimos alrededor de la candidatura presidencial de don Manuel Montt.

Creyóse entonces que, bajo el nuevo gabinete presidido por

don José Joaquín Pérez, la presencia de Tocornal en la Justicia, y la de García Reyes en la Hacienda, contribuirían a allanar las dificultades. No fué así: el conflicto había ido demasiado lejos, la elocuente moderación de los jóvenes oradores no satisfizo a nadie, cayó el ministerio, y don Manuel Montt fué llevado a la primera magistratura, con las gravísimas consecuencias que de ello se siguieron.

Ya dije la participación de Tocornal en los pactos de Pura-pel después de Loncomilla, y en la amnistía. Abstúvose, por lo demás, de intervenir en la cosa pública durante el decenio, sin dejar por ello de prestar los más eficaces servicios como miembro de la Comisión Revisora del proyecto de Código Civil; pero la grande época de su vida se acercaba.

Después de la revolución de 1859, reprimida también entre arroyos de sangre, creíase cierta, sin posible lucha, la candidatura presidencial de don Antonio Varas; pero el magnánimo estadista rechazóla indeclinablemente con rudo gesto de heroísmo antiguo, y vino de allí la presidencia de don José Joaquín Pérez, a quien recibió el pueblo con transportes de alegría.

No tardó en acentuarse el antagonismo entre el nuevo régimen, apoyado por la opinión pública, y el antiguo, sostenido aún por los elementos de gobierno, especialmente por la casi unanimidad de las Cámaras.

Constituyóse entonces la coalición «liberal-conservadora», y fué llamado a representarla y dirigirla en la organización del nuevo gabinete y en los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores, don Manuel Antonio Tocornal.

Acompañábanle, en la Justicia e Instrucción Pública, don Miguel María Güemes, espíritu ecuánime y sesudo jurisconsulto, de tendencia conservadora, y en la Hacienda, don José Victorino Lastarria, brillante paladín de las ideas liberales. Todo ello bajo la discreta inspiración, a las veces algún tanto humorística, del anciano presidente.

Por el poder esencial de las cosas, por el influjo del espíritu, pudo aquella situación sostenerse, no obstante la actitud de las Cámaras, pero, a costa de innúmeros esfuerzos y contrariedades.

El propio Tocornal, según vimos, recuerda que días hubo en que se le interpeló durante esa época hasta cuatro veces en la Cámara de Diputados; y en otra parte añade que, habiendo sido el introductor de las interpelaciones, fué, no obstante, el más interpelado de los ministros.

Inicióse la administración de Bulnes en aurora de gloria; la de Montt, en aurora de sangre; la de Pérez, en aurora de paz. Y a quien tocó principalmente la honra de servir a esa paz con su noble alma, y su magnífica elocuencia, fué a Tocornal: bendita sea por ello su memoria.

Si a representar y servir la paz entró al gabinete, salió de él por resistir la guerra con España, no indispensable, a su juicio, y funesta.

Pudo decir el 26 de Junio de 1864, en la Cámara de Diputados:

«Más de una vez habré podido estar en desacuerdo con mis conciudadanos. Ninguno acata más que yo la opinión pública; ninguno está poseído más que yo del deseo de satisfacerla. Pero, por grande que sea mi respeto a la opinión pública, nunca traicionaré por ella mi conciencia. Si el país entero viniera a exigirme una cosa contra mi conciencia, al país entero diría que nó. (Aplausos en la barra).

«Y si alguna vez creyera que con la obstinación de obedecer a mi conciencia causaba algún daño a mi patria, el deber de hombre honrado me obligaría a abandonar el puesto, para que otro lo ocupara más dignamente». (Aplausos en la barra y en los bancos de los diputados).

Huelga añadir que los acontecimientos le dieron razón; y que al salir de aquel eclipse, brilló su prestigio con más esplendor que nunca.

Electo diputado en 1864, por los departamentos de Chillán y Los Angeles, continuó sirviendo al país, desde su asiento en la Cámara, que llegó a presidir. Señalé ya, entre esos servicios, el referente a la ley interpretativa del artículo 5.º de la Constitución.

A los pocos meses de muerto Bello, eligióle este cuerpo universitario, casi unánimemente, su rector, defiriéndosele así la

inmensa honra de suceder al sabio maestro, en el manejo de la luz civilizadora. Hizose notar su rectorado, aunque breve, por sus tendencias efectivas de progreso en las instituciones escolares, y por una dirección de la enseñanza tan imparcial, elevada, y benéfica, que creyeron deber colaborar a ella miembros de las más diversas agrupaciones políticas.

Electo senador en Marzo de 1867, fué presidente del Senado, aun antes de los cincuenta años.

Faltábale sólo la presidencia de la República, y atraíanle invenciblemente a ella la superioridad de sus méritos y el general deseo de sus conciudadanos.

Hallábanse reunidas en este hombre las más aventajadas circunstancias: la distinción del continente, la claridad de un espíritu superior, un noble carácter, la irresistible magia de la elocuencia, vastos conocimientos, eminentes servicios, generales respeto y simpatía, elevada prosapia, gran fortuna. Había por qué el hado envidiase, y fué débil su organismo, y no larga su existencia.

VIII

Cayó enfermo en una triste tarde de Julio de 1867.

Durante largos días, estuvo Santiago pendiente de su enfermedad, en que le asistieron su hermano médico don Javier y los doctores Blest y Petit.

Los «nacionales» de quienes había llegado a ser ídolo, manifestaron su solicitud por el ilustre paciente, en términos de que don Antonio Varas, una de las dos cabezas del decenio, leía a veces desde un sitio elevado los boletines médicos a la concurrencia.

Todo fué, empero, inútil, y aproximándose el fin, en la mañana del 15 de Agosto, después de recibir los sacramentos, hizo llamar al señor arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso, con quien departió largos instantes.

Interrogó al prelado sobre si le sería lícito desear ya la muerte, y le obsequió con el pectoral de brillantes que había pertenecido a don Vicente Tocornal y Velasco, hermano de su es-

posa, obispo electo de Ancud, que no alcanzó a entrar en el desempeño de sus funciones.

Dió a los suyos consejos de las más altas previsión y sensatez, recomendando especialmente a aquellos de sus hijos que hubieran de estudiar derecho, no defendiesen jamás sino pleitos justos, y diciéndoles a este propósito: «Yo defendí uno dudoso, y aunque lo gané, me pesa en este instante».

Quiso ver a don Miguel Luis Amunátegui, para despedirse en él de sus amigos; y alcanzó a hacerlo.

«No crean que deliro, exclamó: mi cuerpo está ya muerto, pero mi cabeza, lúcida: me acuerdo hasta de cuando, por la mañana, me cantaban las aves en El Mariscal.»

Don Miguel Luis embargábase en llanto; y el padre León, el fino jesuita, a quien muchos de nosotros hemos conocido, recordaba al moribundo el sagrado texto: «Más felices que los que nacen, son los que mueren en el Señor».

«Siempre, dijo, he creído en la inmortalidad. He llenado mi misión: deseo disolverme en Jesucristo.»

A no ser por la extraordinaria palidez, habría parecido como de costumbre.

Ordenó se disminuyese la luz natural que entraba a la alcoba, y se colocara un crucifijo grande sobre la mesa, mientras oprimía con las últimas fuerzas y las exangües manos, uno pequeño sobre el corazón.

Cerró los ojos, y pasado un tiempo, tras de leves convulsiones, rindió el ánima...

PAULINO ALFONSO

LA FORMACIÓN MORAL POR LA EDUCACIÓN ESTÉTICA

La tarea del que busca un plan educativo, o reformador de las tendencias generales de los niños de un país, es sencilla cuando se refiere a hombres de sangre pura, de una sola raza. Las complicaciones, y por consiguiente las vacilaciones y los fracasos, comienzan cuando se trata de aplicar el mismo sistema a educandos que tienen en sus venas sangres de diverso color, en su mente el choque de civilizaciones apartadas entre sí, en sus almas la lucha de sentimientos, creencias, preocupaciones contradictorios.

Para abarcar con precisión esta idea, conviene recordar un tipo universalmente conocido como concentración de su raza. Así huiremos de vaguedades y de dogmatismos, que en problemas oscuros y controvertidos son manifestaciones igualmente odiosas de falta de probidad en la exposición de una teoría. Este tipo de raza pura, de integridad mental y moral fué señalado en inmortales páginas por Taine. Bonaparte era italiano de procedencia y de raza, de familia italiana cuyo origen puede perseguirse desde el siglo XII. Esta familia es desgajada como una rama de su árbol, en plena Edad Media, antes de toda decadencia, de todo refinamiento, de toda mezcla. Transportada a una isla, a Córcega, a «un vivero» (admirable palabra), la planta encuentra tierra propicia y se cruza con otras de su especie igualmente primitivas. Las condiciones se refuerzan, el carácter

se acrisola y endurece, la raza se purifica y concentra. El nuevo trasplante se efectúa en condiciones extraordinarias. Bonaparte italiano, e italiano de la Edad Media, llega a Francia en época de anarquía, de descomposición. Se acaba de pasar el arado por la tierra y la planta salvaje de Córcega encuentra surco abierto y suelo abonado, y libre de toda otra maleza de su fuerza y lozanía, de su áspera resistencia, de su violento crecimiento, lo invade todo. «Desmesurado en todo, no solamente está fuera de línea, sino fuera de marco. Por su temperamento, sus instintos, sus facultades, su imaginación, sus pasiones, su moral, parece fundido en un molde aparte, compuesto de un metal distinto del de sus conciudadanos y contemporáneos». Y el gran pensador recuerda esta frase de Alfieri: «la planta-hombre no nace en ningún país con mayor fuerza que en Italia». Cuando la integridad mental y moral de una misma raza encuentra en los siglos XIV, XV y XVI, que la medida del super-hombre es la de San Francisco de Asís, Dante, Miguel Angel, Benvenuto, César Borgia, Julio II y Machiavelo, conviene escoger allí el tipo y modelo absoluto para el estudio de los medios que conviene impulsar a los hombres que vienen formándose en la mezcla de razas diversas, en la marcha ascendente hacia la altura del progreso material e intelectual. Borgese nos muestra, en su reciente libro sobre *La Guerra delle idee*, las obras que revelan los dos aspectos del alma italiana: *I Fioretti di Santo Francesco* y la *Vita di Benvenuto Cellini*, el santo de Asís todo espíritu y el orfebre genial todo naturaleza. Goethe admiró y exaltó a Benvenuto hasta llamarlo representante de un siglo, casi del hombre: «capofila» y «capostipite». Borgese agrega que Bismark fué un Borgia con éxito. No sabemos si se ha hecho la aproximación mucho más visible de Cellini y Bonaparte, cada cual un carácter desnudo de toda simulación, una voluntad libre de dudas y vacilaciones, una irresistible fuerza natural heredada, movida friamente, y al mismo tiempo con frenesí, en la línea del propio interés.

Un maestro de tales criaturas ve en el pequeño arbolito las mismas formas que va a tener de grande, se contenta con regar la tierra, con enderezar el tronco, con moderar los ímpetus de

crecimiento; es el correo de la humanidad que abre la jaula y da libertad a la paloma mensajera en el momento preciso.

En cambio, el educador de este otro hombre, ramificación de ingertos diversos, no sabe qué forma adoptará la planta, ni qué clase de flores abrirán en su follaje bizarro,

Entre otros publicistas, generalmente hombres de prensa, un profesor argentino, distinguido investigador, ha dedicado un ensayo de psicología social a la mezcla de sangre de la América Latina. Este libro encierra por lo menos el cuadro coloreado de nuestras tierras, en especial de las hispanas, sobre las cuales la planta humana importada se ha mezclado y transformado y mientras no da su tipo definitivo pasa por las aberraciones del mestizaje y, de tarde en tarde, amenaza con aisladas apariciones de hibridismo.

Todas las razas del orbe estaban destinadas a darse cita en nuestro mundo descubierto por España y poblado por tribus cobrizas tal vez venidas del Asia. Los primeros capitanes blancos vinieron desposados con la muerte o con la gloria; pero pronto notaron la falta de la hembra y tomaron en la sed de su necesidad sexual la que más cerca estaba. Los portugueses no habían rechazado ya a la negra de su colonización del África y vinieron con ella al nuevo mundo. El gran misionero Las Casas, conmovido con el sufrimiento del aborigen, provocó la inmigración del africano. Hemos trazado hace poco las líneas trágicas de «El Camino de los Esclavos» que también cruzó nuestra alta cordillera nevada. A las costas del Pacífico acudió más tarde directamente el asiático; pero también venía sangre semítica en la española y no es improbable que ya encontrara ésta la milenaria inmigración de los amarillos por Alaska.

Todas estas sangres de la Babel americana, compuesta de españoles, aborígenes, asiáticos y africanos, asociadas y removidas en la bullente caldera de la conquista, de la esclavitud, de la codicia, del conflicto genésico, no ha podido componer, en el corto espacio de tres siglos, un tipo terminado y aparecen a cada instante entre los residuos de la escoria las vetas blancas, negras, amarillas y cobrizas de los primitivos componentes. El maestro, si se ha sentido alguna vez atraído por las verdades

probadas y por las incertidumbres y tanteos de la biología, debe mirar con profundo desaliento, las compactas filas que llenan los escaños de la clase y que hacen meditar en la confusión de tantas y contrapuestas influencias. Si ese mismo maestro se ha preocupado más hondamente de las leyes de la herencia, verá en esas mismas fisonomías, selladas por el mestizaje, el tormento de los flajelos que destruyen las razas y quiebran el timón de dirección de los caracteres: tuberculosis, sífilis, alcoholismo. ¿Cómo encontrar una suma de sistemas pedagógicos directamente aplicable a estas masas de educandos que no deben ser tomados como «rezagados mentales», porque el mestizo es muy inteligente a pesar de que su fisonomía revele a veces otra cosa; pero que ciertamente son rezagados en el sentido de la voluntad y del carácter? ¿Cómo reducir sus diversas deficiencias a un común denominador?

He aquí planteado nuestro gran problema educativo. Bunge, después de referirse a los problemas fundamentales de estos pueblos, exclama: «si el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter, hagámosnos un carácter, inventémoslo, improvisemos, imitemos, forcemos, remachemos; y si entonces aun no pudiéramos crearlo del vacío, robémoslo a quienes lo tengan como los romanos arrancaron sus hembras a los sabinos». Desgraciadamente, en tanta palabra hay poco consejo utilizable. El remedio está en vencer nuestra pereza, también defecto de mestizaje, en dominar nuestro instinto de imitación, también instinto de mestizaje, y en comenzar con bríos la educación real y verdadera, conforme a las necesidades fundamentales que los estudiosos y cualquier observador pueden señalar. Todo el que piense algo y ame con ardiente y profundo amor a su país y tenga alguna fe en los buenos componentes de su sangre, después de mirar hacia todos lados buscando el remedio, debe tender ambas manos a la educación, y, en especial, a la pública, que es la que extiende más sus tentáculos en las poblaciones escasas, diseminadas en extensos territorios. Fuerza general,

permanente, que desafía las pobreza, que se sobrepone a los desórdenes internos, ella sola tiene los secretos y la responsabilidad del porvenir y puede levantar el claro, ordenado y sólido edificio del futuro, que no será una aspiración espiritual como la catedral gótica; pero mostrará algunas columnas esbeltas para disimular la simple osatura industrial de los rascacielos de Norte América.

En nuestros países es común la tendencia de modificación y hasta de morbosa invención en la mecánica; pero en cambio se aceptan modas y doctrinas y leyes sin examen del organismo sobre el cual van a operar. La locomotora inglesa puede rodar lo mismo en los rieles americanos que en los ingleses, y, salvo ligeras alteraciones en las parrillas, está hecha para todos los carbones; pero la aplicación repentina de la comuna autónoma en un país de poderosa organización central, sin esperar que despertaran poco a poco los instintos comunales indudablemente dormidos en la herencia atávica española; o bien la imposición del Registro Civil, sin tomar en cuenta las bases que ofrecía una religión establecida y las resistencias que en su nombre debían oponer la ignorancia, el fanatismo o simplemente la costumbre; esos son errores que se pagan continuamente durante largos años y sólo se reparan después de males sin cuento.

He leído desde hace años, con suficiente atención, cuanto han dicho los escritores hispano-americanos sobre los defectos fundamentales de sus pueblos. En especial, he encontrado en la citada obra de Bunge, *Nuestra América*, un bosquejo casi completo del mestizaje; pero sus observaciones pecan por declamatorias en unos casos, por sistemáticas en otros; sin ninguna duda, son incompletas. Es conveniente analizar los vacíos fundamentales que el pedagogo europeo, que se propusiera aplicar sus sistemas a nuestros hijos, encontraría en la masa sobre la cual debería operar. Comencemos por el alma y el corazón, y, en este terreno, por sus manifestaciones más altas, por la religión.

El mestizo es naturalmente arreligioso y fácilmente puede ser antireligioso. En las clases más educadas y más blancas, es decir, donde el mestizaje está revelado solamente al observador

más agudo, la religión parece siempre superficial y de conveniencia. Es cómodo ser religioso, la religión ayuda a conservar lo adquirido, pone atajo a los que vienen a disputarlo, promete recompensas en la otra vida, no se tocan los dividendos materiales de ésta para satisfacer a los descontentos. Además, es de buen gusto: el sacerdote pertenece a la aristocracia de los intelectuales, es un hombre educado, que se distingue de la plebe; el templo es una casa silenciosa, donde se encuentra asilo contra los bullicios de la ciudad, las intrigas y los desengaños; la Iglesia tiene bienes de fortuna, es un elemento de decoración, de colaboración social, está siempre del lado del orden público; sus obras requieren distinción, tacto, tiempo desocupado, algún dinero, de tal manera que dirigirlas es un honor, una consagración. El pueblo comprende con rápida penetración que a pesar de todas las igualdades ante la ley existe profunda separación entre la clase dirigente y los dirigidos y que hay un solo sitio en que el rico y el pobre pueden estar cerca, juntos, ocupados de una misma cosa, con olvido aparente o real de las distancias. Ese sitio es el templo y el pueblo acude al templo y codea a los poderosos y a las mujeres bellas y jóvenes que exhalan aroma de limpieza y de refinamiento, que frotran sedas y encajes. Pero en la tarde, a la hora del té, de los teatros y de los talleres, los templos están desiertos. La lamparita del sacramento brilla en nombre de los fieles de otras tierras muy lejanas, que saben orar, que encuentran lágrimas y ternuras profundas en el altar.

Cuando la gente menos inculta se dedica a la religión, por esos movimientos que en otras razas son profundos y de carácter místico, toma aquí un carácter idólatra, supersticioso, de simple devoción. La piedad no entra a veces con uno por ciento en el componente de esta religiosidad exaltada en la forma. Credulidad excesiva para las profecías y visiones de legos de convento; incomprensión absoluta de lo que es el milagro y generosidad sin límite para creer milagros una cantidad de fenómenos naturales en que no hay suspensión ni destrucción de ninguna ley conocida; mecanismo de la plegaria, escrita con superlativos en cada adjetivo, como es uso en el libro llamado «de

piedad»; afición a las ceremonias, tomas de hábito, novenarios, sermones de solemnidad; ostentación de estas costumbres donde es bien mirado tenerlas y sirve para la consideración y para el respeto social, y pronto olvido de ellas donde estorban y son rémora para ganarse la fortuna o hacer buenas alianzas matrimoniales; he aquí los hábitos que por regla general (entiéndase que hablo de generalidades), sustituyen en las personas religiosas hispano-americanas esa vida interior de humildad, recogimiento y adoración, ese fervor generoso de caridad forma del amor que las madres de las clases altas, medias y pobres del centro de Europa cultivan en un santuario secreto desde el cual irradian las misteriosas influencias que han sentido los hijos pensadores y políticos, escépticos o sin creencias, al dejar en los finos y queridos dedos de las madres y de las hermanas el rosario que a primera vista les pareció instrumento de superstición. Vida interna, caridad, amor; contrapuesta a formalidades exteriores, ostentación, credulidad, mezquindades, intolerancias.

La verdadera religión, conjunto de sacrificio y de humildad, la encontramos en América, es verdad; pero siempre en las familias de origen europeo inmediato o en aquellas que se han conservado más puras de contaminaciones exóticas; en el misionero extranjero o en el sacerdote hispano-americano casi sin mezcla que comprende que la castidad no es la única virtud fundamental del sacerdocio católico y que además hay que ser pobre y manso y resignado y lleno de amor y caridad hacia los humildes y los que sufren.

La prueba de que este concepto religioso es falto de profundidad, la tenemos al estudiarlo en sus ecos en otras tierras. Mujeres religiosas y de buena tradición, de Hispano-América, se olvidan bastante de sus absorbentes prácticas de iglesia al cruzar las fronteras de su país en viaje a Europa. En el trasatlántico no se celebra la misa, y como no hay sirvientes ni relaciones íntimas que las observen, a quienes «dar buen ejemplo», se pasan luciendo sus gracias o leyendo novelas sobre cubierta o bailando tango en el salón, mientras protestantes y católicos de Europa se han encerrado una hora en sus camarotes, sin distinción de sexo, para leer el Evangelio y recordar en su nombre a la cade-

na de antepasados que oró por ellos en la paz como en la guerra, en el mar como en la sociedad y los negocios diarios. En París, seducidas como ocurre fácilmente con todo mestizo, con el oropel del lujo, de la fiesta y de la licencia, acudieron antes de la guerra a sitios que en su país no habrían frecuentado jamás, inventando la famosa teoría de que una mujer puede ir donde va su marido. Los jóvenes estudiantes, enviados a Europa con ese temor de las madres americanas hacia los países más civilizados, dan sin embargo por regla general mal ejemplo de precocidades y de indisciplina en las universidades y colegios, hasta el extremo de que los escolapios y jesuitas de Londres encontraran peligrosa la admisión de un niño sudamericano sin detenido examen. Las obras sociales y de caridad, importadas casi siempre por extranjeros, han sido mantenidas por las personas de clases más altas, de sangre española poco contaminada con la aborígen, y aisladas por una cintura de indiferencia y apatía de las otras clases. Los padres de la patria, que fundaron en su destierro de Juan Fernández la admirable institución de la Hermandad de Dolores, dieron alto ejemplo de religión atávica verdadera y profunda, que el dolor supo despertar en su primitivo fulgor.

Cuando el sentimiento religioso sudamericano prende en multitudes no bien controladas por su ilustración, revela todo el formulismo y psittacismo, es decir, el gesto convenido y la plegaria mecanizada, que existe aunque sea menos notable en las familias de superior condición. La gran afluencia en los templos de gente no recogida que cumple friamente un deber social, para evitarse críticas, es fenómeno especialmente hispanoamericano. Hace algunos años hemos anotado algunas reflexiones de Thomas sobre la falta educativa de los padres de familia, entre las cuales nos hirió especialmente esta recomendación que parece escrita para nosotros: «es necesario evitar el abuso de pequeñas devociones minúsculas y parásitas, consideradas como medio especial de sostener y aun de fortificar el sentimiento religioso». En la América española estas devociones llegan fácilmente a la superstición. Conocemos estampillas, impresas en papel de seda, que representan la hermosa imagen bizantina llamada la «Virgen

del Perpetuo Socorro», que se aconseja tragar, nada menos como hacía Madame Chrysanthème en Nagasaki.

También es digna de advertirse la grave contradicción entre la indiferencia religiosa del padre y la enseñanza que da a sus hijos, duplicidad que desorganiza el nervio más fuerte de la familia que es la mutua confianza, la sinceridad y la unión de las almas. Es manifestación de esta misma incompreensión religiosa el que muchos hombres ilustrados no creyentes, no sepan atribuir el interés de otros por los estudios religiosos, por la vida de santos, super-hombres de la religión, por el arte y el misticismo, sino a agencia de intereses sectarios y no a manifestación natural del espíritu y a tendencia espiritual de sentimientos espontáneos y desinteresados.

La insensibilidad es fenómeno deducido de la irreligión en un sentido amplio de la palabra. Hemos llamado muchas veces la atención a la excepción fastidiosa que presenta en un hogar hispanoamericano el hijo que manifiesta una sensibilidad especial. Los padres, en exceso positivos, se olvidan que en la epopeya cervantesca tan desequilibrado es el caballero andante como su escudero materialista. Conozco un caso en que aquellos estaban alarmados porque su hijo de tierna edad se pasaba mirando la luna y deseaba alcanzarla. Nada más natural en una criatura; pero se trató por todos los medios posibles de sofocar estas inclinaciones idealistas y de destruir en esa alma sencilla todo germen de elevación y se consiguió el objeto. En realidad ahora, fuera de la luna que aprendió a no mirar siquiera, no hay cosa que no haya querido alcanzar que no la tuviera de grado o por fuerza, robándola si era necesario. La palabra «romántica», aplicada a una mujer que admira la naturaleza y se deja tomar por la ternura de algunas horas de excepcional belleza, ha sido tomada en Chile en sentido despectivo. De tal manera, nuestra raza vive aparte de su naturaleza que, por regla general, (insisto en decir que en todo hay excepciones), las imponderables bellezas de los trópicos, de las nieves eternas y de los mares australes, han sido descritas en primer término por los extranjeros y continúan ofreciendo éstos en sus literaturas propias, excelencias de descripción que podrían inducir en error sobre la supremacía

de belleza de sus propios paisajes. Hemos oído a un hombre ilustrado, fino, gran viajero, explicar su admiración por una tarde de otoño diciendo estas palabras: «¡cómo se ve que me voy poniendo viejo! Nunca me había quedado en contemplación de árboles que no dan fruto ni flores, como ahora». El movimiento artístico más fecundo en Hispano-América ha comenzado en países en que el establecimiento español fué más sólido y las razas indígenas no predominaron: en Chile y Argentina. Este movimiento ha revelado la dificultad de encontrar público que se eleve a la belleza verdadera. Aman más lo convencional, lo mezquino. Un aficionado me afirma que no entiende los paisajes al natural, que prefiere verlos en fotografía con colores; que no podrá apreciar jamás un cuadro que represente una localidad que él no conozca con sus propios ojos. He observado asistentes a exposiciones que contemplan un cuadro cuyo título les sugiere vagamente la idea de un sitio que conocen y que se rascan la cabeza, con instintivo movimiento de animal, como si quisieran sacarse del cráneo frío una impresión o recuerdo evocador. Por fin, alguien corre en su auxilio: «¿recuerdas el potrero en que están los castaños, allá cerca del estero, donde vive el mayordomo?» «—¡Ah! De veras. ¡Qué admirable!» Sólo entonces admiran; eso es utilitario, es algo como el plano topográfico por el cual han pagado buenos pesos; representa algo conocido; se puede decir al visitante: «ese potrero es de mi hacienda; todavía es más grande de lo que aquí se ve; el pintor estuvo poco tiempo...»;

Podría tratarse en el capítulo de la sensibilidad algo que se refiere a la imaginación. En nuestras tierras hay poco espíritu de generalización y previsión. Bunge dice que hay dos clases de imaginaciones: una grande y otra pequeña; que ésta, es decir, la imaginación de los poetas, abunda; que la otra, es decir, la imaginación de los hombres de estado, falta por completo. Estamos en el buen camino y podemos precisar más. Gauckler en su libro sobre *Lo bello y su historia*, dice que «los niños, hombres y pueblos piensan por imágenes». El mestizo, como ningún otro, sabe hacerlo. En un país pequeño como el nuestro se acaba de anunciar la publicación de una *Selva lírica*, donde

habrán de rugir y volar noventa y cinco poetas; y, según se asegura, hay selección, es decir, se han tomado las fieras nobles, alguna ardilla traviesa, una bandada de pájaros cantores, y se han despreciado los insectos y las lombrices. Toda esta poesía es naturalmente imaginativa en exceso, en el sentido del pensamiento por imágenes; pero poco constructiva. Hasta en este punto es diversa la imaginación oriental, sensualista a su manera, filosófica con la penetración inconsciente de los siglos, sana y clara hasta la desnudez; mientras que la nuestra es manifestación enfermiza de la herencia, en la cual los males venéreos han hecho profunda huella, de *la abulia* o falta de voluntad, del entrecorcho de las sangres. Por esa razón todos nuestros poetas dicen que son vagabundos, peregrinos, estrellas filantes, siempre algo que no sabe dónde va o cómo llega. Al comenzar su poema cada cual dice como el falso fraile armenio: «¿en qué pararán estas misas?». Y la verdad es que paran mal. Entre tanto, como este arte decadente o decaído es anti-social, como lo anota Guyau, estos solitarios engañan el silencio con los propios rumores y ecos del bombo mutuo.

El sociólogo argentino ha tenido que dividir la imaginación en grande y pequeña, porque olvidó el léxico. Nuestros pueblos son, por regla general, imaginativos; pero carecen de *fantasía* que es la forma superior de la imaginación: «facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes las cosas pasadas o lejanas, de representar los ideales en forma sensible o de idealizar las reales». Y agrega nuestro diccionario lo que necesitamos para completar estos juicios: «la imaginación, en cuanto inventa o produce», es decir, en cuanto construye y crea. Pues bien, esta fantasía, que es el progreso, que es la mayor fuerza de cultura, que es la razón de todas las maravillas de la ciencia y de la industria, de la literatura y del arte, que presidió la obra de Dante, de Miguel Angel en el «Juicio Final», de Beethoven, de Pasteur, de Tomás Alba Edison, de Right y de Santos Dumont, de Cesar, de Bonaparte, de Bismarck, es rarísima en medio de la inteligencia y facultades espirituales, por muchos otros títulos distinguidas, de los pueblos hispano-americanos.

La razón por la cual tenemos extraordinaria facultad de crítica, talentos excepcionales de demolidores y nos cuesta tanto construir, es simplemente esta falta de fantasía. Vemos hasta mañana, hasta el mes que viene, hasta la próxima cosecha, hasta la próxima elección, hasta el próximo viaje; más tarde, el caos. El hombre con fantasía puede observar igualmente los defectos de la construcción, sea edificio, empresa, ley, lo que se quiera; pero mira más lejos y se ve reconstruyendo lo destruido y entonces se detiene a tiempo antes de provocar inútil ruina. Se divisa convertido a sí mismo en Sísifo, empeñado en la inútil obra de remontar la pendiente del caos con el peso muerto de la crítica negativa para edificar en la cumbre. La fantasía es la palanca de la generalización, de la universalización y sin esta facultad no hay talento eficaz.

Es curioso que el régimen parlamentario hecho por hombres de fantasía y mantenido por hombres de fantasía, haya sido transportado a un país de raquíticos imaginativos a corto plazo. Abusaremos de él naturalmente y hasta seremos capaces de derribarlo; no importa lo que venga, mejor dicho, nadie sabe ni puede adivinar lo que vendrá.

La moralidad, cierta clase de moralidad, también notable en estos pueblos, es amoldada por la falta de sensibilidad; en gran parte producto de herencia. Toma diversas formas, desde los gobiernos que recortan la moneda y los congresos que emiten papel en forma inverosímil y liquidan a bajo precio los ahorros depositados en un valor superior, hasta el pueblo ineducado que escapa con el objeto que encuentra a mano; vemos las autoridades que violan con frecuencia asombrosa la ley que tienen encargo de cumplir, que se rinden a los obsequios, que hacen excepciones en toda regla general, que se ríen de principios de igualdad que han jurado respetar. Hay estados que, por atraso o mala confección de los presupuestos, pagan tardíamente los sueldos de sus funcionarios y hasta las cuentas de los suministros, propagando y extendiendo la teoría del tramposo: «yo no pago porque a mí no me pagan». La ilegalidad es estimada como mera falta contra el Estado, lo que es considerado levísimo, y aun ingenio o buena suerte; pero nadie la toma como

falta de conciencia. Ese capítulo de entradas del erario británico, llamado dinero de conciencia, que es la restitución de lo que se le debe por error o por olvido; no sería comprendido en Hispano-América. Muchos negocios son dificultados porque no sería comprensible que un hombre se fiara en compromisos de dinero, sin firmar o hacer firmar escritura pública. El apretón de manos con que se da el «conforme» en tantos mercados de frutos en otros países, no sirve para las transacciones de los cereales, sino cuando el precio de éstos ha bajado y al vendedor le conviene exigir el cumplimiento del comprador. En materia de organizaciones de sociedades, bancos, administración de grandes empresas, se cometen engaños con el público que son fácilmente olvidados. No hay cátedras en los seminarios religiosos que enseñen la falta administrativa, la falta de ilegalidad, como falta de probidad, como trasgresión del mandamiento, para que los directores de conciencias católicas sepan corregirlas y despertarlas en este terreno. Para juzgar y censurar a hombres públicos se grita y se injuria; rara vez hay la valentía de hacer un proceso y éstos nunca llegan a término. La amoralidad hace este doble daño: mancha a los limpios, deja impune a los audaces culpables.

La pereza y la tristeza han sido apuntadas desde hace mucho tiempo por cuantos se han ocupado de los problemas educativos con cierta elevación de miras. El mestizo es perezoso por regla general, en unas regiones por debilidad física, por alimentación inconveniente, por el clima cálido que es impropio para la actividad; en otras partes porque trabaja espasmódicamente, por temporadas, sin método, sin constancia. En más de una descripción de escenas y cuadros campesinos, aparece el hombre que ha llegado con la primera luz del sol a apoyarse en el tronco de un árbol. Ese hombre espera allí casi inmóvil, sin hacer nada; espera durante horas, casi hasta la noche. La tierra fértil está ansiosa de brazos; pero el hombre descansa. No está embriagado con el sol; su pereza no es contemplativa, es enfermiza. Dentro de su alma luchan las razas, el indio que vaga por el bosque, despreciando el cultivo, amando la guerra

solamente, tal vez el moro contemplativo y amoroso, flojo y solemne, tal vez el ganadero español que recorría las tierras a caballo esperando que la naturaleza supliera su esfuerzo. Y es curioso notar que en Chile la mujer indígena es más trabajadora, aseada y casta que la mestiza; así como en Bolivia el indio puro es de mejor índole, menos solapado y cruel que el cholo. Nuestra pereza es general en toda la América española; empobrecimiento del idioma, anotado por todos los escritores peninsulares; viciosa incorrección en la pronunciación de las palabras aun en las clases altas; desidia para la reparación de las cosas útiles que se destruyen, edificios, líneas férreas, máquinas, monumentos, ropas, mobiliario, pavimentos, árboles; lentitud en la tramitación administrativa y judicial y costumbre de postergar sin plazo definido las soluciones; incompetencia, observada por Roosevelt en los países latino-americanos para resolver, durante años, problemas antiguos y perfectamente conocidos; el aburrimiento y la inconstancia que se notan en todas partes, en el teatro, en los salones, en la escuela, en los talleres; apatía, indiferencia, abstención política de los elementos más sanos de los países, que se contentan con censurar y no son muchas veces ni ciudadanos electores. Cuando miramos hacia nuestros tiempos coloniales, lo vemos todo triste, terrorífico muchas veces: plagas, piratas, temblores, salidas de mar y de ríos, levantamiento de indios y atraso del real situado para remendar los andrajos de los conquistadores. Los indios americanos han sido todos tristes; es posible que las dificultades de la vida ensombrecieran también a los españoles, de los cuales eran los menos expansivos los del país vasco. En todo caso nuestros pueblos no cantan ni bailan sino animados por el alcohol, salvo excepciones. «La alegría está embotellada», —decía frecuentemente Daniel Riquelme entre nosotros. La imagen religiosa que nos da mejor idea del espíritu colonial es el Señor de Mayo, venerado en el templo de San Agustín. Mal tallada por un lego, ennegrecida por el tiempo, tiene la corona de espinas sobre los hombros. Dice la tradición que cuando se trata de reponer esta corona en su sitio, tiembla de nuevo. La

multitud aterrada con el terremoto de 1647, la sacó en procesión.

El baile argentino, de donde ha salido el tango que bailaba toda la humanidad cuando aparecieron las inscripciones bíblicas del Manes, Thesel, Fares, de la guerra; no es alegre sino lujurioso y tiene algo de africano y de andaluz. El nuestro, generalmente animado por el alcohol, no es tampoco alegre en el recto sentido de la palabra, sino *movido* de parte del hombre y casi inexpresivo de parte de la mujer. En todos los países, aun en los más rudimentarios, la mujer es menos grosera que el hombre. En nuestro baile mientras los hombres dan alaridos, dignos de estudio y bastante reveladores, las mujeres cantan, «tamborean», o hacen levísimas y desdeñosas vueltas en la pareja. Pero sea o no este baile lo que quieran sus admiradores, rara vez se baila después de una fiesta en que no reina la licencia; nunca en los salones populares como costumbre y hábito, pues allí se le destierra para adoptar danzas europeas de moda. A propósito de estos alaridos del baile, conviene llamar la atención a los que dan los vendedores en la calle, los niños en las escuelas, los cantores ebrios en los regocijos populares, todos los cuales revelan notable barbarie a pesar de los esfuerzos de la instrucción pública.

No querría decir mucho sobre la crueldad tan notable en los crímenes de sangre, en las revoluciones de que afortunadamente hemos estado libres; pero que han servido en otros países para apreciar el instinto sangriento de algunas masas. En Chile es frecuente la crueldad con el niño y con el animal; ha sido notada en la prensa, en libros, en congresos, en asociaciones diversas. El crimen pasional es raro; la manifestación de hiena de los hechores, es corriente. Las mutilaciones y profanaciones de los asesinados son muy conocidas de los jueces. No queremos recordar tragedias que la política trata de olvidar en todas partes y que sin afectar a ningún partido, nos dan a todos salvable aviso para que enderecemos los rumbos educacionales en el sentido de humanizar por todos los medios a las nuevas generaciones.

No es necesario seguir con la enumeración de defectos que están encerrados en los otros, jactancia y arrogancia, provocación y ligereza de juicio, destrucción de bienes comunes, cleptomanía, afán de mentira, precocidad, recargo en el vestir, para anotar las complicaciones del problema educativo. Tampoco debemos desalentarnos porque el cuadro tenga negros colores. Apartados de las seducciones y de los adulos de los que nos visitan y nos halagan, apartados también de los pesimistas; pongamos flores al pie del túmulo del autor de «Raza Chilena», pero demos en el yunque sin descanso para el caso no improbable de que el elemento céltico no domine en nuestras masas.

No desconocemos, no podemos desconocerlo, que la inmigración española que vino a estos países de clima más templado, en que era posible el establecimiento de la raza blanca y la organización de familias por consiguiente, formada en parte por soldados y hombres duros emigrados del norte de España, ha mantenido fuertes núcleos directivos que nos han dado mayor progreso que otros países cálidos. No podemos olvidar tampoco los repetidos casos de familias *eugénicas*, que han producido en un siglo, militares brillantes, escritores, obispos, presidentes de la república; retoños de un vástago vigoroso arrancado a la encina de Guernica, amantes de la libertad y de la autoridad, que tomaron las riendas del gobierno y porque las tomaron a tiempo salvaron al país de las revoluciones mexicanas. Pero nos referimos a la gran masa donde reclutamos los centenares de miles de niños que van a dominar mañana; nos referimos a las herencias que cada uno de nosotros mismos ha recibido y contra las cuales unos más y otros menos han podido combatir con éxito relativo. Marcadas las tachas predominantes de la raza, es indispensable saber luchar contra ellas.

Para ésto vamos a hablar con claridad y esperamos no se vea en esta parte de nuestro artículo deseo de propaganda o de controversia que a toda costa deseamos evitar. Queremos alinear a los hombres de religión y de ciencia, a los profesionales de la instrucción y a los padres de familia, en la tarea de fijar el programa educativo. La igualdad de inteligencia y la general viveza de ésta, queda manifestada en los exámenes,

porque nuestros exámenes son para saber quien ha aprendido mejor los textos de gramática, historia, geografía, matemáticas. Solamente los padres que observan a sus hijos, los extranjeros que estudian a nuestros gobernantes, parlamentarios, escritores, obreros, profesionales, toman el otro examen, el de la voluntad y el carácter, el de la veracidad y probidad, el de la actividad y cumplimiento del deber, el de la cultura hospitalaria y espiritualidad en las manifestaciones colectivas. Y es posible que en este examen no obtengamos las buenas notas que en los otros. Para ésto no hay textos que aprender rápidamente, que *calentar*.

León Daudet, escritor formado en un medio científico y médico, acaba de publicar un libro consolador con el título sugestivo de «L'Hérédo, ensayo sobre el drama interior», que deja todavía en boceto una parte de su refutación a prejuicios corrientes sobre la tiranía de la herencia. «La personalidad humana tiende a realizarse plenamente en el curso de la vida y a escapar a la esclavitud hereditaria». De esta manera tiende a establecer el fundamento psicológico y fisiológico de la responsabilidad moral y a disipar algunas nubes que el fatalismo científico y el determinismo habían acumulado en el horizonte. Cualquiera que sea el grado de autoridad que se reconozca a este ensayo seductor, es aceptado ahora por numerosos estudiosos que «contrariamente a lo que han creído y afirmado pedagogos ignorantes o tontos, el equilibrio por la razón, esta piedra de toque de sí mismo, pertenece a menudo a la infancia o a la primera juventud. La sabiduría es más frecuente a seis y siete años que a doce, catorce o veinte años, porque no está oscurecida por el desarrollo del huesped peligroso, del instinto genésico». El viejo proverbio de que los niños dicen la verdad es falso en un sentido literal porque el niño tiende a la mentira por diversas razones naturales; sino que, libres de la vanidad que viene con los años, se adivinan mejor, se conocen mejor y aprecian con más claridad ciertos problemas. Así como el esfuerzo de la voluntad forma la personalidad sobre y contra la fuerza hereditaria en el individuo; así la voluntad educadora de los dirigentes puede moldear la personalidad de la

nación corrigiendo, forzando, encadenando algunos de los elementos perniciosos del mestizaje. Y si las naciones son jóvenes, libres de la rutina secular ¿por qué no podrían aprender tan fácilmente la verdad como los niños?

Es necesario quitarle al niño todo lo que disminuya; darle todo lo que exalte. La educación debe ser positiva y no negativa. La tradición de su hogar debe ser respetada si es espiritualista. En este sentido el educador no tiene derecho a decir a su alumno que sus creencias son mitos y fábulas, porque le quita al niño mestizo uno de los pocos medios por los cuales levanta su alma y se exalta. Por el contrario, el educador patriota, libre de sectarismo, debe lamentar que el sentimiento religioso haya tomado en nuestras tierras tendencias superficiales y paganas y no penetre más en el fondo de las conciencias. Donde hay una tradición profundamente religiosa se puede intentar innovaciones sin hacer un daño a la raza; donde no hay sino una disciplina de espíritu ¿qué quedaría como medio de exaltar el alma y de encender el corazón? ¡El heroísmo, la abnegación y el sacrificio se apoyan con tanta solidez en los sentimientos religiosos! Félix Le Dantec mismo llega a decir a sus discípulos anti-religiosos: «Es cierto que tocar a las viejas creencias es tocar al fondo mismo de la moral que, por virtud o hipocresía, los hombres defienden todos». «Y es preciso resignarse a la victoria definitiva del espiritualismo que es demasiado cómodo y provechoso para ser abandonado por la muchedumbre». Mientras el educador religioso busca la formación del corazón y del alma, más que el ejercicio de las prácticas, el educador civil debe basarse sobre este primer riego espiritual para fortificar el carácter y la voluntad del niño, el amor a la familia, el respeto a la autoridad, el reconocimiento de que la disciplina y el orden son necesarios, el cultivo de la probidad y de la veracidad en todo.

El desarrollo de la educación física ha sido una feliz iniciativa en nuestros países. Ella llevará a la actividad material y será preservativo contra la pereza. No olvidemos el bien material que hizo en Chile la instrucción militar alemana, menos necesaria en otras razas de disciplina espontánea o libre; y la enseñanza del servicio militar obligatorio. Pero hay que ir a destruir

también la pereza, la atonía de los espíritus para combatir esa tristeza y ese aburrimiento que son y pueden ser síntoma de decadencia prematura. La educación es una obra de amor, de espíritu, de firmeza y de paciencia; no debe admitir la negación, la duda, la desconfianza, la vacilación. Tiempo tendrá el educando para batallar con ellas y no es la escasa ciencia de los colegios la que podrá facilitarle un triunfo que los humanos apenas conocen.

La educación religiosa bien conducida es una gran disciplina moral en nuestros pueblos. De esta base partimos para recomendar el estudio de otra educación que puede ser complemento de ésta o simplemente una colaboradora utilísima. Nos referimos a la educación estética, que será la idea de un próximo artículo. La influencia moralizadora del arte para el trabajador y la necesidad de una educación estética sistemática y racional para toda sociedad que quiera progresar y mejorarse; son verdades probadas y acogidas con igual interés por el educador religioso y el científico, por pedagogos y socialistas. He aquí una gimnasia espiritual en que podemos poner de acuerdo a adversarios que se combaten y esterilizan.

Si lográramos establecer que muchas tendencias viciosas de la raza encontrarían correctivo en esta educación; que ella es disciplina material y espiritual y que para infiltrarla en masas refractarias a la inteligencia de la belleza podríamos encontrar medios eficaces, habríamos contribuido con un grano de arena a la obra que a tantos compatriotas preocupa. Y no se diga que este capítulo es una complicación ni un refinamiento que debe venir después de enseñanzas más comerciales y de inmediata utilidad, porque esto es ignorar una idea fundamental: el arte es anterior a muchas otras ramas utilitarias del saber, nació de un *instinto gráfico*, tan espontáneo como el instinto de conservación. «La arqueología,—dice Blondel, profesor de filosofía de Calais,—nos muestra al hombre prehistórico *ornamentador* antes que *alfarero*». Solamente la loza de Talagante ha nacido más bárbara que toda la más salvaje alfarería de las edades pasadas, y jamás ha avanzado un punto. ¿Por qué la familia y la escuela no tendrían la obligación de despertar en el niño el ins-

tinto de lo Bello, como le inculcan ahora el sentido de lo verdadero y el sentimiento del bien? Al hombre asfixiado se le hace la respiración artificial para devolverlo a la vida; igual procedimiento inverso podemos aplicar para traer a estas razas olvidadas en los cruzamientos sucesivos, de muchas excelencias espontáneas y primitivas del espíritu, a la comprensión de la Belleza, por la enseñanza y por el sistema pedagógico.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE EL

CONTINENTE SUDAMERICANO Y SUS CONDICIONES PARA LA VIDA ECONÓMICA

Para poder apreciar debidamente las condiciones de la vida económica de un Estado o de un continente, y, también para juzgar respecto a las expectativas de su progreso en el futuro, es, ante todo, indispensable conocer las condiciones naturales del territorio de dicho Estado o continente.

La superficie del territorio es sin duda un factor muy importante para apreciar la potencia económica de un Estado. América del Sur con su extensión al rededor de 20.000,000 de kilómetros cuadrados, es muy poco menor que la América del Norte que tiene 22 millones, y más de dos veces mayor que la Europa.

Pero no basta sin duda que un Estado posea una gran superficie territorial, sino que es necesario además que reúna otras condiciones naturales que hagan que la tierra sea una buena base para la producción y para el desarrollo de la vida social. Los desiertos, las cordilleras y las regiones polares son superficies territoriales que, por lo regular, están casi perdidas por su muy escaso aprovechamiento económico.

La diferencia más importante que existe entre la América del Norte y la América del Sur, bajo el punto de vista geográfico, es que aquella tiene la mayor parte de su territorio colocado en

la zona templada, al paso que ésta la tiene en la zona tórrida. Sólo el extremo Sur de la América, o sea la mitad sur de Chile y de la República Argentina están colocadas en la zona templada.

De esta situación geográfica de la América del Sur se han tenido que derivar también características especiales en el orden económico y social.

Las regiones de la zona templada parecen ser las más aptas para que en ellas se desarrollen las poblaciones llamadas a alcanzar los más altos grados de progreso en la vida económica y social. Las regiones que estando colocadas en la zona templada gozan de un buen régimen de las aguas lluvias para la agricultura, son las que parecen prestarse mejor para constituir la base territorial de un pueblo que pretenda alcanzar el más alto grado del progreso con la intensidad de su trabajo.

Muchas veces se ha expresado la idea de que las facilidades económicas que brindan las regiones tropicales, con la exuberancia de su producción, apagan un tanto las energías para el trabajo. La inclinación natural hacia la pereza necesitaría, según esta idea, un estímulo que mueva al hombre a trabajar, y este estímulo se encontraría en la relativa escasez de la naturaleza de las zonas templadas y en las dificultades mayores que ofrecen sus cultivos agrícolas.

Se ha dicho también que el excesivo calor de las regiones tropicales enerva un tanto las energías para el trabajo. El sabio alemán Virchow ha afirmado que allí donde la temperatura media es, por espacio de algunos meses del año, más alta de 20 grados Celsius, el hombre no puede mantener la energía necesaria para un trabajo prolongado.

Sea cualquiera de estas razones, el hecho histórico es que si las regiones próximas a los trópicos, o semitropicales, han sido la cuna de la civilización, en cambio las regiones templadas han constituido la base territorial donde la vida económica y social ha llegado después a su más alto grado de intensidad. La civilización moderna y contemporánea de la Europa es una manifestación bien clara de esto. En ambas Américas, a la llegada de los europeos con Cristóbal Colón a la cabeza, los pueblos de

más alta cultura vivían en las regiones próximas a los trópicos, en México y en el Perú. Pero en América del Norte, tan pronto como se desarrolló la colonización europea, el centro del progreso económico y social, pasó hacia las regiones templadas del Norte, donde se estableció la República de los Estados Unidos.

Este cambio del centro de la más alta cultura económica y social de la América del Norte, de los trópicos mexicanos hacia las regiones templadas y próximas a las frías de los Estados Unidos y aun de Canadá, se explica también porque el continente Norteamericano tiene en la zona templada la mayor extensión de su territorio cultivable. En este caso han podido, pues, reunirse dos factores que expliquen la mayor importancia económica y social de los pueblos de la zona templada: por una parte las mejores condiciones climáticas que ofrece esta zona para el desarrollo de la energía de la raza; y por la otra la mayor extensión territorial de ella.

En América del Sur, por la configuración geográfica del continente, sucede precisamente lo contrario. La mayor extensión territorial se encuentra colocada en las regiones tropicales y semi-tropicales de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, Paraguay y norte de la República Argentina. El continente sur, lejos de ensancharse como el del norte, se angosta hacia la zona templada donde está colocado el sur de Chile y de la República Argentina. Por esta razón, los pueblos de la zona templada de la América del Sur se encuentran en condiciones de inferioridad económica con relación a los de América del Norte y también con relación a los pueblos de la zona tropical sudamericana. La parte de América meridional colocada en la zona templada, o sea el sur de Chile, más o menos desde Valparaíso, y el sur de la República Argentina, más o menos desde Buenos Aires, constituye algo así como la novena parte del continente. Y hay todavía que observar que en esta novena parte de la superficie de Sud-América, no todo el territorio está en buenas condiciones naturales para los cultivos agrícolas: buena parte de la *pampa* y de la Patagonia Argentina, como del centro de Chile, tiene escasas lluvias para su agricultura.

La más bella parte de la zona templada de Sud-América es

relativamente de poca extensión, comparada con el resto del continente, y es el sur de Chile con las regiones adyacentes de la República Argentina. Las regiones de la Cordillera en las provincias chilenas de Valdivia y Llanquihue y las regiones argentinas próximas a ellas, con su eterna verdura, sus bosques y sus lagos, encierran tantas o más bellezas naturales como las muy afamadas de la Suiza europea. Yo que conozco la Europa y admiro más que nadie las bellezas de su naturaleza, estimo que las de esta pequeña región sud-americana nada tiene que envidiarles; y viajeros tan distinguidos como el inglés Bryce, el francés J. Huret y el ex-presidente Roosevelt de los Estados Unidos así también lo han constatado.

Pero esta región templada del continente sud-americano está en condiciones de inferioridad en comparación con las regiones tropicales y semi-tropicales, a consecuencia de su pequeña extensión territorial. Por este motivo el ex-Presidente Roosevelt, en su reciente viaje a este continente, al pasar por el Brasil se refirió a la superioridad de que goza esta República por la extensión de su territorio. Esta opinión del ilustre viajero norteamericano cayó mal en Buenos Aires (1). Nos queda aún por contemplar la influencia del factor de la raza, al comparar la importancia de los pueblos sud-americanos de los trópicos con los de la zona templada.

¿Valdrá en estos pueblos de la zona templada tanto la energía de la raza que sea este factor suficiente para contrarrestar la inferioridad del territorio? No quiero entrar en este delicado terreno de las apreciaciones, en el cual podría tachárseme de parcial, ya que yo pertenezco a uno de estos pueblos de la zona templada, del extremo sur de la América. Pero creo, dejando de un lado toda comparación, que podemos asegurar, sin temor de errar, que *el extremo sur de la América, se presta muy bien para que se desarrolle y prospere en él, una civilización de importancia en el mundo económico y social. De esta manera, si las*

(1) Hay que notar que buena parte de la importancia económica de Buenos Aires viene de sus regiones semi-tropicales adyacentes. La parte templada de la República Argentina del sur es más pobre que la del norte.

regiones centrales de la América del Sur pueden constituir un centro poderoso de civilización tropical, las del extremo sur podrán, a su vez, constituir otro centro no menos poderoso de civilización de la zona templada. Pero, para el mejor aprovechamiento de sus recursos económicos, deberían estas Repúblicas del extremo sur de América, marchar unidas en una especie de Zollverein o unión aduanera.

GUILLERMO SUBERCASEAUX.

LA DOCTRINA MONROE Y EL GOBIERNO DE CHILE (1)

Inspirado en un alto sentimiento de justicia histórica, he aceptado con viva complacencia el honor que esta prestigiosa Institución me ha dispensado al ofrecerme, con gentil cortesía, que profundamente agradezco, esta oportunidad interesante para desarrollar el tema objeto de esta conferencia.

La Doctrina Monroe ha sido intensamente discutida por publicistas americanos y europeos, que la han valorizado en grado diferente, desde considerarla como el único escudo que ha mantenido durante un siglo la integridad territorial de este Continente, hasta negarle toda influencia efectiva en la conservación de las naciones que surgieron a la vida independiente en el primer cuarto del siglo XIX.

Ambos conceptos son, a mi juicio, exagerados.

Aceptar el primero, sería olvidar la política de abstención de los Estados Unidos en tres ocasiones en que esta doctrina fué flagrantemente violada: la ocupación por Inglaterra en 1833 de las Islas Falklands, tenida como suyas por la República Argentina; la intervención militar de Francia en el Río de la Plata en 1838, repetida en unión con Inglaterra en 1845; y la ocupación de las Islas Chinchas por España en 1865. Tal actitud del Go-

(1) Conferencia dada en la reunión anual de la American Academy of Political and Social Science, en Cincinnati, el 29 de Diciembre de 1916.

bierno americano se explica fácilmente, si se atiende a que la Doctrina Monroe empezó a gravitar en la política internacional sólo desde el momento en que el poder naval y militar de los Estados Unidos conquistó para este país el rango de Gran Potencia. Antes, ella no fué sino la condensación feliz de una aspiración hondamente sentida por todas las naciones americanas, que, en diversas oportunidades, aun anteriores al célebre Mensaje de 1823, han proclamado el mismo principio que éste consagró. En su excelente obra *El Derecho Internacional Americano*, mi distinguido compatriota, el internacionalista don Alejandro Alvarez, ha hecho un brillante estudio de esta política de constante adhesión.

Haré especial mención del proyecto de *Declaración de Derechos del Pueblo de Chile*, redactado en 1810, que consignaba la siguiente proposición:

«Los pueblos de la América Latina no pueden aisladamente defender su soberanía; les es preciso para desarrollarse unirse contra las tentativas de Europa, afianzando así su seguridad exterior»; orientación definida que revelaba una clara visión del porvenir y que determinó más tarde, a O'Higgins y San Martín a organizar en 1820, la primera escuadra chilena, que libertó al Perú del dominio español; titánica empresa llevada a cabo con los escasos recursos de que podía disponer la naciente República de Chile, angustiosamente extenuada en diez años de lucha por su independencia. Quiero también recordar la honrosa resolución adoptada por el Parlamento de mi país en 1864, después de negarse a reconocer el Imperio establecido en México, por Napoleón III: «La República de Chile no reconoce como conforme al Derecho Internacional Americano los actos de intervención europea en América, ni los gobiernos que se instituyan en virtud de esta intervención, aunque ella sea solicitada, ni ningún pacto de protectorado, cesión o venta, o de cualquier naturaleza que pueda restringir la soberanía o la independencia de un Estado Americano en favor de potencias europeas, o que tenga por fin establecer una forma de Gobierno contraria a la forma republicana representativa adoptada en

la América Española». Tal ha sido invariablemente la norma de nuestra política exterior.

Adherir al criterio que desconoce a la Doctrina Monroe toda eficacia en la política continental americana, es negar la indiscutible influencia moral, que podríamos llamar de inhibición, que ella ha ejercido en las relaciones de Europa con los países de este hemisferio, coexistente, si se quiere, con la preocupación de problemas continentales propios que absorbieron a los Estados Europeos durante más de medio siglo, pero nó por eso menos real. Negar esa influencia, equivale a prescindir injustamente de la noble y resuelta actitud del Gobierno de los Estados Unidos que, en 1895 y en 1902, impidió la acción coercitiva de Inglaterra, Alemania e Italia contra Venezuela.

Creo que el más expícito reconocimiento de su carácter de doctrina internacional es el propio calificativo con que el Canciller Bismark la denominó, «una impertinencia internacional»; pero impertinencia formidable que bastó para detener la acción de Alemania en el incidente a que acabo de referirme. Ambos hechos son una demostración elocuente, como dijo el Presidente Roosevelt en un discurso memorable, de que doctrinas de tan vital interés de conservación como ésta no valen en el papel en que están escritas sino tienen a sus espaldas una fuerza poderosa capaz de garantizar su existencia.

«La Doctrina de Monroe,—decía en la Cámara de los Lores el Marqués de Salisbury,—no es ni una ley internacional ni un principio fundamental que debe ser aplicado en nuestra disputa actual con Venezuela»; pero esta declaración no fué obstáculo para que el Gobierno Inglés llegara a solucionar la dificultad en armonía con la tesis sustentada por el Gobierno americano.

No es mi propósito formular un juicio crítico detenido en esta controversia, ni pronunciarme sobre la falta de coherencia imputada a la política exterior de los Estados Unidos respecto a su ingerencia en los problemas europeos y asiáticos, que el Conde de Okuma, ex-Premier del Japón, planteó en su famoso editorial del *Shin Nion*, de Tokio titulado «La Política y la Diplomacia Americana». He necesitado, sí, recordar los términos en que está colocada en la política mundial esta Doctrina en su ge-

nuina significación de solidaridad continental, como antecedente indispensable para daros a conocer a grandes rasgos el rol que a mi país ha correspondido desempeñar en el sostenimiento efectivo de este principio, al cual la nación chilena ha sido la única que le ha prestado una contribución de sangre.

Fué su hidalga defensa la que movió al Gobierno de Chile a declarar en 1866 la guerra a España, que amenazaba entonces la integridad territorial del Perú.

Olvídase, con frecuencia, esta actitud de generosa solidaridad americana. No hace mucho, siendo huésped distinguido de mi país, el coronel señor Teodoro Roosevelt declaraba en un discurso de magistral exposición de la Doctrina Monroe que ella había pesado durante un siglo sobre los hombros de la gran República, sin que ninguna otra nación americana se hubiera levantado a defenderla cuando los Estados Unidos, absorbidas sus energías en el grave problema interno que a mediados del siglo pasado conmovió rudamente sus cimientos, fueron impotentes para impedir la violación por parte de las naciones europeas del suelo americano.

Esta afirmación, prestigiada por uno de los más grandes estadistas modernos, envuelve un error histórico que afecta una de las páginas más brillantes de la vida internacional de Chile y es para desvanecerlo que he querido invitar hoy vuestra benévola atención.

En los primeros meses de 1864, el Gobierno Español envió al Perú un funcionario con el título de «Comisario Especial y Extraordinario de la Reina», nombre con que se conocía en el período colonial a los inspectores encargados de la supervigilancia de los dominios del Rey. Se avenía bien esta designación con el criterio con que España apreciaba todavía la situación internacional del Perú, cuya independencia, a pesar de los cuarenta años transcurridos desde su proclamación, se negaba a reconocer, abrigando siempre la esperanza de recobrar sus antiguos derechos sobre el predilecto virreinato. El Gobierno del Perú rehusó al Comisario Regio otro tratamiento que el de Agente Confidencial; y éste, ofendido, abandonó el país. Diversos inci-

dentes siguieron a este retiro; y por fin, una escuadra española, de acuerdo con instrucciones de su gobierno que consideró que la guerra de la Independencia del Perú no estaba sino suspendida por un estado de tregua, puso término a éste apoderándose violentamente de las Islas Chinchas pertenecientes a esta República.

Esta injusta agresión produjo en Chile un poderoso movimiento de opinión en favor del principio de integridad continental amenazado, a que el Gobierno de Chile dió justa satisfacción pactando una alianza ofensiva y defensiva con el Gobierno del Perú.

Chile no estaba preparado para una guerra; su escuadra se componía de una corbeta de madera, la *Esmeralda* (hundida después gloriosamente con toda su tripulación en el combate naval de Iquique), nave de 18 cañones, y de dos vapores mercantes. La escuadra española, entonces en los mares del Pacífico, constaba de cinco fragatas, dos cañoneras y un transporte, con un total de 207 cañones. Como se ve, la desproporción de unidades de combate era enorme.

Al conocer el Gobierno español la actitud hostil de Chile, decretó el bloqueo de nuestras costas y ordenó al Almirante Pareja presentar en Valparaíso un ultimátum.

El Gobierno de Chile contestó con una declaración de guerra, y dió instrucciones a su pequeña escuadra de reunirse con las fuerzas marítimas peruanas. La empresa era difícil porque la escuadra española se había interpuesto a lo largo de todo nuestro extenso litoral norte; pero esta misma distribución de esa escuadra favoreció constantes rupturas del bloqueo, y, lo que es más grave, la captura de la cañonera *Covadonga*, que vino a incrementar nuestra flota. El Almirante Pareja, considerándose culpable de este fracaso, se suicidó.

El nuevo Almirante español concentró su escuadra en Valparaíso, y, en cumplimiento de órdenes de su Gobierno, bombardeó este puerto comercial que carecía de fortificación, acto realizado contra las más elementales leyes internacionales y duramente censurado por la opinión pública de todos los países.

Los destrozos causados alcanzaron a la enorme suma de 14 millones de dólares.

La escuadra española se dirigió en seguida al norte y atacó al Callao, cuyos fuertes le infligieron pérdidas considerables.

Comprendió España, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, que su esperanza de reivindicar las antiguas colonias del Pacífico se había desvanecido para siempre; y, después de un pacto de tregua, celebrado en 1869, firmó en Washington el 11 de Abril de 1871 un tratado de paz con los Gobiernos de Chile y Perú.

En el curso de esta guerra, inquietos los Estados Unidos por esta expedición naval española, pidieron explicaciones al Gobierno de Madrid, aceptando como satisfactoria la seguridad dada por ese Gobierno de que la guerra no tenía por fin cambiar la forma republicana de los Gobiernos de Chile y Perú.

Veinte años más tarde, no habría bastado al Gobierno americano una garantía tan precaria; pero es preciso tener presente que los Estados Unidos acababan de terminar su larga y sangrienta guerra de secesión, y no estaba el país en condiciones de afrontar los sacrificios de una guerra exterior en que se habría traducido su actitud de oposición a los designios de España.

Tal es la historia de la celosa defensa que el Gobierno de Chile hizo del gran principio de la inviolabilidad continental, sin detenerse a medir ni la extensión del sacrificio ni la potencia del agresor.

Cincuenta años han pasado desde aquella época, y en este período de tiempo tres naciones, Argentina, Brasil y Chile, han alcanzado un grado de preparación que les habilita para hacer también suya la doctrina proclamada por el Presidente Monroe.

Así lo declaraba el Presidente Roosevelt en el discurso a que ha hecho referencia: «I speak to a gallant people, a proud and patriotic people, with a great military record, with a fine army and navy. I believe that the time has now come when the Doctrine in reality has the guarantee not only of the United States, my own country, but of your country, Chile, and of every other American nation which has risen to a sufficient point

of economic well-being, of stable and orderly government, of power to do justice to others and to exact justice from others and therefore, of potential armed strength, to enable it thus to act as guarantor of the Doctrine. I hail her advent to this position of assured international power and dignity, and I am glad to be the guest of her hard-working and valiant people to-night».

Este público reconocimiento de la acción de mi Gobierno honra a la República de Chile, que ha cuidado con solícito interés de mantener siempre en armonía el desenvolvimiento económico del país con las fuerzas necesarias para resguardarlo. Hemos sido ardientes partidarios de la paz, porque amamos la justicia; pero no tememos la guerra, si algún día ella fuere necesaria para defender nuestros derechos de nación soberana. Hemos entregado a la decisión arbitral tal vez los más extensos territorios que hayan sido jamás disputados por dos países; y allí está la imagen del Cristo Redentor erigida en la cumbre de los Andes, como un justo testimonio de la eterna amistad de dos pueblos: Chile y Argentina. Pero hemos comprendido siempre que la existencia de toda nación está ligada a la posesión de los medios efectivos de defenderla. Y llevando al terreno de la práctica esta convicción, hemos preparado con nuestros cinco millones de habitantes un ejército de 300 mil hombres, con un año de instrucción militar, capaz de ser movilizado en una quincena. Siendo como somos el país de mayor vitalidad industrial de Sud-América, hemos demostrado que el desenvolvimiento pacífico de un país no está reñido con un pequeño sacrificio exigido a sus hijos que le permita mirar con confianza el porvenir.

En el mensaje de apertura del Congreso Nacional de Chile el 1.º de Junio de 1915, el Presidente de la República, refiriéndose al Tratado de Buenos Aires firmado en Mayo de ese mismo año por los Ministros de Relaciones Exteriores de Chile, la Argentina y el Brasil, declaraba que «ese pacto era una franca exteriorización de que la política de acercamiento en él consagrada era sólida garantía de paz para las Repúblicas americanas y de respeto a sus derechos, el más vital de los cuales es

la integridad del continente». Este documento es la primera manifestación oficial de un Gobierno americano de pública adhesión a la Doctrina Monroe en su más amplia y generosa concepción de solidaridad continental.

La estrecha armonía en que se desenvuelve la política exterior de los Estados Unidos y de Chile para mantener la supremacía naval que hemos ejercido en la costa occidental del Pacífico durante un siglo, es la más solemne confirmación de nuestra inquebrantable voluntad de continuar siendo decididos sostenedores de esa gran Doctrina. No necesitamos para ello pactos ni convenciones que fijen esta orientación; nos basta como vínculo de confraternidad el común interés de conservación nacional. Ya lo dijo vuestro gran Presidente Jorge Washington en su *Farewell Address*, al señalar los rumbos de la política internacional de esta gran República: «Observe justice and faith towards all nations; but have entangling alliances with none».

CARLOS CASTRO RUÍZ.

LOS "ABROJOS" DE RUBÉN DARÍO

(Para el Album de Samuel Ossa Borne)

Tengo un pequeño y curioso Album, cuyas páginas han sido honradas con las firmas de mis mejores amigos, de los que más estimo por sus envidiables prendas de carácter y de los que más admiro por las fuerzas creadoras de su talento.

Al hablar de mis amigos, he nombrado, por cierto, a Rubén Darío, el autor ya célebre de los *Abrojos* y de *Asul*.

El poeta genial de la *Canción de oro* y del *Año lírico* ha tenido la galantería de contar en unas cuantas páginas de mi Album «La historia de un abrojo», de aquel que comienza así:

«Cuando la vió pasar el pobre mozo,
Y oyó que le dijeron: Es tu amada...
Lanzó una carcajada,
Pidió una copa y se bajó el embozo.

.....»

Rubén Darío, no contento en sus prodigalidades de Nabab, con haberme dedicado su libro, en las brillantes y sentidas rondallas que le sirven de pórtico, ha querido recordarme en su extraña caligrafía (hermana de la de Jean Richepin) que el referido abrojo lo escribió al calor de la lumbre, en amorosa estancia, después de oírme relatar la vida de miserias de un poeta que, así en la próspera como en la adversa fortuna, ha sabido ser uno de mis más nobles y sinceros amigos.

Aquí entro yo en materia para contar en dos palabras el origen de *Los Abrojos*.

Nacieron de las *Humoradas* de Campoamor, de las *Saetas* de Leopoldo Cano y convino Rubén en que el *abrojo* debía tener algo de la humorada y algo de la saeta:—la nota alegre hermanada con la nota triste,—el dolor al lado del placer,—la virtud vacilante... cerca del vicio victorioso...,—el deber burlado por la audacia cínica,—en una palabra, «la risa en los labios y el llanto en los ojos...»

El título—la palabra «abrojo»—se acordó después de leer una bellísima dolora de Manuel Acuña, el poeta-loco, autor del apasionado *Nocturno*, en que las estrofas parecen escritas con el llanto amargo de las almas enfermas y sin esperanzas...

Si no hubiera sido por la dolora de aquel joven náufrago de la vida que halló el reposo eterno en una copa de cianuro de potasio,—los *Abrojos* se llamarían quizás *Gotas de vitriolo*,—título absurdo. al parecer, que le sugerí yo al autor de *Azul...* a fin de despertar la indiferencia egoísta del público,—a fin de sorprender—esta es la palabra—a los refinados que gustan leer las obras que saben a bombones de parisienses...

Pero siguiendo en mi historia de los *Abrojos*, ¿conoce Ud., amigo Samuel, el primero que se escribió en la sala de redacción de *La Epoca*, sobre la misma mesa-pedestal en que la Venus de Milo nos hablaba de ideales y de ensueños que se han desvanecido para siempre?

Talvez no.

Ese primer abrojo fué mío.

Ello no extrañará a Ud., a Ud. mi inseparable compañero de charlas literarias, a Ud. que me ha oído lamentar en medio de las exigencias prosaicas de la lucha por la vida, el suicidio de mis aspiraciones de artista...

Cuando el autor de *Azul...* proyectaba, lleno de entusiasmo, al impulso de las ambiciones generosas de los veinte años, el libro cuyo origen le refiero; cuando Rubén me hablaba de los mil abrojos que enardecían su cerebro, solía yo preguntarle:

—¿Por qué no los escribes, por qué no los aprisionas en unas cuantas cuartillas de papel?

—¡Ah!, me contestaba, es que yo me río a carcajadas de las sederías de Lyon que se exhiben en las vidrieras de Prá...

—No te comprendo; o estás loco o yo he perdido la razón. Y Rubén me miraba con aire de profundo misterio.

—Ya verás, ya verás, me decía.

Hoy me explico esas palabras del poeta, esas frases enigmáticas como las miradas de la esfinge de Tebas.

Darío, al propio tiempo que los abrojos, había comenzado a tejer El velo de la reina Mab...

¿Cómo no reir entonces a carcajadas de las sederías de Lyon que se exhibían en las vidrieras de Prá?

El velo de la reina Mab... ¿Ha visto Ud., amigo Samuel, algo más diáfano y sutil, de una fantasía más extra-humana, de un encanto más dulce y divino?

Así me explico que Rubén mirase sus *Abrojos* como entretenimiento baladí,—a pesar de que ellos forman una admirable colección de miniaturas al agua fuerte, dignas casi todas del buril de Rembrandt o de Alberto Durero.

Una noche, fría de invierno, de las que invitan a beber el «vino negro que enciende la sangre y pone el corazón con alegría»; una noche de Julio o Agosto, el tejedor maravilloso de velos de hadas tuvo el raro capricho de exigirme que esbozara en prosa unas cuantas ideas que participaran de la intención de la «saeta» y la «humorada».

—Ya sabes, me dijo: escribe una saeta humorística. Ensayá. Mientras tú meditas un instante, yo daré forma a algunos de mis «abrojos». Pero, te confieso, que no estoy en mi noche para seguir en pos de Campoamor y de Leopoldo Cano.

Siento—¿a qué no imaginas lo que siento?—siento como un lejano enjambre de cigarras y de abejas...

—Adivino, le interrumpí: los poetas, como tú, gustan del cantar de la cigarra y de la miel que se guarda en cofrecillos de blanca cera.

En seguida, él y yo nos inclinamos sobre el papel; las plumas vacilaron, como si nos distrajera el lejano cantar de las cigarras, el lejano zumbir de las abejas.

—¿Has terminado al fin?

—Sí,—le contesté,—escucha, sin burlarte de mí.

Y leí:

«Pobre muchacha... Hice amistad con ella cuando iba por las mañanas al Mercado, a efectuar las compras para los menesteres de la cocina.

Era un botón de rosa, fresco y fragante. Pero qué timidez más extraña, qué pudor más invencible...

Anoche—dos años después—me reconoció en el vestíbulo del Municipal.

La acompañaba un elegante mozo, lo que no fué obstáculo para que ella se sonriera conmigo y me dijese al pasar:

—¿Qué te pareció «Mignon»?... ¡Qué bien la Cordier!

Volví a mirar a la pobre muchacha y... verdaderamente, no la pude reconocer.»

Rubén, amigo fraternal, tuvo la generosidad de aplaudirme.

—Y tú, le dije, para disimular la vergüenza de mi desgraciado abrojo, ¿has terminado?

—Creo que sí.

—Lee.

Y leyó:

«Lodo vil que se hace nube
Es preferible por todo
A nube que se hace lodo:
Esta cae... y aquél sube»...

Me puse de pie y estreché la mano de Darío con cariñoso respeto.

Campoamor y Leopoldo Cano habrían puesto su firma a ese «abrojo» que, en cuatro versos comprendía la historia de las que caen de mucha altura hasta arrastrarse «en el sucio jergón de las ramerías» y de las que ascienden desde muy abajo, hasta redimirse por el amor y el arrepentimiento...

Mes y medio después, los *Abrojos* se aplaudían con entusiasmo en algunos círculos literarios de la capital.

Tales fueron los orígenes de esta obra tan discutida por algunos Zoilos y Tartufos de nuestra tierra.

MANUEL RODRÍGUEZ MENDOZA.

UN POETA MILITARISTA: A. ANGELLIER

A mediados de 1906 publicóse en París un pequeño volumen de versos titulado: *Dans la lumière antique. Le livre des dialogues. Les dialogues civiques*. Su autor era el insigne poeta Augusto Angellier.

A la luz del sangriento conflicto que hoy enluta a la Europa, ese libro parecerá una profecía y un toque de clarín al pueblo francés... no, a todo pueblo que ame su libertad. La guerra actual es el estruendoso y cruel comentario de esta poesía.

En realidad, nunca se ha instituido un debate más elocuente y vigoroso, de más inflexible raciocinio que éste, en el que pacifistas y militaristas discuten y defienden sus respectivos ideales con un arte y un acopio de razones deslumbradores. Están tocados aquí todos los argumentos, y considerado por todos sus pavorosos aspectos el problema de la guerra. Nada hay ahí de convencional ni de sentimentalismos de aparato. Bajo este poeta se encubre un filósofo profundo, frío estadista y sereno contemplador de los acaecimientos humanos. Y si al terminar el diálogo, el pacifista se confiesa vencido es porque las razones de su contendor, digamos de Angellier, son de aquéllas que, basadas en la permanente naturaleza de las cosas, durarán tanto como la especie humana.

Ante estas consideraciones positivas, utilitarias, asentadas en los más hondos e íntimos sentimientos del hombre, desvanécese cual nubes de verano las utopías pacifistas. El espíritu más

predispuesto en contra de la guerra se ve obligado a aceptarla como dolorosa e ineludible imposición del destino, ¿y quién sabe si como factor del progreso?

No es que Angellier predique la guerra como un desideratum; él aboga por una preparación suficiente para rechazarla, llegado el caso; preconiza la paz armada.

Veamos cómo produce el autor esta firme persuasión. Pero antes digamos cuatro palabras de su arte profundo, prestigioso y exquisito que agrega la magia del estilo al peso ingente de la certidumbre dialéctica.

Es un arte armonioso aun al tratar de la destructora de toda armonía, arte severo, preciso, elocuente, limado al extremo, en que los versos vibran como sentencias bíblicas, modelos de condensación de ideas, con rasgos de arrebatadora elocuencia; poesía que en los límites de un verso nos abre perspectivas infinitas. Algunos de estos versos, vastas síntesis históricas en una línea, nos deslumbran por su verdad y precisión.

El estilo de Angellier se ciñe cual flexible túnica a la idea, ora exponga ésta en colosales períodos, ora la deje vibrar en la saeta de un verso. Cual regia tela, está la poesía de Angellier cuajada de gráficas y bellas comparaciones, que añaden a la fulguración del pensamiento. El verso mismo está pulido con insaciable afán de perfección.

Esta discusión se mantiene lejos de todo terreno dogmático. Los interlocutores no hablan de Dios, ni de Providencia, de vida futura ni de inmortalidad de alma. Prescinden de lo sobrenatural, y sólo ven en los pueblos grandes individualidades internacionales sin más ley que la fuerza, que la necesidad de luchar por la existencia. Es una discusión laica, de estadistas y sociólogos, un debate como el que pudiera haber desarrollado, al regresar triunfante a Atenas, el libre pensador Pericles.

Y es un debate leal porque el autor no omite ninguno de los argumentos que militan por el desarme, no nos ahorra lágrimas ni duelos, ninguna de las infinitas amarguras que acompañan a la guerra, hambres, pestes, miseria y ruina. Pues por encima de todo esto se alza triunfal la demostración del militarista; precisamente la necesidad de prevenir esos horrores es el más

formidable motivo para armarse. La guerra, actual o posible, es el estado normal de la humanidad, ley sociológica en contra de la cual no prevalecerán los quiméricos anhelos de traer a la tierra la paz del paraíso. Hay que comprenderlo así y estar preparados. Ningún comentario más elocuente y espléndido de imágenes del antiguo axioma *si vis pacem para bellum*.

Ante estas lúcidas y elocuentes razones que apelan a nuestra inteligencia y afectos, el ánimo permanece buen tiempo indeciso antes de inclinarse al lado de la prudencia y previsión.

No es lo que menos impresiona en este dramático diálogo el combate que empeñan en el espíritu del autor la dura doctrina y sus sentimientos afectuosos, profundos y delicados. Ese antagonismo, antes de estallar en el campo del combate, se ha producido con dolorosa violencia en su alma. Pero hay en el fondo de esta doctrina un sano y fecundo estoicismo que, a la vez que le muestra con luz de evidencia la ventaja de la doctrina y sus rigores, retempla su voluntad y le infunde energías para sobreponérseles en persecución de más altos ideales.

Pero escuchemos ya el diálogo; hagámonos la idea de estar en Atenas y asistir a una de esas conversaciones de Platón, todas gracia y poesía.

La escena pasa en la Acrópolis, al atardecer de un bello día, día de inolvidable gloria nacional. Estaban henchidas de alegría y de la dulce satisfacción de la victoria, las almas de las multitudes que han ido a la colina en que se alza el templo de los dioses protectores a depositar al pie de sus estatuas los laureles y despojos tomados al enemigo. Han descendido ya todos los ciudadanos. Sólo queda allá en la cumbre, melancólico, un viejo que, meditabundo, contempla, tendida a sus pies, la ciudad con sus torres de mármol en que juegan los postreros rayos del sol.

En esos momentos, ábrese la puerta del templo y sale un joven y viril guerrero, resplandiente de oro y bronce, el triunfador de aquel gran día. Absorto en sus ideas, pasa junto al anciano, sin verlo. Pero éste lo detiene y lo habla; se reconocen y se entabla el diálogo que, naturalmente, recae sobre el asunto que les embarga el ánimo, la guerra.

El anciano se explica el entusiasmo del guerrero; comprende que la fiebre bélica que domina al joven no le permita reparar en los males infinitos que ella causa, en la devastación que deja tras de sí:

«Pour des yeux qui mouraient tu fus le météore
Pourpre de son éclat et pourpre de leur sang,
Qui vient, brise, flamboie et s'éloigne en laissant
Un desert qui le suit de silences funèbres».

Esa embriaguez del combate y la victoria le disimula el verdadero valor de la gloria, todo lo que hay de incierto e inestable en el triunfo; le impide apreciar el mérito del trabajo pacífico que todo lo saca de su esfuerzo, que crea y desarrolla cuando la otra sólo arruina y anonada. Ese trabajador pacífico, ya sea filósofo, escultor o poeta, no menos glorioso que el guerrero, de ése si que puede con justicia decirse:

«Il a vraiment foulé les hauteurs du destin»!

En cambio, ¡qué vacío en el alma del guerrero aun en ese instante de exaltación triunfal! ¿qué hay de más en él? sólo el vacío.

«Dans tes vides grandeurs ton âme est solitaire».

En no lejano día, ese mismo ágil cuerpo de hoy no podrá obedecer las órdenes del espíritu imperioso que lo mande. Mas aun: él mismo podrá ver, renacidas de sus ruinas, más pujantes y lozanas, esas ciudades que arrasó. Porque es ley que de la muerte surja perennal, espléndida e indestructible la vida.

«La vie immense échappe aux prises de l'airain,
De ton oeuvre héroïque il ne restera rien,
Elle se détruisait par son propre ravage,
Et s'anéantissait dans ce même carnage
Qui d'un coup la créait et qui la dévorait;
Ainsi qu'un incendie, au bout de la forêt,

Meurt de l'embrasement dont sa gloire est éclore,
Et cesse d'exister avec le mal qu'il cause».

«Detente, anciano, y refrena tus palabras», exclama el guerrero. Hablas de un misterio que yo ignoro en su esencia última; solo sé que es una ley terrible, inevitable. I sábeta, si me inculpas, que

«Je défends le pays qu'a defendu mon père,
Et j'abandonne aux dieux le soin de me juger»!

¿Quién no recuerda el apóstrofe sublime de Demóstenes en la arenga *Por la corona*? «Todos sin distinción habían sido hombres de corazón; todos habían cumplido valientemente su deber; en cuanto al éxito, su decisión queda en manos de los Dioses».

Pero este argumento de tradición no le basta al joven. Protesta de que le enrosten la feroz crueldad desplegada en el campo de batalla. Había en él un dios o un demonio que lo impulsaba. En realidad,

«Il ne fut que l'outil et l'ouvrier d'une oeuvre
Dont il voit la grandeur sans en savoir le sens.»

Es el genio de la nación, es el instinto de la raza el que se encarna y vibra en el alma del guerrero. No hay culpa en él por esas ruinas; es ciego agente de indescriptible fuerza que por extrañas vías lleva a un progreso ignorado de los hombres.

«Le coupable est l'obscur destin que j'ai servi
Quand je l'ai détourné des miens et de moi-même.»

No importa que del lodo y sangre que alumbra el sol del triunfo resurjan algún día las ciudades y pueblos hoy aniquilados. Los descendientes del guerrero seguirán su ejemplo, combatirán de nuevo. Y aun en caso de derrota, su caída será gloriosa, porque si la victoria otorga al vencedor palmas de oro, las da de acero al vencido y

«Des deux, le plus durable est le sombre métal,
L'héroïque tombeau plus que l'arc triomphal.»

Por lo demás, sea lo que fuere de esos ensueños y quimeras de beatitud que el anciano divisa allá en las nubes, hay que seguir un camino firme y directo. Lo primero es vivir y hacer vivir a los nuestros; ese deber lo ha cumplido el guerrero. Lo afirma con robusta fe; allá los inmortales decidirán. He aquí, en cuatro versos, la filosofía del militarismo:

«Un immense combat compose l'univers;
J'ai fait mon inclément devoir de créature
Tel que, pour tous, le Sort, les Dieux ou la Nature
L'ont fixé, l'ont permis ou bien l'ont engendré;
Et ces brins de laurier dont mon front est paré
Sont le signe de l'ordre inflexible du monde.»

Aquellos mismos que abominan de la guerra y las armas, ¿qué serían sin los guerreros? ¿Se concibe que pudieran vivir tan quietos, y divertirse con sueños de oro y forjarse esas risueñas quimeras, si los brazos del guerrero no detuviesen al enemigo en las fronteras? ¿Quiénes, si no los ejércitos, afianzan ese evangelio de pacifismo y permiten esas especulaciones elevadas de humanitarismo, quiénes si no las armas, ellas siempre? Como dice el poeta:

«Ces armures de bronze a présent dégrafées,
Et que nous suspendons en chantant a ces murs,
T'apportent dans leurs trous, des jours calmes et surs,
Où tu pourras parler de paix et de concorde.»

—¡Ojalá! exclama el anciano. Bien sabe Dios que la guerra es la actividad eterna de la humanidad, que ésta se mueve en un círculo sin fin de sangrientas hecatombes; bien sabe él que

«..... la musique des astres
N'est qu'un chœur douloureux qui traîne dans les airs
La lamentation du tragique univers.»

Pero, ¿no cabría siquiera endulzar esa ley fatal, y, en el fragor

del combate, tender sobre esa miseria un velo de humana tristeza? ¿A qué esa sangre fría en la ferocidad?

—Pero si no hay tal! interrumpe el guerrero; sentimos hondamente esa cruel lucha, contemplamos entristecidos esa horrible carnicería. No hay encono en el soldado, y sí el deslumbramiento de ese grandioso y trágico espectáculo que lo conmueve hasta lo íntimo:

«Il en garde l'émoi sublime en ses entrailles.»

Pero al anciano le han comprendido mal; él no intenta albergar el odio en el corazón del guerrero. Lo que piensa es que en el alma del hombre debe erigirse un altar a la mansedumbre, que ese culto debe ampliarse, y llegar a ser un evangelio de las generaciones futuras, ideal tangible para las multitudes, ideal que se oponga a la violencia y la derrumbe. Entonces los pueblos abominarán de la guerra, entonces

«au sinistre sommet de 'ce monde d'airain
Laira le geste d'or puissant de la Clémence»,

entonces de aquel infinito océano de sangre

«Où tombe et d'où surgit la douleur éternelle»,

se levantará esplendente la nueva ley destinada a quebrantar el yugo de bronce. No se conforma el anciano con una perspectiva de eterna matanza ni conviene con el guerrero en que el hombre apenas si logrará jamás dejar una sangrienta huella en la cima inaccesible del ideal.

Es que no ha pensado el anciano en lo que falta para que tal utopía se realice. En giro eterno, el mismo sol alumbrará las mismas carnicerías:

«Et du sang coule encore au fond de l'avenir.»

Hay que pensar en las incontables pobladas que sin ley ni freno, sin cultura, recorren la tierra, listas para el saqueo. ¿Qué

puede sobre ellas el símbolo de la Paz? Mientras subsista alguna de esas tribus de rapaces, la humanidad se labrará su camino entre rojizas montañas de cadáveres. La misma propaganda pacifista requiere el amparo de la fuerza, so pena de que los Bárbaros la hagan ineficaz. Debemos predicar la paz con la lanza en una mano y la rama de olivo en la otra, o como dice Angellier:

«Le temple de la Paix veut un rempart de fer».

Y no se diga que los pacifistas sabrían defender ese culto, porque eso fuera ignorar por completo el problema, sería de una inconsciencia inexpiable. Para vencer a la fuerza hay que poseerla y para poseerla hay que cultivarla. En nosotros reside el germen de las victorias futuras. Hay que educar en este espíritu a las generaciones para que vibren al unísono de una idea que

«Fait un unique élan de toutes leurs audaces».

Hay que darles a esos ejércitos la unidad del sentir y el movimiento, la solidaridad fundada en el patriotismo, que hace de las tropas verdaderos organismos vivientes y con inteligencia. Y esto no se improvisa: es obra de secular educación física y moral. El ejército necesita un jefe, único en ascendiente y ciencia, en la suprema energía y voluntad, un jefe de genio, capaz

«D'user dans des revers, sans cese réparés,
Des ennemis par leurs victoires dévorés,
Epuisant la défaite à force de défense!»

Al escuchar estos versos, ¿no acude a la mente de todos el nombre de Joffre, el de sus heroicas legiones del Marne? Pues a ese Joffre futuro hay que buscarlo, hay que evocarlo, incubarlo. Y no es tarea de un día; ése, como todos los genios, es obra de larga paciencia.

Penosa educación; pero ¡qué tranquilidad trae al país! ¿cómo

progresar todo en la confianza de un ejército heroico? Ciencias, artes, industrias, todo se alza hasta el cielo sobre esa formidable plataforma de acero.

Mas, a pesar de todo, el anciano alberga la esperanza de que algún día, hartos de matanzas, los pueblos depondrán las armas y sobre el nefando recuerdo del pasado colocarán la lápida de la historia. Morirán recelos, rencores y ambiciones, al resplandor de la paz se eclipsarán los fuegos del combate. Y si alguna horda bárbara insiste en perturbar el orden, se le descargará el hacha que en los vergeles troncha las ramas viciosas o parásitas.

—Si, dice el guerrero; pero ¿cuál será ese leñador potente, invencible y eterno al que se confiaría tan sagrada misión? ¿De dónde sacará las necesarias fuerzas? ¿Habrá de batallar a perpetuidad en todo el mundo? Este problema es una hidra de Lerna; cada respuesta provoca una nueva objeción: se necesitan soldados para imponer la paz:

«Et ton rêve, ô vieillard! fait encore des soldats».

¡Y si bastaran los soldados! Es preciso que aliente en ellos el espíritu marcial, el concepto de sacrificio y abnegación que sólo se alcanza mediante continua y metódica preparación. Porque precisamente esas pobladas pobres e incultas son las más belicosas y sufridas; la necesidad las agujonea. Ese es un problema de toda época, y que hallará un cómplice en

«Tout propos de rêveur, l'âchement rassurant
Qui, nous rendant moins forts, l'aura rendu plus grand.»

Y no se hable de exageración; siempre será el futuro un cielo preñado de borrascas; ni se objete que cómo podrán unas cuantas tribus salvajes coger en su trampa a una liga de naciones; porque a ese mundo utópico se entra por la violencia desquiciando sus puertas. El solo choque basta para derrumbar un imperio si sus valientes no lo defienden:

«Il suffit d'un troupeau farouche et valeureux
De barbares hurlants et brandissant des haches
Pour jeter à genoux tout un peuple de lâches.»

Y no se arguya que el entronizamiento del pacifismo no importaría traer la molicie a las almas y que siempre restarían energías para defender el Derecho: tal defensa es imposible sin robustos y ejercitados brazos. Sin contar con que esas guerras son para largo, y sin hacer caudal del permanente y poderoso incentivo que a esas tribus ofrecerían los infinitos tesoros que la civilización acopia en nuestras ciudades, más apetecibles cuanto que no se tienen y cuanto que podrían arrebatare con un golpe de mano. Debemos pensar que esas hordas son valientes, audaces y que viven del combate. Frente a ellas se impone como condición de existencia el

«Demeureur des soldats et préparer la guerre.»

Sin conformarse con generalidades, pinta en seguida el guerrero, en amplios y espléndidos períodos, el peligro de una confianza imprudente, de una inconsulta propaganda pacifista que enerva los ánimos y perturba los criterios, que desorienta la voluntad popular, la deletérea acción de una política sin definidas orientaciones en materia de defensa nacional: señala ahí el más grave e inmediato peligro para la vida de un pueblo. Sus vecinos le espían, le toman el pulso, y en el momento preciso lo atacan. Todo está desprevenido: los guerreros afeminados, faltos de dirección y unidad; se produce la catástrofe:

«Des légions aux rangs serrés autour des aigles,
Ou de noirs escadrons aux galops écrasants
Passent,—et c'en est fait d'un peuple pour longtemps.»

Esta perspectiva hace temblar al anciano. ¡Cómo! ¿nunca enmudecerá el bélico clarín?

Hay más aun, continúa el joven. Para un pueblo bárbaro todo es objeto de codicia, el puerto, la fértil llanura, la veta de oro; y para adquirir todo eso, abundan los pretextos. De nada

servirá entonces alzar al cielo impotentes manos. La quimera pacifista no puede salir de este marco:

«..... sans cesse ton rêve
Entre la servitude et la guerre écrasé,
Se débat, se meurtrit et retombe épuisé.»

Y en dos versos colosales de ideas, dignos del bronce, plantea al anciano un dilema que nadie podrá eludir ni resolver:

«Etre un peuple qui lutte, une race qui tremble,
Il faut choisir, vieillard, et pour longtemps!»

En la disyuntiva, que venga mil veces el fluctuante equilibrio de la guerra.

Por lo demás, aun supuesta la desaparición de esos postreros bárbaros, ¿tendríamos la paz? ¿Qué veríamos en la tierra? ¡Desolador espectáculo! Ya la guerra no viene del exterior, está en las entrañas mismas del pueblo, en las revueltas intestinas, en las fermentaciones sociales, en los movimientos religiosos, en las agitaciones de las filosofías, que enardecen los ánimos, los arrastran a la lucha y les ponen las armas en las manos. Ese nuevo enemigo es el espíritu humano mismo, variable, complejo, ávido de novedades, que odia la estabilidad, que vive del movimiento, cuyo progreso está hecho de perpetuos cambios. Esa nerviosidad, que engendran el vicio y el bienestar, estalla cual chispa eléctrica largo tiempo envuelta en los pliegues de las nubes. Diremos que esa guerra es la forma de selección de los pueblos, es su ley sociológica, histórica. En un verso:

«La volonté de l'homme est la santé du monde»,

síntesis de toda una filosofía de la historia y de la actividad humana. ¿No son estas palabras un elocuente comentario del irónico abate Coignard? Ya en el siglo XVII afirmaba él con su razón potente y libre de prejuicios «que la guerra es hoy la mengua del hombre y que antaño fué su honor. Establecida por necesidad sobre los imperios, ella fué la gran educadora del

género humano. Por ella es por quien los hombres se han educado en todas las virtudes que levantan y sustentan las ciudades. Por ella es por quien han aprendido la paciencia, la firmeza, el desprecio del peligro, la gloria del sacrificio. El día en que unos pastores rodaron unos trozos de rocas para formar un cerco detrás del cual defender a sus mujeres y sus bueyes, fué fundada la primera sociedad humana y asegurado el progreso de las artes».

La paz enerva, mata las energías fecundas, que sólo nacen y se desarrollan por el esfuerzo vencedor de resistencias. En el conflicto de estas dos corrientes, la pasiva y la impulsiva, está el germen necesario, inevitable y eterno de futuros choques. Esos deseos comprimidos que bullen en el fondo de la naturaleza humana y que suben a romper cualesquiera trabas que se les oponga, ponen lucha sin fin a las dos porciones de la humanidad. Contra ellos se levantarán las fuerzas conservadoras de la sociedad; y a las guerras internacionales habrán sucedido, más crueles y dolorosas, las guerras civiles. En esas nuevas luchas, retempladas las almas, endurecidos los brazos, se eslabonará una vez más, con lágrimas y sangre, la cadena sin fin de las generaciones humanas en que la vida y el progreso brotan de la guerra y la muerte. Ahí, bajo montañas de ruinas, habría que buscar, por extraña ironía de las cosas, el altar de la paz en que se oficiaba por la felicidad del mundo.

—Pues si ha de ser así siempre, exclama el viejo, si eternamente hemos de contemplar

«.....les cadavres blâfards

Qui n'ont plus de rougeur qu'au bord de leurs blessures»,

ya que haya de perderse hasta la esperanza de una futura redención de la humanidad, si ha de quedar por siempre infecundado el germen de la paz,

«...si telle est la loi, si tel est le destin,

Maudit soit le soleil et tout ce qu'il éclaire!

Que le chaos premier, reprenant cette sphère,

La broie et la confonde; et qu'en abolissant

A jamais ce qui vit, ce qui veut, ce qui sent,
Entrainant l'existence entière en son abîme,
Il purifie au moins la matière de un crime
Qui fait de la douleur un ouvrage éternel!»

¿Qué palabras pudieran comentar debidamente estas elocuentísimas y trágicas impresiones, estruendo pavoroso de un ideal que se derrumba?

Procura el guerrero calmar al anciano, recordándole que en todo caso los trofeos que adornan las columnas anuncian que hoy por hoy la patria está a salvo de un injusto ataque. Hay que mirarlos con afecto y gratitud, ver en ellos una cristalización del heroísmo de tantos jóvenes guerreros que volaron al campo a defender las vidas de los suyos. En ese día de triunfo y agradecimiento para con los salvadores del pueblo, deben desterrarse las ideas y perspectivas melancólicas:

«Qu'aujourd'hui nos douleurs se perdent dans la gloire.»

Ambos interlocutores se separan después de convenir en que renovarán la discusión al siguiente día. Lo necesita el anciano porque las observaciones del guerrero lo han trastornado y desea, en la serenidad de la noche, recobrar con la calma el dulce ideal de paz que se desvanece en su alma.

Antes de iniciarse el segundo diálogo y mientras aguarda al anciano, contempla el guerrero desde la altura los fértiles y hermosos campos que circundan la ciudad. Su imaginación se retraza el cuadro de la batalla, y el peligro de perderla en que ha estado el pueblo. Allá tras las colinas que bordan la línea del horizonte se trabó la lucha; los asaltantes eran una nube, incontables como las arenas del desierto. Sólo el heroísmo, la estrategia y la sobrehumana resistencia de los atacados pudo evitar la catástrofe. Nada habían hecho los hombres para prevenirla; habíanse adormecido en falsa seguridad y en la criminal ironía. De modo que en este triunfo, si algo se debió a

la pujanza de los guerreros, gran parte en el triunfo correspondió al destino, a la buena fortuna de la ciudad. En alas de la fantasía, ve de nuevo el guerrero pelearse ante su vista el combate, con las mil angustiosas y crueles peripecias de alegría y congoja hasta el momento supremo,

«.....*gros a'un siecle d'histoire*

Quand, tout d'un coup l'armée, et nul ne sait comment,
Sent qu'elle a la journée, et d'un seul glissement
Refoule l'ennemi brisé dans la défaite!»

Empero, ¿cuánto durará esta tregua en las agresiones? Mientras llega la hora de renovar el asalto, los enemigos continuarán espionando las circunstancias, codiciando las riquezas, fomentando las discordias. Por eso hay que velar el arma al brazo:

«Ainsi du père au fils doit se passer l'épée».

Mientras así medita el guerrero, el anciano ha llegado, y el debate se renueva.

—¿En qué pensaba el joven? ¿sondaba acaso el porvenir?

—Sí, escuchaba su lección que puede condensarse en dos palabras: estar listo para afrontar lo que sobrevenga, firmes de cuerpo y alma. Pero al anciano, por su parte, ¿qué consejos han dado las frescas y balsámicas brisas del alba? ¿Ha cedido la trágica desesperación del día anterior?

—Confiesa el anciano que los primeros fulgores del alba lo han serenado. Pero a medida que se acercaba el sol al zenit y se aproximaba la hora melancólica de la tarde, sus dudas y congojas han renacido; vibran todavía en su pecho las despiadadas palabras del guerrero. Presa de esas nefandas ideas, la imaginación afiebrada del anciano le ha representado todo el día su camino como trazado en la enhiesta cumbre que separa dos precipicios, camino difícil y resbaladizo en que escasísimos son los que logran sujetarse sin rodar a un abismo de lodo o a otro de sangre. El horror de tal espectáculo lo paralizaba:

«Je pleurais et parfois, de mes mains étendues,
Je voulais retenir ces foutes éperdues,

Qui, toujours et toujours, roulaient en bondissant
Vers le torrent de boue et le torrent de sang».

Y esta visión, termina el viejo, es el parlante símbolo de tus crueles discursos de ayer; en esa imagen ves encarnadas tus aciagas doctrinas. Conforme a ellas, no hay para la humanidad otros términos que ser un soldado eternamente con la espada en lo alto, o vegetar mendigando del destino que retarde por algunos años el estallido de la próxima conflagración para disfrutar por fugitivos años un poco de abyecta tranquilidad, temiendo para sí y los suyos el futuro cataclismo. Y ¡colmo de insania!

«Et c'est le genre humain, destructeur et victime,
Qui lui-même subit et qui commet le crime,
Qui jette la menace et ressent la terreur,
Et de sa cruauté nourrit son épouvante!
Ét cela doit durer!.....»

¿Para qué, entonces, desear días que serán o crueles o degradantes? Lo lógico, lo indicado es eliminarse de la vida. Es lo que el anciano anhela con ansias. ¿Y cómo es que el guerrero no experimenta la misma sed de redención? ¿cómo afronta impávido esa pavorosa perspectiva?

En este punto el problema sube de golpe a encumbradas alturas de la metafísica; el problema sociológico de la guerra pasa a ser uno de los aspectos de más trascendental cuestión filosófica.

A la interpelación del anciano responde el guerrero en versos que voy a transcribir íntegros. En ninguna literatura conozco muchas cosas más profundas, más sólidamente pensadas, más artísticamente dichas. Estas son las excelsas cumbres de la poesía, en que la idea pura, noble y altísima se envuelve en la forma de arte más deslumbradora y espléndida. La amplitud y precisión de los conceptos les da acento de oráculos; esta veintena de versos encierra en verbo escultural la fórmula suprema de la existencia humana.

«Pourquoi donc, après tout, tant accuser la Guerre?
Ne vois-tu pas qu'un seul, un bien plus grand mystère

Enveloppe celui don le rêve hagar
A troublé ton esprit et hante ton regard?
Oh vieillard! c'est la Mort! Quels qu'ils soient, tous les autres,
Sur lesquels vous butez vos colères d'apôtres,
Ne sont qu'aspects divers et parts de celui-là.
Depuis le premier jour où son flot s'écoula
Hors du chaos, la Vie est la chute d'un fleuve
Qui se jette au Néant d'une onde toujours neuve;
Un glissement sans fin de rapides instants
Dont le bond fugitif pend à travers le Temps,
Forme l'éternité de ce torrent qui tombe;
Et l'immense Univers continûment succombe
A l'immense trépas que lui-même entretient.
C'est là le vrai mystère, ô vieillard!; il contient
Les autres et celui dont ton âme exagère
La propre barbarie et l'effet; car la guerre
Est une des façons dont l'homme doit mourir.
Pourquoi rien parut-il et tout doit-il mourir?
Que la peste, ou le fer, ou la vieillesse même
Nous emportent, l'unique et ténébreux problème
Est cette fin, vieillard. Mais tout le genre humain
Frappera d'âge en âge à la porte d'airain,
Sans pouvoir l'entrouvrir, sans avoir de réponse.
L'abomination que ton courroux dénonce
C'est l'existence même, et tous les attentats,
Des dévorations d'insectes à nos combats,
La fureur d'abolir dont la nature est ivre,
Tiennent dans ce seul mot épouvantable: vivre!»

No se agota la inspiración del poeta en este maravilloso e incomparable arranque de elocuencia. Porque su pesimismo no le impide al guerrero deplorar con trágicos acentos que todo esté condenado a perpetua lucha y destrucción. El le sugiere a veces los mismos anhelos que al anciano, y aun cuando procura ahogarlos, no lo consigue. Pero en el joven esas aspiraciones vienen de otra fuente.

—¿Cuál es, pues, la idea, la fuerza que sostiene el espíritu del guerrero y le infunde confianza y bríos, cuando el anciano está enfermo con el olor de sangre que se le ha hecho aspirar? ¿Cómo puede aquél

«Garder pourtant le goût d'exister et d'agir
Et créer du présent pour un tel avenir?»

Es que animados ambos del mismo impulso de conmiseración por el sufrimiento humano, el viejo intenta derrocar la férrea ley, en tanto que el guerrero, sabiéndola indestructible, se somete a ella. Empero, el esfuerzo del anciano es una noble y útil temeridad. Con ese impotente esfuerzo se glorifica el que lo desarrolla. En su mera existencia hay ya un mérito; gracias a él, vive el ideal y todo ideal es por sí solo un bien, independientemente de su realización. Ese ideal también lo adora el guerrero; sólo que mientras éste lo ve más próximo y apremiante en forma de Deber, el anciano lo presiente allá en la lejanía como una Esperanza. Pero no hay, no puede existir antinomia entre ambas concepciones: porque fuera de las duras leyes preestablecidas desde *ab eterno*, eslabones diamantinos que encadenan el albedrío humano, siempre en contradicción con ellas, la piedad, la misericordia, la armonía, serán un hermoso fruto traído al banquete de la humanidad, aporte impagable que honra al donante y a la especie. Ese ideal pacífico y humanitario le propone a la humanidad un problema, un canon de conducta que ella tendrá, tarde o temprano, que estudiar. En la incubación de ese ideal hay la creación de un valor sociológico de eficacia tan considerable como la que puede tener el ideal adverso. En la vorágine de ruinas, miserias y codicias que la guerra desencadena, hace falta una conciencia en que se conserve intachable y esplendoroso el concepto de la justicia y el derecho y que pueda marcar en la frente de la guerra un signo de improbación eterna. Se necesita un faro que alumbre a la incierta conciencia humana paralogizada por pasiones y sofismas y que pasee por el universo la fúlgida e inmaculada luz de la caridad y el amor. Y no importe que fracase la noble tentativa, que el germen se atrofie en el áspero y duro suelo humano:

«Cet acte fait pourtant que l'univers renferme
Ce qui meurt de plus haut parmi tout ce qui meurt;
Et l'univers lui doit sa parcelle d'honneur.»

Con plena y altiva conciencia de la nobleza del ideal, con estoica, invencible voluntad, mantenga, afirme el anciano ese ideal:

«Par le hautain défi d'un coeur qui revendique
Le droit d'être en soi-même autant qu'un monde entier,
Le droit de mesurer, sous son dédain altier,
Ce qu'il peut concevoir plus parfait qu'il n'existe!
Montre aux fatalités un front qui leur résiste;
Et laissant faire aux Dieux leur oeuvre de malheur,
Fais ton oeuvre de bien en méprisant la leur!»

—Aun en la sumisión eres altivo y vigoroso, rebelde al destino, dice el anciano; persuades con enojo:

«... Tu parles aux Dieux une épée à la main.»

—Es que aun en ese mundo sombrío y fatídico hay ocasión de verter los tesoros de caridad y ternura que posee el anciano; y ya que no logre suprimir la guerra, alivie sus tristes consecuencias. Campo infinito para infinita caridad hay en los incontables dolores que deja la guerra. Y no será menos bello o menos civilizador convertir la actividad humana al socorro de esa necesaria, inevitable miseria:

«Et si des deux côtés tu jettes tes regards,
De ce défi superbe où tu braves un monde
A cet humble souci dont chaque heure est féconde,
Des éveils attentifs et fins de la bonté
Au stoïcisme égal du destin accepté,
Tu verras une vie aussi belle et fertile
Qu'aucune vie où peut s'ennoblir notre argile.»

Estos hermosos versos del guerrero, tiernos y profundos, conmueven al anciano, lo obligan a confesar su error. Sí; bajo la aparente rudeza del joven pueden habitar los más afectuosos y delicados sentimientos; y esa cuerda de humanidad que vibra en ambos, armoniza a guerrero y anciano. Por lo demás, ello justifica al pacifista; le muestra en el último fondo de cada sér

humano un algo que resiste y protesta contra la bárbara carnicería bélica, y

«Que même au vainqueur la victoire est amère.»

Y considere todavía el anciano que aun el más completo triunfo nos lleva deudos y amigos; ¿quién no deja parte de su vida en el campo de batalla?

No intentemos encerrar la vida humana, ese infinito, en nuestras frágiles concepciones; está llena de misterios que de todos lados nos desbordan. Uno de ellos es la guerra. No pretenda sondar estos abismos la flaca razón humana; aun la más lúcida y potente

«S'arrête et ne retient, du plus sublime effort,
D'autre orgueil, d'autre gain que d'être allée au bord
De gouffres infinis, pleins d'infini vertige.»

En la madeja intrincadísima de causas y efectos que desconocemos, crear y destruir son conceptos parciales, subjetivos, nociones limitadas de nuestra corta inteligencia. Por eso todos, militares y filósofos, poetas y artesanos, tienen su razón de ser, su papel en el Universo, artífices todos de la vida humana.

Aun la desesperada lucha que precipita a las naciones unas contra otras, tiene, sin duda, su ignorado objeto; y no cabe acusar a los guerreros, a los pueblos, si en el fragor de la pelea, en la crisis enloquecedora en que juegan su existencia, realizan, a impulsos de fuerzas desconocidas, actos de inaudita barbarie. Esa urgente necesidad, suprema ley de vida para los pueblos, es la que justifica a la guerra. La misión del soldado es tan útil y legítima en la sociedad como la de los demás ciudadanos. Lo único, en la agitada y turbulenta colmena humana, que carece de finalidad es el ser ocioso y torpe.

Siga, pues, el anciano cumpliendo su alto apostolado, no con expectativa de torcer la oscura ley de sangre que vibra en las entrañas de los pueblos, sino porque esa prédica es bella y estimuladora de nobles energías. Así como el poeta dona a la hu-

manidad hermosos ensueños, dulces y fantásticas creaciones, debe el anciano traer a los hombres amor, consuelos, lágrimas de caridad, seductoras perspectivas de más sereno y armonioso porvenir. Brote de sus labios esa inmortal esperanza:

«Répands-la bravement, reste celui qui sème
Le verbe qui conseille ou commande qu'on s'aime.»

Estos consejos ardorosos y brillantes como el fuego acaban de persuadir al anciano. Se siente arrastrado por el raudal magnífico de razón elocuente en que navega el guerrero. Admira su honda sensibilidad, sus viriles acentos, conjuro invencible contra dudas y angustias; respeta esa razón robusta y esplendente cual bronce:

«..... permets que j'honore
Ce propos que ta voix sait encore ennoblir,
Du respect le plus haut que je puisse t'offrir:
J'y reconnais, ô fils, le grand cœur de ton père.»

Agradeciendo emocionado tal recuerdo, insta el joven a su interlocutor a que no olvide que artistas y pensadores necesitan para elaborar sus ideales de la tranquilidad derivada de la fuerza; que esos mismos filósofos y artistas son el más valioso tesoro de su patria, y que si los guerreros luchan con incansable esfuerzo es para conservar al país esos brillantes personajes y sus creaciones. Porque en ellos reside la grandeza, el supremo prestigio del triunfo, la imponderable y trágica belleza de la victoria:

«..... la raison de ces fêtes
Est d'avoir conservé dans l'oeuvre que vous faites
Le génie et le nom lui-même du pays...
.....
Sachez voir que ce sol doit être défendu
D'autant plus âprement que vous l'avez rendu
Plus fameux par vos chants, plus riche d'édifices,
Plus fécond en vertus, moins abondant en vices,
Car il est d'autant plus âprement convoité.»

Y no sólo contra el enemigo exterior hay que asegurar esos

tesoros irremplazables. En el fondo de las masas populares fermentan y fermentarán, ¿siempre? gérmenes incoercibles de rapiña y destrucción, de bandolerismo y envidias incubadas ahí durante siglos. Contra ese enemigo hay que precaverse si no se quiere que en un día se marchite y agoste la flor maravillosa y rara que es la civilización.

Como síntesis de este bello y emocionante debate, de filosofía tan honda, saludable y humana en su aspereza, agrega el guerrero:

«Ainsi, de tous cotés, votre paisible culte
D'étude, de bonté, de science et d'arts,
Réclame des soldats veillant sur des remparts.»

Protesta el anciano que no olvidará esta memorable conversación, y que al hacerlo

«..... j'unirai, dans plus d'une heure solitaire,
Le souvenir du fils à l'image du père.»

El diálogo termina con solemnes y grandiosas consideraciones.

«La noble nuit! On voit dans son azur profond,
Les astres apparaître et former leurs figures;
Ils se groupent entre eux selon leurs lignes sûres,
Et leur rythme infini bat comme notre pouls.
Mais ils meurent aussi, quoiqu'immortels pour nous;
Jusqu'au fond de l'éther se poursuit cet échange
De la Vie et la Mort; leur alternance étrange
Semble régler le monde ainsi qu'un balancier,
Se résigner! se faire un penser familier
De cet ordre où tout doit se soumettre.
Tenir prêt le dépôt qu'il nous faudra remettre,
Se pourrait-il que sous ces vains jeux d'êtres vains,
Sous la déconcertante énigme des Destins
Soit une inconcevable et gigantesque épure,
Un dessein conducteur, un plan de la nature.
Aux calculs infinis formés d'infinités,
Sur lequel se construit pour des éternités
Un incommensurable et divin édifice?
Il a comme ouvrier l'oeuvre exterminatrice

Qui se reposera, son travail achevé!
C'est un rêve, après tout, qui peut être rêvé.

.....
Si l'on sait oublier qu'il dévore et dévaste,
Quel songe harmonieux peut être l'Univers!

.....
Et qu'il faudrait toucher la Mort avec respect,
Si la Mort, elle aussi, n'était rien qu'un aspect!»

No he querido interrumpir con comentario alguno esta magnífica estrofa, cumplida obra de arte y razón, viaje temerario de un espíritu por los campos de la cosmología y la metafísica. Hay en estas frases de solemne grandeza pensamientos que recuerdan a Pascal. Y no es poca honra para Angellier que su poesía evoque el nombre de aquel sublime pensador, poeta excelso entre los más grandes. Esa inasequibilidad del ideal, esa relatividad de nuestras más absolutas nociones, esa impotencia del espíritu humano para penetrar en la esencia de las cosas, nuestra infinita pequeñez ante la inmensidad del cosmos en que vivimos y que requeriría para ser conocido una mente infinita, divina: todo esto lo graba Pascal en cuatro líneas imperiosas y soberanas, de esas palabras suyas, soberbias dominadoras de las inteligencias:

«Qui se considérera de la sorte, s'effraiera de soi-même et, se considérant, soutenu dans la masse que la nature lui a donné, entre ces deux abîmes de l'infini et du néant, il tremblera dans la vue de ses merveilles... Car, enfin, qu'est-ce que la nature? Un néant à l'égard de l'infini, un tout à l'égard du néant, un milieu entre rien et tout. Infiniment éloigné de comprendre les extrêmes, la fin des choses et leurs principes sont pour lui invinciblement cachés dans un secret impénétrable, également incapable de voir le néant d'où il est tiré et l'infini où il est englouti.»

Como fruto de esta inspirada obra de arte, alumbremos nuestras almas con el fulgor de esta espléndida poesía, y esculpamos en lo más hondo de ellas la elocuente ley de previsión y patriotismo que para los pueblos promulga Angellier.

RICARDO DÁVILA SILVA.

TACNA Y ARICA DESPUÉS DEL TRATADO DE ANCÓN

(Continuación)

Llego a la época más interesante, más aparentemente conocida y más erróneamente juzgada de la *chilenización*, a los nueve años que gobernó la provincia Máximo Lira.

La elección de Lira para intendente de Tacna fué unánimemente aplaudida. Se creyó, con justicia, que poseía las prendas necesarias para salir bien de su empeño y las influencias suficientes para que el Gobierno no lo dejara a medio camino.

Durante su primer período administrativo, o más exactamente, en el curso de los dos primeros años de ese período, puede considerarse que su acción chilenzadora fué sólo personal; no que le faltaran colaboradores y adherentes a su política, sino que en ese espacio de tiempo nada hizo el Gobierno para coadyuvar a la tarea de su representante. ¿Se creía acaso en la Moneda que bastaba que el Intendente de Tacna disfrutara de una renta de más de veinte mil pesos anuales, para que operara el milagro de la conquista y transformación de un pueblo? Así, por lo menos, debió pensarse por la inmensa mayoría del país; y de ahí el origen y la explicación de la popularidad ilimitada que logró disfrutar cuando se supuso realizado el anhelado propósito.

¿Qué hizo Lira? ¿Qué podía lógica y racionalmente hacer en tales condiciones?

Si alguien que no fuera un iluso ni un pobre diablo, se hubiera visto obligado a discurrir sobre el particular, habría tenido que comprender que la obra de Lira era sólo preparatoria y no definitiva, y que todos sus esfuerzos, por inteligentes, perseverantes y atinados que fueran, no podían exceder de esta síntesis: unificar los sentimientos de los chilenos por la comprensión del fin patriótico que debían servir; atraer a los extranjeros, inspirándoles confianza en que Tacna y Arica no saldrían jamás de poder de Chile y que ellos disfrutarían de las garantías necesarias a sus negocios y de las consideraciones sociales que se les habían arrebatado; y aquietar el espíritu de los peruanos, induciéndolos a vivir en consorcio y armonía con las demás colectividades y preparándoles el ánimo al desistimiento de una reivindicación territorial ilusoria.

Y todo eso logró Lira.

Con aquellas sus relevantes dotes de diplomático, consiguió convertir su hogar en el centro más culto y agradable, frecuentado por todos, sin distinción de nacionalidades, encarnando paulatinamente en la conciencia de cada cual la convicción que pretendía sugerirle.

El hecho es que en el espacio de unos dos años, chilenos y extranjeros, salvo contadas excepciones de estos últimos, conculgaban en un mismo propósito internacional. Y, todavía, algunos peruanos prominentes y representativos de la provincia, se manifestaban, en intimidad, convencidos de que Tacna y Arica no volverían al dominio del Perú y que su destino sería más próspero y feliz bajo la dependencia del nuevo soberano. No se olvide, para explicarse estos sentimientos y pareceres, que Tacna, Arica y hasta Moquegua, supeditados por Arequipa, no pudieron obtener nunca la construcción de un ferrocarril a La Paz, que los habría engrandecido en perjuicio de la metrópoli sur-peruana, mientras que ya por entonces contaban con que se realizarían las promesas que Lira hacía a nombre del Gobierno sobre la próxima ejecución de esa vía.

Para asegurar la eficacia de esa labor, que habría resultado impracticable o poco activa, por demasiado costosa, entregada a una sola persona, no faltaron chilenos que acompañaran a Lira en la conquista amistosa de la sociedad tacneña. Y paralelamente seguía una política análoga en Arica, cuyo gobernador, don Luis Arteaga, secundaba con entusiasmo la acción patriótica de su jefe y amigo.

Desde el nombramiento de Lira fui su confidente y colaborador. Puedo, pues, seguir paso a paso el desenvolvimiento de sus planes y dar testimonio de todos y cada uno de sus actos.

Llegó el tercer año de su administración; y entonces, y por primera vez, pensó el gobierno en invertir dinero en la chilениzación de Tacna y Arica, cuando ya algunos chilenos, según sus recursos, habían contribuido con su peculio y asidua consagración a la causa en que el Intendente se hallaba empeñado.

A indicación de Lira designó el gobierno en 1907 una Comisión compuesta del Intendente, del Presidente de la Corte de Apelaciones y de un vecino,—que fui yo,—encargada de la compra de propiedades rurales para radicar en los valles colonos chilenos.

Fui en esa Comisión,—sin designación expresa,—Secretario, pues anotaba los acuerdos y redactaba las comunicaciones que se dirigían al Ministerio de Relaciones Exteriores; y también *informante*, porque hube de recorrer la provincia, a fin de reconocer los terrenos de cultivo; observar los recursos y necesidades de los pueblos, y, más que todo, estudiar a los habitantes; trabajo este último, paciente, laborioso y difícil, pues me obligaba a tratar individuo por individuo de cuantos tenían influencias en los caseríos y *comunidades*; más complejo aun para quien no ha conocido en su país agrupaciones indígenas, ni las constituciones tradicionales de sus *partidos* y de sus *pagos*.

La Comisión funcionó durante dos años, 1907 y 1908, correspondiéndoles formar parte de ella, sucesivamente, en el carác-

ter de Presidentes de la Corte de Apelaciones, a don Eliseo Cisternas Peña y a don Wenceslao Larraín.

Conservo los borradores de las notas y de las actas en que manifestó sus ideas y tomó sus acuerdos.

Fuera de su papel propio de vigilar la compra de propiedades, a insinuación del Intendente, informó al gobierno sobre las peculiaridades del territorio, que excluyen ciertas ideas que acerca de colonización existen entre nosotros, inaplicables en absoluto a las regiones del Norte. Tacna y Arica no tienen grandes extensiones agrícolas; la propiedad está muy subdividida y los cultivos son, en consecuencia, intensivos. Una familia regnícola, compuesta de cuatro a seis personas, vive pobremente, pero sin miseria, y aun economizando parte de sus entradas, con el producido de dos o tres topos de terreno, medida que tiene en el Perú sólo cinco mil varas cuadradas. Es corriente que los vendedores de frutas o verduras, ambulantes o de los abastos, tengan depositados en algún Banco o guardados dos, tres, cuatro y aún más miles de pesos. Los chacareros que no venden directamente al consumidor o al comerciante al por menor, enajenan sus productos a cultivadores y negociantes italianos que tienen desde hace muchos años acaparado el aprovisionamiento de esos artículos en Tarapacá, y que, a medida que van haciendo fortuna,—ninguno ha dejado jamás de hacerla,—van transfiriendo a miembros de sus familias sus predios y su comercio para regresar a la patria a disfrutar de sus economías.

Quienes conozcan a nuestros connacionales del pueblo comprenderán que no tienen condiciones de carácter y temperamento, ni educación y hábitos, para radicarse en un lote pequeño de tierra, dedicando paciente y continuadamente a su cultivo todo su tiempo. Aventurero, inquieto, tumultuoso, inconstante, el colono terminaría por abandonar pronto su parcela, cuyo alto valor depende en parte principal del esfuerzo incesante que se le dispense. En las vecindades está Tarapacá, cuya vida libre de las pampas lo seduce con los grandes salarios y los grandes jolgorios.

El Gobierno hubo de convencerse de que la colonización, a

estilo de la que existen en las vastas extensiones del Sur, no tiene cabida en los valles de Tacna.

Aconsejó la Comisión la compra o edificación de algunas propiedades urbanas en Tarata y en Tacna: en el primero de esos pueblos, para tener siquiera en donde instalar a las autoridades locales y los servicios más indispensables, que hasta entonces existían casi totalmente de *guerra*,—perdóneseme el vocablo,—o de prestado; y en el segundo, para radicar obreros o ayudar al modesto acomodo de individuos de la policía o de sub-oficiales licenciados. Así, en parte, se hizo.

Como hubiera sitios y hasta construcciones medio demolidas,—aun las hay,—vacantes en las poblaciones, se constituyó sobre ellos, a iniciativa y mediante gestiones de la Comisión, el dominio del Fisco. De este modo pudo edificarse algunas casitas de poco costo.

La propiedad más importante del valle de Tacna, la hacienda de Para, que tiene alrededor de trescientas cuadras, en sus dos terceras partes regadas con el total de las aguas del Caplina cada ocho días,—*de sol a sol y según los usos y costumbres*, como rezan los títulos,—que pudo ser adquirida y que, con una buena administración habría mantenido más de cien trabajadores en los múltiples cultivos de algodón, caña de azúcar, alfalfa y chacarería, no se compró, porque habiéndose divulgado el proyectado negocio,—debido a indiscreción de que hablaré más adelante,—los dueños desistieron de la venta al saber que el comprador era el Fisco chileno. Lo mismo ocurrió con otras propiedades.

Para que las indicaciones de la Comisión fueran oportunamente examinadas y resueltas por el Gobierno, insinuaron sus miembros la conveniencia de que se creara otra Comisión en Santiago, la cual, a la vez que se impusiera de los planes y trabajos elaborados y realizados en el Norte, recomendaría el personal bien seleccionado que el Gobierno nombrara para los puestos públicos de la provincia o que agraciara con las fincas

que se adquirieran. Se creyó que con tal arbitrio se lograría facilitar el despacho de las representaciones de la Comisión chilenizadora e interesar a hombres públicos influyentes en la solución del problema.

El Ministro de Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne, cuya buena voluntad me complazco en reconocer, acogió la idea; y a fin de dar más unidad y expedición a los esfuerzos comunes, propuso y obtuvo, algo después, que todos los servicios correspondientes a la provincia de Tacna dependieran del Ministerio de Relaciones Exteriores. Los benéficos resultados de esta última medida pudieron apreciarse cuando llegó el momento de activar la chilenización y preparar el plebiscito.

Para concluir con esta segunda etapa de la administración de Lira, fáltame sólo recordar dos importantes acuerdos de la Comisión, que revelan su constancia en cumplir sus fines, y las dificultades que halló en su camino.

A medida que la chilenización avanzaba y que se vislumbraba el advenimiento, o más bien la consolidación de la soberanía de Chile en época próxima, la política del gobierno peruano iba despertando en el seno de la congregación de esa nacionalidad sentimientos tumultuosos y discordantes. Sus agentes administrativos secretos, y los sacerdotes dependientes de la diócesis de Arequipa, únicos que podían ejercer su ministerio en la provincia, arrastraban a sus compatriotas a separarse del Intendente y sus amigos y a renovar una lucha social que parecía extinguida para siempre.

En defensa propia, para contrarrestar la acción de nuestros adversarios, que se traducía en hostilidad permanente, al extremo de que los precios de las provisiones suministradas por peruanos, fueran diversos, según la nacionalidad del comprador, fundó la Comisión una sociedad secreta con el fin de comprometerse todos los chilenos a preferir en sus compras, *en igualdad de condiciones*, a los comerciantes chilenos y extranjeros antes que a los peruanos. Se trataba, como se ve, de una coo-

peración que en nada ofendía el derecho ajeno; no faltó, sin embargo, quien, desfigurando el objeto de la Sociedad, no sólo se resistiera a incorporarse a ella, sino que revelara su existencia a los redactores del diario peruano *La Vos del Sur*. La Sociedad, no obstante, dió buenos frutos.

Siempre en el propósito de adquirir propiedades raíces, único medio de asentar la soberanía nacional sobre fundamentos sólidos y perdurables, se preocupó la Comisión de obviar los inconvenientes que hasta entonces se habían opuesto a sus miras, substituyendo, en cuanto fuera dable, la acción oficial por la iniciativa privada, haciendo así desaparecer el recelo de que fuera el Fisco chileno el verdadero comprador, ya que los adquirentes podrían dar seguridades al respecto. Además, se evitaría la Comisión la responsabilidad moral de que se estimaran subidos los precios, porque en realidad lo fueran, en fuerza de la necesidad de inducir a vender a personas que son refractarias a enajenar sus predios, o porque la maledicencia supusiera poco interés u otros móviles de su parte. Cabe también observar que el plan del gobierno era establecer familias en los valles, no separada y aisladamente, sino en planteles comunes, para facilitar la vigilancia y ordenado funcionamiento de las colonias. La radicación de los colonos en distintos sitios habría sido impracticable: basta sólo pensar en la diferencia de hábitos de nuestros campesinos, o, en general, de los individuos de nuestro pueblo, con los de los naturales del Perú, para comprender que no pueden libremente coexistir en comunidad. Las heredades no tienen en las quebradas o valles otros deslindes que estrechos surcaños por donde fluye el agua en las horas de riego, allá cada ocho días, o alguna vilca, peral o granado que indica el límite, de modo que los propietarios transitan por la finca del vecino como por la propia, cuando lo necesitan, sin que jamás o casi nunca se produzcan hurtos de fruta o abusos de cualquier género. La característica de nuestros fundos o quintas es la clausura absoluta, con murallas, cercas o pircas.

Esto en lo material; que respecto de costumbres la diversidad proviene de que el *cholo* ha sido tradicionalmente propietario, al punto de que, en aldeas y caseríos, los que no tienen su terreno particular son, por lo menos, copartícipes en haciendas de la comunidad, mientras que el *roto* ha sido y es proletario y casi nómade.

Pero lo que el Fisco no podía hacer podían verificarlo los particulares. Ellos, los hombres dirigentes y acaudalados del país, se hallaban en situación de adquirir predios vecinos a los pueblos o en lugares pintorescos de los valles para construir sus residencias de descanso, sanatorios para ancianos y enfermos, invernaderos en que la temperatura no desciende nunca de diez a doce grados sobre cero en años rigurosos, como no pasa de treinta y ocho grados en los días más ardientes del verano.

La Comisión, seducida con la idea de presentar un día a la patria y a la América entera un hermoso ejemplo de patriotismo, con la conquista del territorio litigado merced al esfuerzo y a la iniciativa particular,—en contraste con el egoísmo peruano, cuyo Gobierno no ha pensado en reunir los diez millones de pesos fijados en el Tratado de Ancón para el rescate de sus provincias cautivas, llegado el evento,—no vaciló en estimular a los chilenos residentes en Tacna a que invirtieran sus economías en hacer sus viviendas, a la vez que se dirigía a los capitalistas del sur con el fin indicado. En el Anexo, que se insertará al fin de este trabajo, se copia la carta de la Comisión.

Por desgracia las cosas no se ven lo mismo de cerca que de lejos. Aquel llamamiento no encontró eco fuera de Tacna: para unos, los momentos eran de crisis,—lo que efectivamente era cierto;—según otros, la negociación debía ser practicada por el Gobierno, lo que se conforma con nuestros hábitos; y así, con buenas razones, seguramente, o con el silencio, fué desoído el reclamo. Pero lo que más apenó el ánimo de los inocentes miembros de la Comisión fué que uno de los ejemplares de aquella misiva reservada pasó de manos del destinatario,—borrándose cuidadosamente el nombre,—a la mesa de redacción de

La Voz del Sur, diario oficioso del Gobierno peruano que se editaba en Tacna.

La actitud de los chilenos de la localidad no fué perdida: sirvió para afianzar la adhesión de los extranjeros, infundiéndoles el convencimiento de que no debían temer ni remotamente el abandono de Tacna, ni menos el desistimiento de los derechos del actual soberano.

Si a los hechos concretos verificados por la Comisión, se agrega la acción incesante de todos y cada uno de sus miembros por levantar el nivel y las influencias de la colectividad nacional, propendiendo a fomentar la vida social, a propagar por la prensa nuestros ideales y a facilitar el arraigo en condiciones decorosas de los individuos y familias llegados del sur, se tendrá juicio cabal del papel que le cupo desempeñar en el espacio de dos años.

Hasta entonces, como se ve, la chilenización no había costado cara y sí producido resultados prósperos.

Puede decirse que las inversiones hechas hasta esa época eran de carácter permanente, como que se aplicaron a las construcciones de edificios: para Intendencia, Corte, Juzgado, Correo y Tesorería Fiscal y Municipal, que funcionaron en dependencias de un mismo gran local; del Liceo, que ha quedado a medio construir; de la Policía de Seguridad, que es, relativamente a la ciudad y al personal, uno de los mejores del país; de casitas para suboficiales de policía u obreros que recién llegaban a Tacna y que era menester alojar provisionalmente. Otras inversiones se destinaron a la compra de dos propiedades en el valle de Tacna y de tres casas en Tarata, para Policía, Juzgado y Escuela. Finalmente, se gastaron sumas no muy considerables en sostenimiento del diario *El Pacífico*, en el que colaborábamos, entre otros, Lira, Cisternas Peña y yo; en gastos de informaciones reservadas y en el levantamiento de un censo, que permitiera conocer exactamente la situación política internacional de los diversos lugares de la provincia.

De las publicaciones de *El Pacífico* llamó especialmente la atención una serie de artículos de Lira sobre la negociación Puga Borne-Seoane, en que se desmenuzan las argumentaciones del diplomático peruano con dialéctica y talento insuperables. El Tratado de Ancón es estudiado e interpretado de modo que no queda resquicio alguno sobre la intención de sus signatarios de efectuar la cesión real y definitiva de Tacna y Arica a Chile. Esos artículos fueron publicados en un folleto que tiene como introducción una advertencia escrita por mí.

Paralelamente a la obra de chilenización, como origen y sostén de ella, nuestra Cancillería iba planteando y defendiendo los derechos de Chile en el curso de las sucesivas reclamaciones y controversias que se ventilaban con el gobierno del Perú.

Así, en nota de 15 de Marzo de 1905 de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, don Luis Antonio Vergara, en respuesta a la del Canciller peruano, don Javier Prado y Ugarteche,—que rompió el entredicho en que desde 1901 se mantenían ambos países por el retiro *ab irato* del Ministro del Perú ante la Moneda,—replicando a las reclamaciones nacidas del compromiso contraído por Chile en el Tratado de Paz con Bolivia, de construir un ferrocarril de Arica a la Paz y de demarcar la frontera común de ambas repúblicas en el límite de Tacna,—nuestro representante decía:

... «Todos los plebiscitos internacionales habidos en los dos últimos siglos no han sido sino un medio ideado, o para sancionar una anexión ya hecha,... o para atenuar una anexión o una cesión acordada de antemano, como los que han tenido lugar en el siglo XIX. El resultado, como consecuencia natural, ha sido siempre favorable al país anexante, que no vió jamás en ellos una discusión de sus derechos sino tan solo una mera formalidad.»

Después de aludir a casos en que sólo el país anexante ha tenido la ocupación o administración del territorio, continúa:

«No pretendo, por cierto, equiparar estos casos a la situa-

ción que existe en el territorio de Tacna y Arica, respecto del cual hay un tratado que confiere expresamente a Chile la soberanía plena y absoluta y sólo limitada por el evento de una condición.

«Estos hechos y antecedentes justifican la declaración que hago a V. E. de que el Gobierno de Chile no acepta que el del Perú le desconozca el indiscutible derecho que tiene para ejecutar actos de dominio y soberanía en las provincias de Tacna y Arica y para considerarlas como parte integrante del territorio chileno, mientras un plebiscito... no decida si las expresadas provincias se reincorporarán o no al territorio del Perú. Chile puede ahora cumplir, y cumplirá, aun más que en el pasado, con el deber de dar a esas provincias la mayor suma de bienestar material y moral, y de implantar en ellas todas las medidas de orden y progreso que sean necesarias para afianzar la unidad de sentimientos e intereses que le permitan, dentro de las solemnes disposiciones del Tratado de Ancón y sin vulnerar ni violentar las expectativas del Perú, adquirir definitivamente el dominio y soberanía de Tacna y Arica.»

Y al terminar su comunicación, después de invitar al gobierno del Perú a poner término al litigio, agrega:

«En este terreno, que es el de la realidad de la vida de los pueblos, el acuerdo de Chile y el Perú sería inmediato, amplio y perdurable.»

En esta pieza se contienen tres ideas culminantes:

1.^a Los plebiscitos se han pactado para sancionar una cesión o atenuar la dureza de su forma;

2.^a El propósito de la cesión surge más claramente en el Tratado de Ancón que en muchos de los territorios que han sido anexados plebiscitariamente; y

3.^a Debe buscarse en arreglos o en compensaciones la solución de un conflicto que entra en la esfera de los hechos consumados.

El resto de la nota son meras exterioridades diplomáticas.

Aceptada por el gobierno peruano la invitación de la cancillería chilena, hecha al final de la nota cuyos puntos culminantes he transcrito, el sucesor del señor Vergara en el Ministerio de

Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne, propuso, como base de arreglo, una serie de medidas, tendientes a vincular en intereses armónicos a los dos países, a fin de que el punto concreto referente a la solución del problema de Tacna y Arica, quedara diluido, por decirlo así, en el conjunto, y se pudiera de ese modo entrar en compensaciones que facilitarían el acuerdo principal.

Pero, no obstante el espíritu conciliatorio que debía presidir a las propuestas chilenas, cuidó el señor Puga Borne, como para no perturbar con tópicos estériles aquellas conferencias, de plantear el derecho de Chile fuera de toda discusión, en estos términos:

«Bien sabe V. E. que el Tratado de 1883 al entregar a la resolución de un plebiscito la determinación de la nacionalidad definitiva de Tacna y Arica, no expresó qué era lo que debía entenderse por dicho plebiscito, ni fijó tampoco el modo y forma de su ejecución. Razonablemente, tales omisiones no pueden atribuirse a olvido de parte de los negociadores, sino a un reconocimiento implícito de que el procedimiento pactado no podía ser otro que el de los plebiscitos incorporados en la Historia del Derecho Internacional.

«Mi Gobierno entiende asimismo que por el hecho de estar ejerciendo la soberanía en Tacna y Arica es de su exclusiva incumbencia la designación del personal que debe presidir el acto plebiscitario, ya en la inscripción de los electores, ya en la recepción de los sufragios, ya en la proclamación del escrutinio.

«El infrascripto estima que este sería otro de los medios más eficaces (el aumento de la cantidad que el Estado favorecido por el plebiscito debe pagar al otro) para conseguir su propósito dominante de que la solución de este problema deje las menos asperezas posibles.

«El monto de esta suma podría fijarse entre dos y tres millones de libras esterlinas». (Nota confidencial de 25 de Marzo de 1908).

Por más que en esta pieza se atenúe la energía de los concep-

tos trascritos, en cuanto el Gobierno de Chile se allanaría a dar representación al Perú en las mesas electorales, inscriptoras y receptoras del plebiscito, se transparenta en ella la inquebrantable resolución de asegurar el triunfo del soberano en ejercicio. La simple propuesta de elevar el precio del rescate hasta tres millones de libras esterlinas, cuando el país desposeído no ha tenido jamás como responder al pago de los diez millones de pesos estipulados, corrobora tal afirmación.

Más explícito aun es el lenguaje del asesor técnico de la Cancillería chilena, don Alejandro Alvarez, cuando, requerido para analizar las doctrinas contenidas en la nota de 8 de Mayo de 1908, en respuesta a la comunicación del señor Puga Borne, antes referida, y en las que se sostiene que los plebiscitos celebrados en diferentes épocas de la historia, no pueden servir de precedentes aplicables al que se estipula en el Tratado de Ancón, y se pretende que la soberanía de Chile sobre Tacna y Arica se halla limitada, no sólo por su duración precaria y condicional, sino por la forma en que lícitamente debe y puede practicarse, expresa:

«El conjunto de consideraciones hasta aquí expuestas, demuestra de manera palmaria el derecho de Chile para sostener que las provincias de Tacna y Arica le han sido cedidas por el pacto de Ancón; que el plebiscito estipulado es mera fórmula; y que, por consiguiente, como todos los efectuados hasta el día, debe celebrarse en condiciones que den un resultado favorable a la anexión.

«Partiendo de esta base, y en conformidad a los principios del Derecho Público y a los precedentes diplomáticos, el acto, caso de verificarse, debe serlo bajo la dirección exclusiva de las autoridades chilenas; y para conseguir un resultado favorable, el derecho de voto corresponde sólo a los chilenos residentes en Tacna y Arica, porque son los nacionales del país que ejerce soberanía y están dispuestos a sufragar en favor de la anexión.

.....

«No pudiendo el actual conflicto, por su origen, antecedentes y naturaleza, someterse al fallo de un tribunal arbitral, el

desacuerdo, cualquiera que sea el criterio con que se le aprecie, sólo es susceptible de una solución.

«En conformidad con un criterio *estrictamente jurídico*, la falta de avenimiento entre las partes para llegar a un acuerdo que, por disposición del pacto (de 1883, ellas deben celebrar, hace imposible ese acuerdo, y, en consecuencia, importa la caducidad de dicha cláusula, pero no la del pacto principal.

«..... La caducidad de la referida cláusula daría por resultado la caducidad del evento por el cual Chile puede perder la soberanía sobre Tacna y Arica, y quedaría de soberano definitivo, sin otra obligación que pagar al Perú los diez millones de pesos estipulados en el tratado de paz.»

La palabra del señor Alvarez era la palabra oficial del Gobierno de Chile. La verdad, sin reticencias y sin ambages, debía causar honda impresión y disgusto en el Perú, cuya dirección oficial y cuyo pueblo han hecho del problema de Tacna un asunto sentimental. Como consecuencia de la impresión causada por la actitud de la Cancillería chilena, se produjo el incidente de la corona (1), y una nueva ruptura de relaciones entre la Moneda y el Palacio de los Virreyes. Más adelante, al ocuparme del arbitrio propuesto por algunos de dividir el territorio, entregando Tacna al Perú y manteniendo a Arica en poder de Chile, referiré la consulta que hizo por entonces el

(1) En los momentos en que se ventilaba, con probabilidades de éxito para algunos, sin ninguna probabilidad para otros,—entre los cuales nos contábamos Lira y sus colaboradores,—el arreglo del azaroso problema; para congraciarse las simpatías de la opinión o aminorar los odios en el Perú, el Ministro de Chile en Lima ofreció una corona a nombre de su Gobierno, que se depositaría en el mausoleo de los guerreros peruanos muertos en defensa de su patria en la guerra del Pacífico. Aceptado el ofrecimiento por el Ministro don Solón Polo, fué rechazado por su sucesor, don Melitón Porras, cuando llegó el momento de entregar la ofrenda.

A los chilenos residentes en Tacna no nos extrañó tal proceder, pues algunos años antes, cuando se trató de inhumar los restos de los caídos en el «Campo de la Alianza», no quisieron los peruanos tacneños que reposaran en una misma huesa vencidos y vencedores.

señor Porras a los peruanos más representativos de las provincias *cautivas* y la actitud de éstos.

Esta ligera reseña de la acción diplomática del Gobierno bastará para dar una idea clara de la unidad en el pensamiento y en el trabajo que informó, en el interregno señalado, la política de chilenización.

Pero de cuanto hasta entonces se había hecho y de cuanto más pudiera hacerse, siempre en el terreno de las medidas permanentes, no era de esperarse que llegara, a lo menos en el curso de una o dos generaciones, el momento en que los chilenos aunados a los extranjeros, superasen en número a los peruanos. Es verdad que del estudio practicado por mí en los pueblos de la sierra y señaladamente en Tarata, se podía deducir que una parte considerable de los naturales seguirían nuestra causa, no por venalidad, sino en caso de que se atendieran sus justas representaciones de proporcionarles los elementos primordiales de la vida civilizada: justicia, que los amparase o ante quien pudieran ventilar sus litigios; preceptores para sus hijos, pues ellos se encargaban de proporcionar gratuitamente los locales; y policía, que los resguardara de los atentados de algunos de sus connacionales de raza criolla.

La *chilenización* se hallaba, pues, al punto que he llegado, en su grado máximo, dado los recursos y la esfera de acción del gobernante provincial.

Aquel simpático Petronio, como cariñosamente se designaba por aquellos días a Máximo Lira, cuando invertía con largueza y buen gusto toda su renta en atraer adhesiones a nuestra causa,—apodo que después las multitudes y los responsables de su caída, echaron sobre su nombre como emblema de sibaritismo y disipación,—no podía hacer más de lo que había hecho, ni suplir lo que faltaba. O quedaban las cosas como estaban o había que recurrir al único medio indicado por la necesidad: reunir artificialmente en la provincia número bastante de electores para afrontar el plebiscito.

El *statu quo* era peligroso, porque, pudiendo el Perú, en cualquier momento, reclamar del cumplimiento del Tratado de Ancón,—tal como ha manifestado entenderlo y como las condescendencias de nuestra Cancillería lo han permitido,—si Chile se encontraba desarmado, su derrota en el plebiscito sería cierta, a no ser que se buscara, como en elecciones internas, en el cohecho y en el fraude, con mengua del nombre y soberanía del país, un triunfo ignominioso.

Estas reflexiones y muchas otras que inquietaban mi espíritu, fueron representadas por mí a Lira en una carta cuyos conceptos merecieron la aprobación del gobierno, carta que influyó considerablemente en las nuevas medidas de chilenización que se adoptaron (1).

En esta carta, fechada el 13 de Junio de 1908, estudio con algún detenimiento la entonces subdelegación de Tarata; su importancia agrícola, comercial y geográfica; y explico las causas probables del descenso que sufrió políticamente al pasar de un soberano a otro, como que durante el Gobierno del Perú era provincia, categoría correspondiente a la del departamento en nuestro régimen administrativo. Establezco también los derechos de Chile a ese territorio; y en el orden internacional, discuro sobre las medidas que deberían adoptarse para su chilenización. Me parece innecesario anotar otros pormenores, desde que los lectores pueden imponerse de esa carta en el anexo. Lo que para la ilación de estas memorias creo sí oportuno reproducir es la parte final, en que exhorto al mandatario a asumir una actitud determinada. Dice así:

«Estas ideas, señor Intendente, se imponen con toda la fuerza de lo imprescindible. Hay que servir las o abandonar el campo. El papel que está llamado Ud. a desempeñar no es de aquellos que la historia olvida: de su entereza y patriotismo dependen el éxito favorable o adverso de la obra que le está encomendada. El Gobierno le presta su confianza, el país reclama solución enérgica y pronta y creo que Ud. cuenta con los medios oportunos y eficaces para asumir la responsabilidad y triunfar, los

(1) La carta aludida se inserta en el anexo.

chilenos que aquí residimos obedecemos sus indicaciones sin discutir las y nos ponemos incondicional y abnegadamente a su servicio.

«No deje Ud. que pase un día más sin pedir los elementos que faltan para dar cima a sus planes, si ellos han sido y son de la aceptación del Supremo Gobierno. Toda demora es causa de hondas perturbaciones dentro y fuera del país, de desconfianza entre nuestros auxiliares y de desmoronamiento de los trabajos ya realizados.

«Errar o quitar el banco.

«Creo que Ud. es el hombre necesario: su ausencia debilitaría el vínculo de unión entre los nacionales, alentaría a los peruanos, desbandaría a los extranjeros, daría pábulo a que se creyera en el desistimiento de nuestros derechos o a lo menos que nuestra Cancillería los sacrificaba a las exigencias de la Cancillería del Perú. Pero sería más funesto aún que Ud. permaneciera en su puesto, aguardando sin término los recursos necesarios para proseguir su labor, porque habiendo Ud. dado remate a cuanto es posible exigir del diplomático, del administrador y del patriota, a la vez, la paralización iría menoscabando su prestigio, y el país, engañado por las apariencias, seguiría aguardando con fe la hora de un buen éxito ilusorio.

«Por mi patria, por cariño a Ud., por coadyuvar sinceramente a la chilenización, me he creído obligado a decirle a Ud. la verdad como la concibo y juzgo.

«Si los conceptos que le trasmito, concuerdan, siquiera en parte, con su modo de pensar, tal vez convendría transmitir esta carta a nuestro Ministro de Relaciones Exteriores (1), como la expresión del común sentir de los chilenos establecidos aquí. El es bastante benévolo para no desdeñar las observaciones que se le trasmitan de buena voluntad: de ello guardo, agradecido, testimonio personal.»

Puesta esta carta en conocimiento del Ministro recibí en respuesta otra, en la que se contiene este párrafo: «Pedí al Presi-

(1) Don Federico Puga Borne.

dente de la República que se impusiera de ella con interés y me he persuadido de que su lectura lo ha impresionado».

La advertencia dirigida al Intendente de la responsabilidad que se echaba a costas, dejando que se fuera difiriendo sin término el complemento obligado de la chilenización, así como la convicción sugerida al Canciller, primero, y al Presidente, después, de la necesidad de acudir en amparo de lo hecho para evitar su derrumbe, y a adoptar nuevos medios para finalizar la preparación plebiscitaria, determinaron una orientación invariable y eficiente.

ANSELMO BLANLOT HOLLEY

(Concluirá)

DIARIO

DE DON

JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

DESDE JUNIO DE 1849 HASTA MARZO DE 1852

(Continuación)

1850

Enero.—El 11 de este mes hemos concluído las sesiones extraordinarias. En la sesión del 7 se promovió la cuestión de aplazar la ley de contribuciones para el mes de Junio entrante. El Ministerio se alarmó y vió que esta cuestión era para él de vida o muerte. Montt tomó la palabra y objetó la proposición principalmente como subersiva, amenazando a la Cámara con la revolución. Yo esa noche estaba muy enfermo y no me hallaba en disposición de contestarle. Se votó y resultaron 21 votos por cada parte, porque a nosotros nos faltó Valdés D. Cristóbal.

El día 8 y el 9 la oposición estuvo en conflicto para reunir mayoría. El Ministerio no perdonaba medios para obtener el triunfo. En varias reuniones que tuvimos los diputados, observé que había mucha decisión aparente; pero que en el fondo de sus corazones se sentían vencidos. Algunos de ellos buscaban

pretextos para excusar su cobardía. La mayoría estaba desmoralizada. Sanfuentes había de hablar en la sesión del 9 y también Infante. A mi juicio, el primero no podía restablecer la energía perdida y el segundo iba a hablar en un sentido nada favorable. Como no me fué posible hacer desistir de su propósito a Infante, conseguí, a fuerza de maña, que hablase unas pocas palabras para dejarme a mí el camino expedito. Esto lo convinimos dos o tres horas antes de la sesión. Infante cumplió y yo pude introducirme con un discurso calculado para obrar en el ánimo de nuestros amigos, a fin de presentarles motivos plausibles que les hicieran olvidar la vergüenza y temores que abrigaban. No se trataba ya de ganar la votación, sino de dar a la mayoría la dignidad y la energía que habían desaparecido. Conseguí mi objeto, porque después de mi discurso, los ví a todos más satisfechos y aun cuando sabían que habían de perder, votaron todos con su cara erguida y como con la conciencia de que obraban bien.

Después que yo hablé, tomaron la palabra García, Montt y Tocornal. El primero estaba vencido: habló de mí con elogio, confesó que no nos creía revolucionarios y que respetaba tanto nuestro propósito de introducir reformas en las contribuciones que prometía estudiar para satisfacerlos. El segundo también estaba vencido, pero en su corazón no hay nada de generoso, habló muy secamente, ciñéndose a rectificar algunas de sus opiniones, que, según dijo, habían llegado desfiguradas a mi conocimiento. El tercero, más táctico, vió que la derrota de su partido era cierta y quiso cohonestarla con ciertos golpes teatrales en que defendió al Gobierno de los ataques de la prensa de la oposición, y como se refiriese, para probar la tolerancia del Gobierno, a los opositores que había entre los mismos empleados del Gobierno, Urízar Garfías le contestó haciendo una reseña de varias destituciones que demostraban que el Gobierno no era tolerante. Sin embargo, Tocornal con sus palabras fuertes y su tono simpático había restablecido entre los suyos el valor, hasta el grado de ser aplaudido por sus partidarios en la barra. Esto templaba los efectos que yo había querido producir, y para restablecer mi triunfo, se me ocurrió empeñar de

nuevo el debate. El medio decisivo que adopté fué éste: «pregunté a los Ministros si querían que me ocupase en contestar al de Justicia o que sacrificase mi contestación en obsequio de la paz y del orden de la sesión». Callaron todos profundamente, como inciertos del alcance de mi interpelación. Repetila con énfasis, dirigiéndome personalmente al de Justicia, y éste, así como dudoso, dijo: «Desearía que el señor diputado no contestase en obsequio de la paz y de la brevedad». Esto equivalía a manifestar temores de mi contestación, era confesarse vencido de nuevo. Yo lo esperaba, pero si él hubiese dicho, como debía por su honor decirlo, que yo contestase, estaba ya dispuesto para darle al debate un giro alarmante y sacar de la excitación todo el partido posible. Fué sin duda una baladronada la que usé, pero con tan buen resultado, que al instante volvieron los ministeriales a quedar mustios y los nuestros tan alegres y satisfechos como antes. La votación se perdió por nosotros por un solo voto.

Los medios de que se valió el Ministerio para obtener mayoría están detallados con mucha verdad en mi carta a *El Comercio* de Valparaíso, fecha 10 de Enero y publicada por este diario el 11, que copio en seguida:

«Santiago, Enero 10 de 1850.

Se ha dado anoche en la Cámara de Diputados la tan esperada batalla entre el Ministerio y la oposición. Como dije a Uds., en la sesión del lunes, salieron 21 votos por cada parte. Anoche salieron 22 por el Ministerio y 21 por la oposición. Voy a explicarles a Uds. el enigma:

Nunca jamás ha puesto el gobierno pelucón más empeño en ganar un capítulo. La elección del general Bulnes, la elevación del Ministerio de Junio no han costado tanta inmoralidad y tantas diligencias como las que ahora se han desplegado por el Gobierno.

Entre los 21 votos de la oposición se contaba el lunes el del señor don Manuel Covarrubias y no se contaba el del señor don Cristóbal Valdés. El Presidente había mandado su coche a don

Andrés Bello para que viniese desde el conventillo hasta palacio. Allí le esperaba con sus Ministros: le pintaron la revolución hecha por la mayoría, y, valiéndose de la debilidad de este noble anciano, le obligaron a que pusiera a su servicio las nuevas y tiernas relaciones que por el enlace de sus hijas va a contraer con los señores Vial y Valdés (1). En efecto, el señor Bello, alucinado, lo intentó. Nada consiguió del señor Vial, pero logró más con el señor Valdés, el cual no fué a la sesión del Lunes. Pero habiendo sabido el señor Valdés que en el público se creía que había dejado de ir por la amenaza que el Gobierno le había hecho, por medio de su suegro, de destituirlo de su empleo si iba, y no por consideraciones al señor Bello, se resolvió a presentarse anoche y a votar, como efectivamente votó contra el Ministerio, probando la hidalguía y dignidad que siempre le han distinguido. ¡Honor y gloria al señor Valdés! El señor Bello verá que no sólo adquiere un hijo honrado, sino un hombre de principios y capaz por su energía de servir a la causa del país mejor que esos Ministros que le infundieron miedo.

Había 22 votos por la oposición en la mañana de ayer: Entonces el Ministerio se valió de este expediente. Largó a don Matias Ovalle, a don José Manuel Valdés, a don Angel Ortúzar y al comandante Cavareda sobre la noble señora de don Manuel Covarrubias (2) para que le hiciesen conocer que su marido peligraba por estar mezclado en la revolución que iba a estallar esa noche. Estos anuncios diabólicos cumplieron su encargo perfectamente: martirizaron a la señora con los temores de la revolución; pero no doblegaron su dignidad, porque ella, con una energía digna de una matrona romana, dijo a su esposo: «Estás vendido, vas a perder al país con tu voto, pero vé y cumple tus compromisos». El señor Covarrubias no hizo cuanto debiera por cumplirlos, porque cuando fué a la sesión, sin duda retardado por los temores de la revolución, ya era tarde.

El Ministerio no se contaba todavía seguro: cien agentes del

(1) Don Ramón Vial y don Cristóbal Valdés, que contrajeron matrimonio con las señoras Luisa y Ana Bello.

(2) Doña Luz Ortúzar.

Presidente recorrían con recados y cartas toda la ciudad. A don Valentín Valdivieso se le apuraba para que neutralizara a su yerno el señor Díaz Valdés; a éste se le amenazaba; al otro se le rogaba; y, por fin, los Ministros se van a casa de don Borja Solar, que había votado por ellos el lunes, lo arrancan de la cabecera de su señor padre que estaba moribundo, materialmente en los últimos instantes de su vida, sin exageración ni mentira, con un sacerdote que le ayudaba a bien morir, y se lo llevan a la Cámara. El hijo tiene que someterse a esta inmoralidad por salvarse de aquellos demonios que le persiguen. El padre expira y el hijo sale de la Cámara.

Todavía hacen más: se van a casa del señor Olivos, que no había ido el lunes por estar con fiebre y disentería, lo arrancan del lecho, lo montan en una calesa de cuatro ruedas y lo llevan a la Cámara. El señor Olivos se llevó saliendo de su asiento a cada instante.

Con estos escándalos, con mentiras infames, con calumnias atroces, traficando con la autoridad que invisten; el Presidente y los Ministros lograron tener 22 votos; es decir, *uno* más que la oposición, cuya mayoría está débil porque había ausentes diez diputados y dos más neutralizados y asustados.

La oposición había puesto todo su empeño en mostrarse con honor y dignidad y por eso abandonó los resortes libres de inmoralidad que pudo tocar para hacer venir al señor Echeverría, para desimpresionar al señor Covarrubias, y para hacer que asistiese don Juan Bello. La cuestión no era para ella de tan grande importancia, Sólo le tocaba aparecer con dignidad, con la nobleza que habían huído del Gobierno.

El señor Lastarria, en un vehemente discurso, que impresionó al numeroso pueblo que asistió y que aterró a los ministeriales, fué el digno intérprete de esta conducta, y demostró con la claridad de la luz del medio día que la oposición no es anarquista ni revolucionaria, que opone sólo la resistencia legal, dentro de sus atribuciones como Cámara, a los desmanes y procacidad del Ministerio.»

El viernes 11 fuimos a la Cámara todos los de la mayoría, pero formamos *quorum* sólo para oír la lectura del Men-

saje en que el Ejecutivo declaraba cerradas las sesiones. Los Ministros no asistieron a la clausura, ni tampoco sus satélites. El triunfo obtenido en la votación anterior les daba vergüenza. Yo y Larraín (1) habíamos procurado reunir a todos los diputados de la mayoría para que eligiésemos Presidente, adoptando este arbitrio a fin de que no perdiesen la disciplina.

Enero y Febrero.—Estos dos meses se pasan sin ninguna ocurrencia notable. Santiago está desierto. Todos los opositores están fuera. El Ministerio, dueño del campo, blasona diariamente su triunfo por la prensa y asegura que la oposición está perdida y desorganizada. En realidad así parecía. Si el Ministerio fuese más hábil podría aprovecharse de estas circunstancias para acabar con la oposición. *El Progreso* y *El Comercio*, únicos diarios opositores, están sin interés ninguno. Durante los primeros días de Cuaresma el desaliento cunde. Eyzaguirre está consagrado a sus funciones eclesiásticas y los demás andan todavía dispersos. Si se juntan algunos, no hacen nada de provecho. Las conversaciones versan sobre la inercia del Ministerio, sobre el viaje inoficioso que el de Hacienda hace a Valparaíso y sobre otros disparates de los Ministros.

El 20 de Marzo ya se encuentran algunos opositores en Santiago. Los convoco a casa de Eyzaguirre y les presento la siguiente Memoria, demostrándoles que la oposición no existe porque carece de fuerza y de opinión.

«La oposición no existe y no existe porque carece de fuerzas y de opinión.

La oposición carece de fuerzas:

1.º Porque no tiene dirección, no tiene un caudillo. Mientras que el partido retrógrado tiene su bandera personalizada en Montt, hombre enérgico, decisivo, sistemático, tenaz, y fiel representante de las ideas, de los sentimientos y de los intereses de los ricos pelucones y del Gobierno que apoyan esos hombres, la oposición carece de un hombre que la represente. Don Ramón Errázuriz no es conocido por los que le han proclamado su candidato y, por consiguiente, no hay entre él y ellos la

(1) Don Bruno Larraín.

simpatía, las relaciones cordiales que debe haber entre un caudillo y sus partidarios. Lejos de esto, la situación del señor Errázuriz es dudosa. Su conducta en el Senado durante el año pasado le hace aparecer fluctuante y, hasta cierto punto, separado, independiente de los propósitos de los opositores. Esto le ha hecho perder la confianza de algunos, el prestigio de que otros le miraron rodeado al principio de su proclamación y ha quedado de tal manera segregado de su partido, que su nombre no puede servir hoy para encuadrar, para juntar esos elementos dispersos. Montt reúne en su persona todo el prestigio, todo el afecto, todo el interés, todo el respeto que le inspiraban antes los varios caudillos del partido pelucón que han desaparecido: Portales, Egaña, Rengifo, Ortúzar, están representados para los pelucos en Montt. Pero Errázuriz no representa para el partido progresista ninguna tradición, ningún antecedente, ningún principio, ninguna idea o afecto de aquellos que atraen a los prosélitos al rededor de un hombre como al rededor de su bandera. Los que estamos empeñados en su candidatura sostendremos por honor, pero nada más que por honor, y para satisfacer nuestro corazón y aparecer lógicos nos mentiremos a nosotros mismos cualidades que no vemos en nuestro héroe, pero que deseamos hallar.

2.º Porque no tiene organización. La Junta directora es un simulacro de organización. Todos sabemos que se compone de hombres entre los cuales no hay ni siquiera homogeneidad de carácter, de intereses ni de principios: por eso es que no se reúnen y cuando llegan a asociarse no encuentran una base de discusión, una idea que los armonice; y si acuerdan algo, es más bien por la necesidad que tienen de hacer algo y por cortesía, que por espíritu o por interés de partido. La Junta directora es omisa, es laxa, es indolente porque no puede menos de serlo, atendida su organización. El resto de los partidarios anda disperso, fluctuante, en sus propósitos, desalentado.

Tenemos 20 ó más diputados que estarán dispuestos a obrar contra el Ministerio, a trabajar por la candidatura Errázuriz, pero ¿qué hacen, qué pueden hacer ellos sino cuentan apoyo

en el Senado, si están atacados, contrariados, vejados, por el Ministerio? Nada, sino malgastar a pura pérdida sus fuerzas, y cansarse en vano! Los diputados así como los demás ciudadanos que se han comprometido en la oposición no saben qué objeto los lleva, qué causa los dirige: están desorientados y por consiguiente el desaliento los sobrecoge a todos. Preguntad a cada uno de esos hombres si espera triunfar y os dirá que nó: preguntadles cuáles son sus intenciones, cuáles sus propósitos y sacaréis tantas intenciones, tantos propósitos, como individuos interroguéis. No se reunen, no se asocian jamás y por tanto no tienen vínculo.

3.º Porque no tienen fondos. ¿Qué fuerzas puede la oposición poner en juego si no tiene fondos que invertir? Los periódicos de las provincias desaparecen porque no tienen dinero para sus gastos. La correspondencia con los afiliados residentes fuera de Santiago no existe, porque tampoco hay fondos con que sostenerla. El partido retrógrado tiene el dinero del Estado, tiene el bolsillo de sus adeptos, tiene la fuerza armada, tiene en fin la fuerza universal. ¿Puede la oposición disponer de alguna cantidad de pesos para suplir lo que le falta, para equilibrar de algún modo esas fuerzas del partido contrario?

4.º Porque no tiene unidad. Un partido que no tiene un caudillo, que carece de organización, que no tiene dirección, que no puede disponer de un fondo para sus gastos no puede tener unidad; y no teniendo unidad, no puede ser partido. Habrá analogía de ideas, habrá buena disposición de muchos ciudadanos; pero ¿quién reúne esas ideas quién dirige esa buena disposición? ¿quién las armoniza, quién las disciplina, quién reúne, en fin, esas fuerzas para dirigirlas al fin a que se encaminan?

Es pues evidente que la oposición no tiene fuerzas.

(Continuará)

BIBLIOGRAFÍA

José Nicolás Matienzo.—*Derecho constitucional*.—Apuntes taquígraficos tomados en la cátedra del Dr. José Nicolás Matienzo, decano de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales de la Universidad de La Plata, por Juan Isaac Cooke.—La Plata.—Talleres «Sesé». 1916.—Tomo I, 269 páginas; tomo II, 284 páginas.

El trabajo de la cátedra queda ordinariamente perdido, y disipado como el humo, el caudal de observaciones que acumulan la experiencia y el estudio. No siempre será malo que se pierda lo dicho en la cátedra por el profesor, si hay ocasiones en que sería preferible que el profesor no lo hubiera sido jamás. Pero es lástima no conservarlo cuando habla en plena conciencia de lo que ha sido objeto de constante, invariable y mayor atención por parte de quien enseña. Es el caso de este libro, que no es una obra *escrita* por el cate-drático de derecho constitucional, sino de una obra *hablada*: lo hablado en un año. Así se reconoce en el estilo sencillo, familiar, casi íntimo con que el profesor dice lo que desea que sus alumnos entiendan bien.

Las opiniones del doctor Matienzo en asuntos de derecho político son muy conocidas: las ha profesado públicamente en las formas oratorias y escritas. Su pensamiento dominante

desde joven y acentuado en la edad madura, ha sido siempre en el sentido *nacional*, de la *soberanía* de la nación, de la supremacía de la constitución nacional sobre lo que se pretendió como soberanía provincial, llegando, entre otras cosas, a admitir francamente y propiciar la unidad de justicia, o sea que la justicia sea únicamente justicia nacional.

En cuanto al espíritu y método de su enseñanza, se halla anticipado en la breve introducción del libro: no hay que creer que el objeto del curso se reduzca a explicar el texto escrito de la constitución, «que los alumnos deben saber antes de ingresar en la universidad»; la constitución tendrá que ser estudiada no sólo en su letra, sino, sobre todo, en su práctica, en sus antecedentes históricos y en su función política;—estas indagaciones imponen «salir con frecuencia de las fronteras territoriales de nuestro país. La República Argentina no es un producto espontáneo del suelo que ocupa. Su pueblo es una sección de la humanidad, que deriva de otras secciones, y que tiene con todas, relaciones de semejanza y de evolución, de que no es posible prescindir»... «De ahí que el estudio del derecho constitucional tiene que ser comparativo, sin lo cual no podrá alcanzar el carácter

de científico. Naturalmente, no son los textos los únicos objetos de comparación: más que los textos, hay que comparar los hechos, las prácticas y las costumbres constitucionales».

Tales indicaciones como éstas, no son una promesa de la *introducción*, sino la referencia a lo realizado en el curso. La historia y la política nacional y extranjeras son material explicativo de los hechos y criterio para la apreciación de éstos y de los textos constitucionales, y esto que constituye el método de una enseñanza acaba por servir a la educación mental de los alumnos.

X. X. X.

F. M. Sandwith.—*PASTEUR, La ciencia y la Medicina*, traducido por el Dr. Edwin P. Reed.—1915.—69 págs. en 8.º

Este folleto, en el que a pretexto de divulgación científica se traza la biografía del eminente químico y sabio francés, es de lectura tan sencilla como provechosa. Todos sabemos de Pasteur que fué el descubridor de la teoría microbiana y... un sabio. Pero su vida, desde los días triste de la infancia, en la escuela de su aldea, hasta 1888, en que del brazo del Presidente Carnot entró a presidir la fiesta de la inauguración del grande y célebre Instituto que lleva su nombre, las primeras experiencias de sus sueros y vacunas, las luchas que sostuvo en defensa de sus innovaciones científicas con el cuerpo médico de Francia, sus desilusiones, sus dolores y sus triunfos, y, por último, su florida y gloriosa ancianidad, están sencilla y bellamente trazados en las páginas de este librito.

Su lectura es provechosa a profesionales y profanos, a todos, en suma, los que se interesan por la vida de los grandes hombres, en relación con los progresos de su siglo.

C.

Alejandro Vicuña.—*El Origen del Mundo*.—Santiago, 1916.—I vol. de 139 págs.

Ha reunido en este volumen el señor Vicuña las cuatro conferencias que en 1916 dió a los alumnos y ex-alumnos del Liceo de Aplicación. Versan ellas sobre los siguientes temas: El origen del mundo y las tradiciones humanas; El origen del mundo y las ciencias naturales; El origen del mundo y la Biblia; El origen del mundo y la filosofía. Dan clara idea del espíritu que las inspiran estas palabras del prólogo: «Es mi única aspiración, en este momento, que la juventud estudiosa de los Liceos fiscales lea con atención este libro y reflexione sin prejuicios sobre su contenido. Pueda ser que estas páginas arrojen un rayo de luz sobre el caos de tantas inteligencias desorientadas, que persiguen la verdad y no la encuentran, porque han aprendido a buscarla donde no está. Pueda ser que estas páginas contribuyan a afianzar en algunas almas el tesoro irremplazable de la Fe, tesoro cuya pérdida arrancó a Jouffroy quejas llenas de ansiedad y nostalgia. Cuando, durante las vacaciones, escribe el ilustre profesor de la Sorbona, volvía al lugar campestre de mi nacimiento, todo era igual menos yo mismo. Aquella iglesia siempre atestada de fieles; aquel párroco que me había enseñado el catecismo había envejecido, pero continuaba siendo siempre el mismo creyente; todo lo que yo había amado y veía en torno mío en mi familia tenía el mismo corazón, la misma alma, la misma fe. Sólo yo la había perdido; sólo yo vivía sin saber ni cómo ni por qué; sólo yo, tan sabio, no sabía nada; sólo yo estaba vacío, inquieto, privado de luz, de inteligencia».

Puede disentirse de las ideas que, con nitidez y elegancia, se exponen en este libro; pero, sin cometer notoria injusticia no pueden negarse a su autor conocimientos hondos y variados y gran elevación de espíritu y amplitud de criterio.

X. Y. Z.

Charles A. Ellwood.—*Principes de psycho-sociologie*. Paris, 1914 (1 vol. de viii+307 páginas).

Esta obra del profesor de sociología de la Universidad de Missouri, fué desde su publicación muy bien acogida, especialmente en los Estados Unidos, y ha sido recomendada como manual de estudio. Es ella una manifestación del desenvolvimiento considerable que en la gran nación de la América del Norte han alcanzado los estudios sociológicos, pues el libro de Mr. Elwood puede ser considerado, hasta cierto punto, como el resumen de la obra de sus distinguidos compatriotas: Lester F. Ward, W. G. Simmer, Franklin H. Giddins, Edward Rose, etc., sin que deje de notarse la obra personal. Se encuentran, además, rastros de los eminentes psicólogos americanos: William James, Mark Baldwin, y otros.

No se propuso el autor escribir un sistema de sociología científica, por creer que no ha llegado aún el tiempo de hacerlo; se limita sólo a tratar los aspectos psicológicos de la sociedad. El profesor Elwood es un partidario de la interpretación psicológica de los hechos sociales. Cree que siendo la organización social la obra de espíritus humanos, no puede explicarse sino por el conocimiento de éstos; sin embargo, está muy lejos de disminuir la importancia de los demás aspectos de la teoría sociológica y querría coordinar la socio psicológica y la biológica. La interpretación de la sociedad debe hacerse con la ayuda de los elementos biológicos y psíquicos que obran en el individuo, pero los primeros se presentan, en la vida social, por factores psicológicos. El ensayo verificado por algunos pensadores—que se llaman *objetivos*—de negar todo papel a los elementos subjetivos o psíquicos en la vida de sociedad, está en desacuerdo no solamente en el punto de vista evolucionista, sino también con el espíritu verdadero de las ciencias positivas.

El método principal, pues, que sigue el autor es el del análisis psicológico, que con tanto éxito se ha empleado en el desarrollo de las ciencias económicas. Para él, la sociedad es un grupo de individuos que realizan una vida colectiva por medio de sus actividades mentales recíprocas, coordinadas. En los grupos humanos, los modos ventajosos de actividad coordinada terminan por ser conscientemente adoptados y sancionados, y se convierten en costumbres y después en instituciones. Tales son la industria, la ley, el gobierno, la religión, la moralidad y la educación, instrumentos de perfeccionamiento de la vida social. Por el desarrollo superior de éstos se conseguirá el desenvolvimiento de la organización y de la evolución sociales: así se obtendrá un orden social armonioso, un sólido progreso.

Mr. Elwood hace frecuentes referencias a la práctica social, porque estima que toda ciencia existe para que de ella se hagan aplicaciones prácticas, y la práctica debe ser para las ciencias sociales lo que la experimentación para las ciencias naturales. Su obra tiene un fin práctico más profundo, según el autor. Cree que el materialismo en la ciencia, y el individualismo en la práctica social, producen amargos frutos en nuestra existencia social, y que en su trabajo se encuentran ideas que, aun cuando están de acuerdo con los resultados positivos de la ciencia moderna, se alejan de las doctrinas sociales negativas y demolidoras; ideas, por consiguiente, que mantienen la existencia de los valores más elevados de nuestra vida social.

Con esta sucinta exposición de las teorías que se sustentan en los *Principios de psico-sociología* del profesor Elwood, podrá apreciarse el interés que presenta su lectura; agregaremos que está escrito con una claridad extrema y con un espíritu generoso, pues se pronuncia en favor de las grandes causas hu-

manitarias: la paz universal, la concordia entre las razas i la educación solidaria.

A. L.

Alberto María Carreño.—*Joyas Literarias del siglo XVII encontradas en México.*—FRAY MIGUEL DE GUEVARA y el célebre soneto castellano «No me mueve, mi Dios, para quererte...»—México, 1915.

Pocos serán los que ignoran que hasta hace poco no se sabía, a ciencia cierta, el nombre del autor de este conocido soneto, joya preciosísima de las letras castellanas. Unos lo atribuían a Santa Teresa de Jesús, otros a San Francisco Javier, quienes a San Ignacio de Loyola, unos pocos al franciscano fray Pedro de los Reyes. Menéndez y Pelayo, con su acostumbrada sagacidad, pensaba que no existía «el más leve fundamento para atribuirle tan alto origen». «Hemos de resignarnos, agregaba, a tenerle por obra de un fraile obscuro, cuyo nombre quizá nos revelen futuras investigaciones». Esta predicción se ha cumplido en todas sus partes. Hoy, gracias a las eruditas y afortunadas investigaciones del señor Carreño, sabemos que el autor del soneto fué el padre agustino fray Miguel de Guevara, prior en 1638 del convento de su orden en Santiago de Athatzithaquaro. Nada se ha logrado averiguar hasta ahora sobre la vida del padre Guevara ni siquiera su nacionalidad, si bien el señor Carreño, con razones que no nos parecen definitivas, se inclina a creerlo natural de Nueva España. ¿Cómo hizo su descubrimiento el señor Carreño? Muy sencillamente: en el curso de sus búsquedas dió, en el archivo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, con una gramática manuscrita, fechada en 1638, de la lengua Matlatzinga, escrita por el padre Guevara. Al principio del manuscrito, entre otras poesías, encabezadas todas ellas con el epígrafe «Del autor a su vate», figura el famoso soneto. De otras poesías laudatorias que también aparecen en el manuscrito, el

padre Guevara tiene buen cuidado de anotar que no son suyas y de indicar el nombre de sus autores. Que el padre Guevara tenía fuerzas y numen bastantes para escribir el famoso soneto, acredítanlo estos otros dos indubitadamente suyos, que en el mismo manuscrito aparecen. El primero, dirigido a su libro, dice así:

A gran peligro váis, hijo querido,
De lo cual me dejáis con mil recelos
Porque váis a imitar vuestros agüelos
Y a ser conquistador y hombre atrevido.

Honroso pensamiento habéis tenido,
Mas no por eso os han de faltar duelos:
Seguiros han envidia, rabia, celos;
De aquí saldréis ladrado, allí mordido.

Un medio hallo en esta competencia
Y es que permanezcáis sin ser cobarde,
Pues váis ya bautizado de paciencia.

Tres padrinos lleváis: Dios os los guarde:
El tiempo, la verdad y la experiencia,
Que allá os confirmaran, temprano o tarde.

El otro soneto dice:

Poner al hijo en cruz, abierto el seno,
Sacrificallo porque yo no muera,
Prueba es, mi Dios, de amor muy verdadera
Mostraros para mí de amor tan lleno,

Que a ser yo Dios y Vos hombre terreno
Os diera el sér de Dios que yo tuviera
Y en el que tengo de hombre me pusiera
A trueque de gozar de un Dios tan bueno.

Y aun no era vuestro amor recompensado,
Pues a mí en excelencia me habéis hecho
Dios, y a Dios al sér de hombre habéis ba-
ñado.

Deudor quedaré siempre por derecho
De la deuda que en cruz por mí ha pagado
El hijo por dejaros satisfecho.

¿No es verdad que el autor de estos sonetos pudo perfectamente haber escrito el que comienza: «No me mueve, mi Dios...»? ¿No hay entre este último y el segundo de los que hemos transcrito, cierta semejanza, cierto aire de familia? Así, por lo menos, nos parece.

Antes de poner término a esta nota, queremos transcribir el soneto «No me mueve, mi Dios...», tal como aparece en el libro del señor Carreño; pero con puntuación y ortografía modernas:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar, por eso, de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor en tal manera
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No tienes que me dar porque te quiera,
Porque aunque cuanto espero no esperara
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Hay, como se ve, entre esta versión y las que de ordinario corren en algunas Antologías, algunas pequeñas diferencias.

V. E. M.

Bibliografía sobre los territorios que pertenecieron a México y se hallan hoy en poder de los Estados Unidos.

Sin título alguno, tal vez para acentuar más la modestia del autor, Mr. Henry R. Wagner, ha publicado un folleto en 8.º mayor de 43 páginas, que contiene la bibliografía de las obras escritas en castellano sobre esos territorios, desde los tiempos de la conquista. El autor ha hecho un muy limitado tiraje de su obra para repartirla entre los eruditos y aficionados, a fin de recibir indicaciones que le permitan hacer una 2.ª edición perfectamente completa y autorizada. Con este proceder nos da él una nueva muestra de la acuciosidad con que proceden los escritores norteamericanos en sus investigaciones y que los asimila a los alemanes en su *thoroughness*. El señor Wagner paga un merecido tributo a nuestro historiador don José Toribio Medina, al indicar las veces que lo ha consultado con gran provecho sobre los libros de que hace mención.

Lo interesante en este autor es que es un hombre de negocios a la alta escuela, pues ha sido director residente en Chile por cuatro años de la conocida firma bancaria de Nueva York, Guggenheim Brothers

y ha ocupado sus ratos de ocio en investigaciones históricas. El ejemplo de Grote, el historiador inglés de los griegos, banquero al mismo tiempo, no se ha perdido felizmente.

M. V.

Johannès Joergensen.—*Le Feu Sacré. Vie, miracles et mort du Bienheureux Giovanni Colombini de Sienne*, traduit du danais par Marie Thérèse Fourcade.—Beauchesne, éditeur.

Joergensen, el gran escritor danés, el inimitable historiador de Catalina de Siena y de Francisco de Asís, es el autor de esta nueva obra que, primorosamente ilustrada por André Caraf, acaba de publicar, con refinada elegancia, el editor Beauchesne, de París.

Su tema, de delicada y encantadora sencillez, puede resumirse así:

Un día de Julio del año 1355, el rico mercader de Siena, Juan Colombini, consejero de la ciudad, regresaba a su palacio, situado en el centro de la opulenta vía della Citta. Amigo de la buena mesa, pensaba con fruición en que iba a encontrar, en una sala fresca, al lado de un frasco lleno de oscuro *chianti*, un plato de humeantes *macaroni*, preparados por su amada mujer, la tierna y piadosa Biagia. En aquellos tiempos las más encumbradas burguesas no desdeñaban la atención de los más humildes menesteres domésticos. Pero, ¡cruel desengaño! la comida no estaba presta. Monna Biagia, una vez que terminó de lavar, sin cuidarse del tiempo, se entregó a la lectura de la *Vida de los Santos*. A fuer de glotón hambriento, en presencia de tal descuido, Colombini se dejó arrastrar por la ira y hasta gastó palabras violentas y malévolas con su Biagia, reprobándole que gastara todo su tiempo en la lectura de novelas. Llamaba novelas a las vidas de los santos y de las santas. Monna Biagia le contestó con dulzura: era al cabo mujer cristiana y sometida a su marido.

En espera de la ansiada comida, Colombini cogió el libro que su mujer leía y lo abrió al azar. Tocóle en suerte la vida de Santa María, la egiptiaca. Su lectura lo interesó tan apasionadamente que cuando su mujer volvió a avisarle que la comida estaba lista, le respondió: «te ruego, querida Biagia, que tengas un poco de paciencia; almorzaré después, no tengo ahora tiempo para hacerlo». Y después que hubo conocido la maravillosa aventura de la egiptiaca, dijo: «¡Dios mío! Esta María fué una pecadora pública y tú, no solamente le perdonaste todos sus pecados, sino que todavía le concediste una larga vida de penitencia y de oración. Yo, también, soy un pecador, que he adorado el becerro de oro y el mundo, como esa egiptiaca adoró la carne y el diablo. He sido un amo duro con mis servidores, he rehusado un asilo a los pobres, he vendido con usura, en los años de mala cosecha he dejado a mis colonos el trigo malo para semilla y he retirado para mí el bueno y puro. ¡Oh!, Señor, no merezco que te ocupes de mí y sin embargo imploro tu gracia para llegar a ser tu servidor! Apenas si me atrevo a ofrecerte mi viejo corazón endurecido; pero, si te dignas recibirlo, nada anhele tanto como entregártelo! ¡Jesús, ten piedad de mí!» Así se convirtió el mercader Juan Colombini, que hasta entonces había sido un mal rico. Tocado ya de la gracia, sólo quiso vivir para los pobres: les distribuyó sus bienes, los recogió en su casa, los atendió él mismo. Pronto fué tan pobre como ellos. Iba por las calles de la ciudad y los caminos de los campos inmediatos vestido como un mendigo, acompañado de su viejo amigo Francisco Vincenti, como él en otro tiempo rico mercader, enseñando a la multitud, que al principio se burló de él y luego lo escuchó como a un santo. Discípulos, cada vez más numerosos lo seguían, cantando himnos en alabanza de Dios y en honor de la pobreza.

R. H.

Santiago Marín Vicuña. — *El Ferrocarril Panamericano*, 2.^a edición, 1917, Imprenta Cervantes.—Folleto de 39 páginas en 4.^o y con dos mapas.

El autor es ventajosamente conocido dentro y fuera de Chile para que necesitemos presentarlo a nuestros lectores: es una autoridad en materias ferrocarrileras panamericanas.

Da idea de su importancia el siguiente sumario que contiene la obra:

El panamericanismo.—Las doctrinas de Monroe y Wilson.—Factores de la Unión panamericana.—El ferrocarril trascontinental.—Un comité permanente y la misión de Mr. Pepper.—Una moción aprobada por el Congreso Científico de Buenos Aires.—Conveniencia de fijar rumbos.—Estado actual de las ferrovías americanas.—750,000 kilómetros en explotación.—Preponderancia de los Estados Unidos.—Trazado probable o conveniente del ferrocarril panamericano.—La línea tronco de Ottawa a Buenos Aires.—Ramales a Bogotá, Caracas, Lima, Río Janeiro, Asunción, Montevideo, Santiago, etc.—Lo que falta por realizar y su costo aproximado.—El Congreso panamericano de financistas de Buenos Aires.—Conveniencia que aborde y resuelva el problema financiero del ferrocarril panamericano. M. V.

Carlos Pereyra. — *Humboldt en América*.—Editorial América, Madrid, 1917.

He aquí un bello libro que puede servir de índice para conocer la grandiosa obra del sabio alemán. Con razón observa el distinguido polígrafo mexicano que la bibliografía hispano-americana sobre la labor del barón Alejandro de Humboldt es insignificante: apenas si una u otra de sus obras corren por ahí traducidas. En el presente libro, junto a una somera biografía, se han seleccionado las mejores páginas que el sabio tudesco trazara sobre sus andanzas por tierras de América. No se crea que un riguroso criterio científico domi-

na en estas páginas: la más ligera amenidad corre de la primera a la última línea, dándole al libro un carácter variado: de obra biográfica, científica, con todo el interés de las peripecias de un libro de viajes. Junto a someras divagaciones científicas, van observaciones sobre la fauna americana, y a la vuelta de una página nos encontramos con pintorescas incidencias de los viajeros, los sabios Humboldt y Bonpland.

Tal vez las páginas de Humboldt que aquí ha recogido el señor Pereyra quedarán eternamente consagradas, porque la selección ha sido admirablemente compuesta. Una completa onomástica humboldtiana y una espléndida bibliografía cierran este ameno e interesantísimo volumen.

J. C.